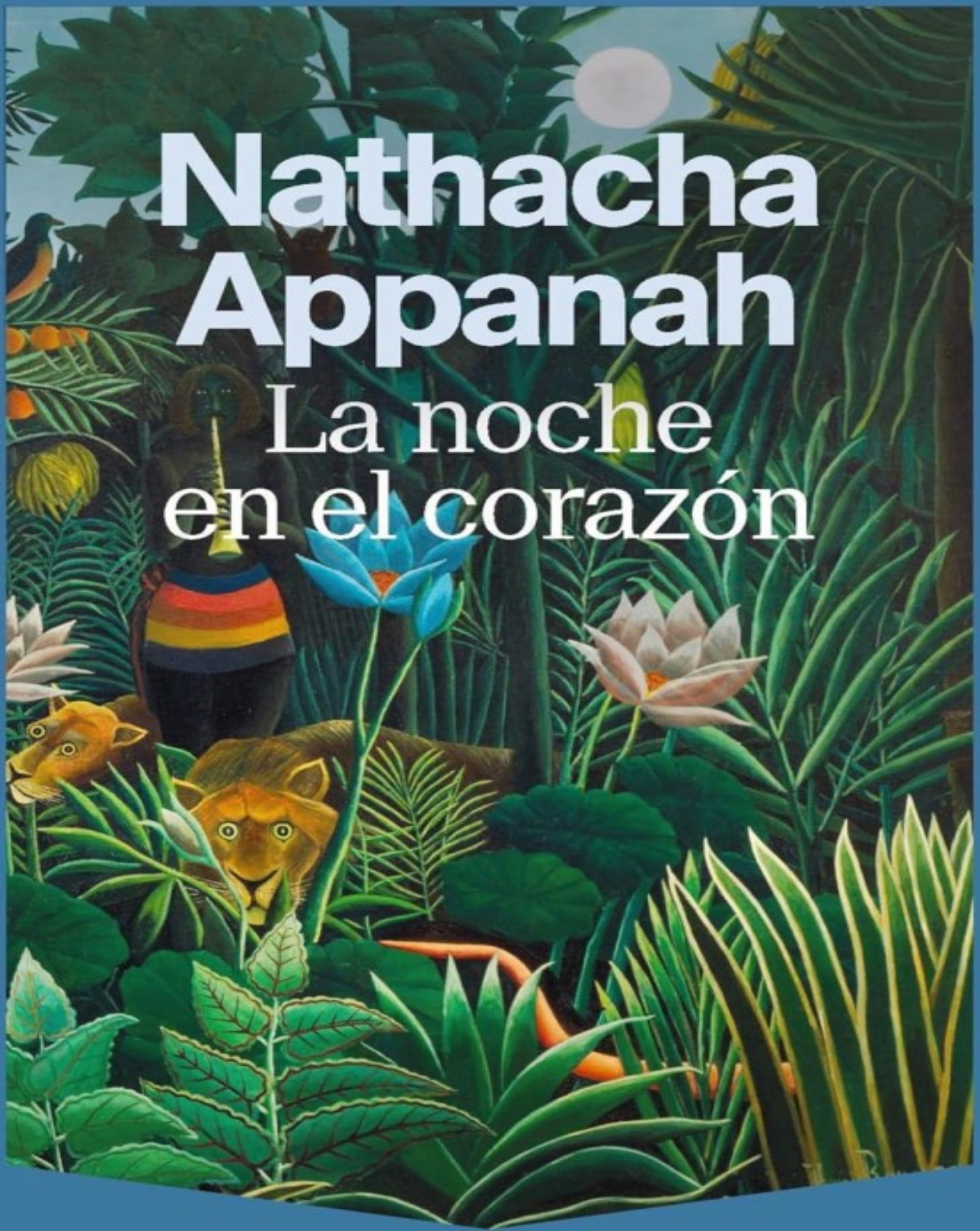

Nathacha Appanah

La noche en el corazón

AdN

Nathacha Appanah

La noche en el corazón

Traducido del francés por Elia Maqueda

AdN

La habitación imaginaria

No son malos del todo.

Si hubiese un modo de exprimirlos para extraerles el jugo, dicho jugo no sería del todo imbebible, no; a veces, por debajo del amargor envenenado, quedaría un regusto dulce. Si hubiese un modo de pasarles una apisonadora por encima para convertirlos en láminas planas, esas láminas no serían totalmente opacas e inquietantes como el fondo de los mares, no; tendrían alguna que otra transparencia y nervaduras que les darían una apariencia vulnerable. Si hubiese un modo de reducirlos a un polvo fino, ese polvo no sería del todo tóxico, no; algunas partículas flotarían a la luz del sol y, al mirarlas, podríamos adivinar un baile inocente.

MB es albañil. Nació en Argelia, cerca de un puerto donde los barcos descargan las sardinas a montones. Al sol, dentro de su red, los peces brillan y se mueven como un trozo de metal fundido. MB es el menor de varios hermanos, y esa posición le granjea la protección y la indulgencia de todos ellos. Le han contado que era un niño muy guapo. Tenía el pelo largo y sedoso, y cara de querubín. Suscitaba la envidia y los celos de sus amiguitos. MB adora a su madre, una madre coraje que lo mima y lo anima a ser bueno en el colegio, a obedecer, a hacer estudios superiores. Le cuenta que ella era muy buena alumna en la escuela, pero qué iba a hacer, no nació en la época ni en el país adecuados. Ella respeta y sufre las tradiciones patriarcales: el matrimonio concertado, la interrupción de la escolarización, el nacimiento de ocho hijos a un ritmo regular, la sumisión a un marido autoritario, a veces violento y a menudo ebrio. A pesar de todo el amor y el respeto que le profesa a su madre, MB

no hace caso a sus consejos y abandona el colegio a los catorce años. Quizá porque quiere librarse del yugo familiar, ser independiente, seguir los pasos de sus hermanos mayores, que ya trabajan. Cerca de la playa y del puerto de su localidad natal, empieza a vender cacahuetes, cigarrillos y a veces sardinas en el embarcadero. En esos años en los que aún se tiene un cuerpo adolescente y un aspecto despreocupado, eso se llama apañárselas. MB flirtea un poco con las chicas, pero no tiene nada serio. A los veintitrés años, deja su país natal y se va a Francia, donde se han instalado algunos familiares suyos. Encuentra trabajo como aprendiz en el ámbito de la construcción. Las jornadas son largas y duras. Prepara el mortero, corta la madera, transporta el material, limpia, aprende un oficio de verdad. Obedece. Está dispuesto a hacer todas estas cosas, no se queja del trabajo. Hace esto, va para allá, trae esto otro, lleva aquello. Su cuerpo entero trabaja, se robustece, se muscula, se reafirma, se especializa. Cuando se convierte en albañil, está orgulloso. Ahora puede enseñar a los aprendices a hacer empalmes, a instalar herrajes, a levantar una obra de hormigón. Explica, regaña, tal y como lo regañaron a él. Dice: «haz esto, ve para allá, trae esto otro, lleva aquello». Los sábados por la mañana, MB se despierta con agujetas y contento de haber trabajado sin descanso desde el alba hasta el crepúsculo los primeros cinco días de la semana, de haber hecho algo útil con su vida, de tener un contrato indefinido en una constructora importante, de ganarse la vida sin deberle nada a nadie. No es poca cosa ese sentimiento; quizá sea lo que al fin hace que se sienta un hombre, como su padre, como sus hermanos. MB sufre una calvicie incipiente que trata de ocultar rapándose. ¿Puede que a veces se pase la mano por la cabeza rapada pensando en el pelo largo de su infancia? Le gustan los zapatos bonitos y bien encerados, los abrigos de lana ceñidos, las gafas de sol de moda, sobre todo las de aviador. Le gusta seducir, hacer regalos, sabe tratar a las mujeres, tiene labia. Cuando le piden que se describa en dos palabras, elige las siguientes: «adorable» y «trabajador». Algunos sábados por la

noche, MB se relaja. Sale de fiesta, bebe, fuma, baila. Viéndolo así, feliz, libre y orgulloso, no te lo imaginas.

RD trabaja como chófer en un ministerio importante. Desde que tiene memoria, siempre le han dicho y repetido que era guapo. Sus padres, sus hermanos, sus primos, sus tíos, sus vecinos. Son sus ojos color café con leche lo que llama la atención, y es que, en ese país de gente morena y de ojos oscuros, la belleza reside a menudo en la palidez de los atributos: una piel blanca, el pelo trigueño, los ojos claros. Lo llaman «el chico de los ojos marrón castaño» para recalcar que no es un marrón normal, sino un marrón bonito, rico y fértil y compacto, como la tierra de aquí. RD nació en un pueblo rodeado de una naturaleza exuberante. Las hojas de los árboles son gruesas, hinchadas de savia, y la tierra siempre es fecunda. La vida con su familia es modesta, a veces frugal. De adolescente, crece rápido, mucho más rápido que los demás muchachos, como si hubiese aprendido a alimentarse de todos esos cumplidos y miradas de admiración, y pronto les saca más de una cabeza a todos. Pero, aunque sabe que es guapo, RD no es arrogante ni pretencioso. Su sonrisa es franca; él es cortés, simpático, encantador incluso. Las chicas están enamoradas de él en secreto. Con los mayores es respetuoso y servicial. Su vida escolar se desarrolla sin contratiempos y es uno de los cientos de alumnos que terminan la formación elemental sin un proyecto definido, sin ninguna pasión. Cuando lo contratan como chófer en el ministerio, se le presenta la oportunidad de su vida. Ahora es funcionario y no puede pasarle nada o casi nada. A sus padres les alivia que tenga ese puesto con el que muchos soñarían: la seguridad del trabajo de funcionario sin el tedio gris de las oficinas. A RD le gusta su trabajo de chófer. Lleva y trae a la ministra y a los altos cargos, y su sedán negro brilla bajo el sol de este país. No es poca cosa conducir esos coches, llevar a esa gente, oír conversaciones secretas y conocer las manías y costumbres de los poderosos. Es todo un logro, para el hijo de un agricultor como él, saber leer un gesto de asentimiento, una mirada.

Todos lo aprecian y tiene un porte orgulloso, hay que reconocerlo, cuando conduce por las carreteras bordeadas de palmeras de la capital, cuando enfila la autopista con su potente vehículo. Desempeña su trabajo con la discreción necesaria y, cuando a veces, en familia, le hacen preguntas un poco indiscretas sobre la «verdadera vida» de los políticos, él esboza una sonrisa tímida, le brillan los ojos «marrones marrones», pero no dice nada, no revela ningún secreto. Se siente orgulloso de ocupar ese puesto y es una satisfacción que supera su simple trayectoria personal. A veces le parece acarrear el orgullo del camino de su familia, de sus ancestros, de toda su clase social. No es poca cosa sentirse depositario de esa herencia, y por eso RD se ve como un hombre que ha triunfado, que ha encontrado su lugar. Si le pidiesen que se describiera, diría: «Soy un hombre de familia». De vez en cuando, por las noches, va a casinos y salones de juego donde nunca antes se habría atrevido a poner un pie. Es un pequeño placer que se permite. Juega con la certeza ilusoria de que nunca perderá el control. Viéndolo así, relajado y sonriente, no te lo imaginas.

HC es periodista y poeta. Nació durante la Segunda Guerra Mundial, pero en esta isla británica alejada del conflicto no tiene mucho sentido precisar eso, pues no determina un rasgo positivo de la personalidad, no deja ninguna marca indeleble. En este país colonizado, aprendió otros idiomas diferentes al materno y destacaba en la escuela. Su familia es muy piadosa, muy practicante, incluso podría decirse que beata, pero eso no evita los secretos, la violencia familiar ni los sentimientos tan reprimidos que se agrian. Su padre pegaba a su madre con regularidad y, un día, de adolescente, HC se hartó. Intervino: se arrojó a los brazos de aquel hombre temido y respetado y lo rodeó con los suyos. Estalló en sollozos: «¿Por qué, padre, por qué?». HC ha olvidado la respuesta que recibió de su padre, pero dice que nunca le volvió a levantar la mano a su madre. Su hermana se hizo religiosa de una orden estricta y se retiró del mundo tras los altos muros de un convento.

Se cambió de nombre y él, cuando habla de ella, utiliza ese nuevo nombre elegido, no el de la infancia, respetando así la fe y el compromiso de esta joven. Para verla hay que presentar una solicitud por escrito ante la madre superiora de la orden. A HC le gusta el deporte, el boxeo y el atletismo en particular. Lee muchísimo, con avidez, con un ojo crítico y displicente. También escribe relatos y poemas. Habla con soltura e inteligencia. Podría ser uno de esos jóvenes de los sesenta que hablan de Marx, de Bourdieu, de Fanon, de Césaire durante horas, y luego salen a la calle a reclamar la independencia. Pero algo le impide ser feliz, ser perfectamente libre. Es una sombra invisible, nota su peso, oye su voz nasal. Cree que es por su infancia difícil, por su padre a veces brutal, por su madre silenciosa; en ocasiones cree que es este país gangrenado por las desigualdades; se dice que es la historia de su pueblo, que le pesa, y escribe sobre los esclavos negros de pie en lo alto de las colinas, a punto de lanzarse al vacío. HC entra en el seminario. Dos hijos de la misma familia al servicio de Dios; eso es un honor y una bendición para algunos padres. Una vida de contemplación y oración, de espaldas al mundo: quizá sea eso lo que desea en el fondo. Allí HC encontrará, cree, una paz y una serenidad que no había conocido. Pero es difícil poner toda su vida al servicio del Evangelio para este hombre de cuerpo fuerte, espíritu original y grandes apetitos carnales. HC acaba abandonando. Enseña, escribe relatos y poemas, corre, boxea, se hace entrenador de atletismo, trabajador social y, finalmente, periodista. Algunos lo llaman el «gurú», el «mentor». Las jóvenes periodistas creen que es «brillante», «genial». Sin embargo, nunca es la primera pluma del periódico; son otros los poetas recompensados y editados en París. Cuando sus atletas ganan, él se queda entre bambalinas, ausente de ese momento de alegría pura y ardiente. En las pocas fotos donde sale, hay que buscarlo bien. Siempre está en una esquina, a contraluz, en la última fila. Parece que lo hiciese adrede. HC no es guapo, pero su presencia resulta palpable en una habitación. Tiene un cuerpo enorme y musculoso, las orejas anchas y planas, una

nariz que parece una pera aplastada, los ojos pequeños, hundidos en las órbitas, y los labios carnosos. Suele llevar sobrecamisas con bolsillos. Siempre va muy recto y parece albergar una gran cantidad de sabiduría, de pensamientos, de fantasías, de remordimientos, de opiniones. Hay un océano en ese cuerpo. HC sabe que ha fracasado en algo, pero cree que en parte es culpa de los demás, de quienes lo desviaron de su primer camino, de quienes le robaron ideas, de quienes le quitaron el sitio. Ya no escribe poesía, o muy poca, pero, si tuviera que describirse, diría: «Soy poeta». No es poca cosa pensar eso de uno mismo. Por la noche, investiga sobre la vida del célebre explorador Ibn Battuta, lee obras académicas sobre Magallanes o sobre la historia de las Mascareñas, estudia mapas antiguos. HC excava en el pasado, en los primeros caminos de los navegantes; busca algo en ellos, un elemento histórico que nadie haya descubierto, un misterio de cuya existencia solo él sospeche y cuyo descubrimiento sería extraordinario, o eso cree. Ese es su gran proyecto. Viéndolo así, en su sillón de piel, fumándose un cigarro, leyendo como si estuviera solo en el mundo, no te lo imaginas.

Meto al albañil, al funcionario y al poeta en una habitación vacía, sin más abertura que una imposta en alto, fuera de su alcance.

Se miran frunciendo el ceño, sin comprender el porqué de su presencia aquí, los tres juntos. No se conocen, nunca antes se han visto. Piensan en los motivos que pueden haberlos traído hasta aquí, pero no los encuentran. Ni por un segundo se acuerdan de sus respectivas mujeres; no se imaginan que puedan tener algo que ver en esta historia.

Buscan la puerta, pero esta habitación no tiene salida. La luz de la imposta les llega en una neblina amarillenta, lo justo para revelar los rostros, los cuellos, las manos, pero es una luz cansada, sin calor, sin perdón. Es imposible encontrar consuelo alguno en ella.

El chófer es quien da el primer paso. Se presenta a los otros dos, les tiende la mano, con una sonrisa en los labios; él, que no ha olvidado cómo lucirse. El albañil, desconfiado, no dice nada al

principio, sigue rozando las paredes con los dedos, buscando los contornos de una puerta, golpeando a veces aquí y allá en busca de un punto hueco, un punto lleno. Durante unos minutos, vuelve a ser el albañil experimentado y acaba hablando de su oficio para decir que él sabe de muros, de hormigón, de mortero. El poeta se queda quieto y en silencio. Lo observa todo, con los pensamientos escondidos como quien oculta las garras.

En esta habitación imaginaria, porque solo aquí puedo reunirlos, porque solo aquí puedo dominar el relato, invertir los roles, convertirme a mi vez en un pequeño verdugo, ejercer un poder de control y de fascinación, exigir escucha y silencio…; en esta habitación imaginaria los dejaré marinar un poco, a ellos, que creen que no tienen nada en común. Seguirán inspeccionando el lugar como quien mea contra las paredes, pedirán auxilio en vano, hablarán y discutirán.

En esta habitación que solo existe en mi cabeza hay un dispositivo que accionaré cuando se resignen. Quizá ahora estén sentados, con la espalda contra la pared y las piernas extendidas. Es un dispositivo que les impedirá fingir locura, amnesia, que les prohibirá hablar de responsabilidad compartida.

En este espacio vidrioso no habrá lugar para las explicaciones psicologizantes, que solo sirven para disculpar a los culpables, para suscitar empatía y para borrar a las víctimas.

Aquí, en este lugar que parece un reverso donde toda la suciedad queda a la vista, este albañil, este funcionario y este poeta estarán, con la boca cerrada, a merced de esta historia.

Primera parte

1

En mayo de 1998, una mujer que acaba de cumplir veinticinco años corre de una habitación a otra en una casa para escapar de su pareja. Desde lejos podría parecer un juego, porque a veces rodean la mesa del comedor, hacen ademán de ir a la izquierda, a la derecha, y tiran las sillas. Él termina atrapándola; él, que es más alto y más fuerte que ella. Cuánto tiempo dura todo esto, un minuto o cinco o diez, eso no tiene mucha importancia. Lo que importa es el roce ahogado de sus cuerpos luchando y, en varias ocasiones, el ruido seco de una bofetada, el sonido hueco de una cabeza golpeando la pared. La mujer consigue zafarse del hombre, sale tambaleándose de la casa y huye corriendo a la calle, hacia la derecha. A esa hora oscura y sin piedad, no consigue ir muy lejos. Tiene un miedo terrible. El hombre la sigue en coche, acelera, frena, acelera otra vez. La sorprende con los faros y es una figura medio humana, medio animal que se dibuja en la luz amarilla, pero eso tampoco es destacable. Lo relevante es la soledad de la noche, el ronquido de ese motor que parece una amenaza y los perros ladrando. Lo que importa es su corazón a punto de explotar; una granada. Ella acaba montándose en el coche, no recuerda con exactitud por qué. En ese momento de la noche, sabe que la muerte está cerca, pero saberlo no le da ninguna lucidez. Saber eso no le da ninguna astucia, porque se sube al coche por voluntad propia. Piensa que obedecerlo por última vez le dará una oportunidad.

En diciembre de 2000, una mujer de treinta o treinta y dos años corre para escapar de su marido. En el momento en el que se escriben estas líneas, nadie recuerda con exactitud su edad. Ni su

madre, ni su hijo, ni sus hermanas. Toma el mismo camino de todas las semanas cuando sale a correr, hacia la montaña. Emplea toda su energía en esta carrera, que es una huida; su cuerpo entero está atravesado por una especie de instinto eléctrico sin lógica. No invoca a un dios ni a sus padres, sino al alba, que sin duda le dará una oportunidad, la de que la vea un vecino, la de poder tomar una bifurcación y adentrarse campo a través. Por el momento corre, aún a oscuras, todavía de noche. Ya se había fijado antes en lo física y dura que es la noche densa y opaca de este país. No ve absolutamente nada; solo sabe que está en la carretera porque sus pies golpean el asfalto. Cuánto tiempo dura la carrera, cinco minutos, diez o veinte, nadie lo ha sabido nunca. Oye que se acerca un coche y sabe, sin darse la vuelta, que su marido está al volante. Su plegaria no ha sido escuchada. La muerte está allí y aún no ha amanecido.

En mayo de 2021, una mujer de treinta y un años corre para escapar de su marido. Este, que acaba de salir de prisión y que tiene una orden de alejamiento, se ha bajado de un coche. Esta mujer, aunque sorprendida, no se deja llevar por el pánico. No pierde un segundo en gritar, en tergiversar, en enredarse. No; lo que hace es echar a correr. Sabía que iba a venir, sabía que no iba a dejarla en paz. Siente un destello fugaz de satisfacción, como un relámpago lúcido, al pensar: «Lo sabía». Son poco más de las seis de la tarde. Ya se había fijado antes en la dilatación de ese día de primavera, en ese tinte rosado que adquiere el cielo con la proximidad de la noche, en ese aroma de flores que se eleva. Sí se sabe cuánto tiempo dura esta carrera: apenas un minuto, y dicho así es corto, no es nada, pero en esos momentos hay que contar uno a uno los segundos que conforman el minuto, segundos largos que hacen latir y embalarse al corazón, donde las piernas y los brazos se activan, donde el cuerpo se imbuye de una energía pura. La mujer quiere abandonar ese espacio despejado que es la calle, llegar al patio del centro de salud que hay a pocos metros, meterse allí dentro, pedir ayuda. Mira la

hilera de cipreses como se mira un socorro definitivo; ya casi está. Ha hecho todo lo posible, esta mujer que corre, y, cuando recibe la primera bala en el muslo, cuando cae de rodillas, como a su marido siempre le ha gustado que esté, sometida a él, sabe que la muerte ha llegado y que su vida acaba así, en una cuneta.

Con esas noches y esas vidas, con esas mujeres que corren, con esos corazones que luchan, con esos instantes tan agobiantes que no encajan en la medida del tiempo, había que hacer algo. Escribirlos, mirarlos a la cara, pesarlos por separado y también juntos, compararlos, ponerlos uno al lado del otro, al calorcito, a salvo en este libro. Había que pronunciar el nombre de estas mujeres decenas de veces hasta creer en ocasiones en su presencia, hacerles preguntas y oír su voz en el eco de lo que ya no está. Había que albergar este sueño eterno de un «nosotras» y de un relato común, este «nosotras» compuesto por tres mujeres, este relato común trenzado con tres voces, pero seguir despertando sola. La imposibilidad de la verdad completa está en cada página, pero también la búsqueda desesperada de una exactitud lo más cercana posible a la vida, a la noche, al corazón, al cuerpo, al alma.

De estas tres mujeres, había que empezar por la primera, la que acaba de cumplir veinticinco años cuando corre y que es la única que hoy sigue con vida.

Esa mujer soy yo.

2

Hace mucho tiempo, en una boda, B., el marido de una de mis primas, se puso a leer las líneas de la mano. Una multitud se formó a su alrededor. Todo el mundo lo tenía por un hombre serio, dulce, pragmático, y descubrí, para mi sorpresa, que también era quiromántico. Yo estaba con unas chicas un poco mayores que yo, acababa de conocerlas. Eran felices, iban maquilladas, llevaban las uñas pintadas y vestidos resplandecientes. Me parecían eminentemente simpáticas. B., a quien yo llamaba «tío B.», iba cogiendo una mano tendida tras otra, la derecha o la izquierda, no me acuerdo; la miraba con atención, estirando a veces la piel para ver mejor quién sabe qué. Tras un silencio religioso más o menos largo, pronunciaba frases como: «Te casarás a los veintidós años», «Tendrás tres hijos», «Viajarás a menudo en avión», «Vivirás en el extranjero», «Vivirás muchos años; noventa y cinco por lo menos», «Te prometerás, pero la primera vez no saldrá bien», «Te casarás tarde, pasados los veintisiete».

Cada una de sus predicciones iba acompañada de exclamaciones de sorpresa y risas alocadas. Yo saltaba de alegría y emoción. A veces, alguna de las chicas insistía: «¿Pero con quién me voy a casar?», y tío B. le contestaba sin ironía: «Ah, yo eso no lo puedo saber».

Yo tenía once o doce años. Recuerdo aquella edad en la que sientes que estás dejando atrás la orilla de la infancia, pero no del todo, no todo el tiempo. Vigilaba por el rabillo del ojo por si aparecía mi madre o mi padre, convencida de que no les habría gustado mi presencia allí, en aquel grupo de adolescentes risueñas y coquetas.

En un momento dado, me encontré delante de tío B. Él pareció sorprendido de verme y me dijo: «¿Tú también? ¿Estás segura?». Ante la insistencia de todas mis nuevas amigas, que gritaban: «¡Sí, sí, le toca, le toca!», estiré la mano.

Tío B. me la sujetó y su rostro se descompuso al instante. Sus rasgos se paralizaron y luego se vinieron abajo, como si fuesen de cera. Tenía la boca entreabierta. Me miró con una mezcla de reprobación y de sorpresa. Observó mi mano de nuevo, durante varios minutos, y, cuando levantó los ojos hacia mí, fue como si me viese por primera vez. Ya nadie se reía, ya nadie hablaba. Había dejado de ser un juego. Yo me sentí terriblemente mal, al borde de la náusea, culpable de un futuro que aún no había perpetrado. Eso era lo que él decía con los ojos, con su cara de alarma: «Vas a hacer algo horrible».

Sin embargo — y esto no sé cómo explicarlo —, yo sabía que lo que había visto mi tío no tenía nada que ver con un delito ni con un crimen, sino con la vida sentimental, amorosa, íntima. Me había mirado como si hubiese visto algo que no debía ver, una desnudez, una vulnerabilidad, un secreto bien guardado. Mi prima — su mujer — llegó en aquel momento. Lo agarró del brazo, lo obligó a levantarse de la silla y le dijo con voz autoritaria: «¡Aquí estás! ¡Ya vale, ven, anda!». Él obedeció sin rechistar, pero al irse me miró con cara de pena. Aún lo veo, arrastrado por su mujer, que seguía tirando de él por el brazo. Aún lo veo, girándose hacia mí con aquella cara descompuesta por el dolor.

Las chicas se dispersaron, como una bandada de pájaros, y yo me quedé en el jardín, sola, preguntándome qué podía haber leído el tío B. sobre mi futuro. ¿Qué acto terrible iba a cometer? ¿Qué iba a hacer que me valiese tal oprobio?

3

El año que cumplí diecisiete, me caí en un agujero. Me deslicé despacio, muy lentamente, sin darme cuenta. Las paredes de aquel agujero, al principio, estaban llenas de libros. Cuando abría uno, descubría con gran regocijo que todas las palabras habían sido escritas para mí y que se metían en mi cuerpo y lo llenaban con lo que yo creía que era la verdad, la belleza, el amor, la fe. Detrás de cada libro que cogía, había un espacio y yo imaginaba que aquel vacío era para todos los libros que quedaban por escribir, una prolongación una respuesta una reacción una oda un homenaje una réplica a lo que leía. Así, por cada libro escrito había una promesa de muchos otros, había sitio para muchas otras historias, para muchos otros autores, y, pensaba, quizá había sitio para un libro mío, para mí.

Mientras me deslizaba, me daban otros libros, otras historias, y quien me los daba no era un conejo blanco de ojos rosas, sino un hombre adulto de cuerpo maduro, verbo experimentado, espíritu atormentado, solo que yo no lo veía así a mis diecisiete años. Yo pensaba en la promesa de todos aquellos libros por escribir, de todo lo que me quedaba por leer, «bébeme, cómeme», y le daba las gracias por haberme elegido. De lo contrario, ¿cómo habría accedido yo a aquel mundo cifrado de la literatura del que él parecía conocer todos los secretos?

Lo conocí en un momento de gran alegría: yo había recibido un premio literario y HC vino a entrevistarme. Yo no sabía que él también era escritor, poeta — eso le gustaba más —, y se sentó en el salón color crema de mis padres, se bebió el té de mi madre, fue

respetuoso con mi padre y mostró admiración hacia mí. Yo aún tenía los mofletes redondos y el velo de la infancia en el rostro.

Al inicio de aquella caída, aquel hombre treinta años mayor que yo, con un hijo adulto a cargo y una mujer con la que se había casado antes de que yo naciera; aquel hombre que tenía un piso, un trabajo, amigos, secretos; aquel hombre que tenía tantas cosas que hacer y que aun así estaba siempre allí, al otro lado del teléfono. Yo lo llamaba y él contestaba enseguida. Parecía esperarme, pero sin impaciencia, como si supiera que iba a llamarlo, y aquella confianza tranquila me parecía un gesto de respeto hacia mí. Me sentía tremendamente halagada. Me hablaba con su voz grave y baja, con la boca cerca del auricular, de forma que a veces oía el chasquido de sus labios. Me escuchaba mientras yo le contaba lo que había escrito el día anterior, lo que no había escrito, lo que quería escribir; le hablaba de mis lecturas y él me dejaba ver que le gustaba oírme, que le sorprendían mis palabras y la forma en que conversaba con él, que aquel era su momento preferido del día. Si le enviaba un texto para que lo leyese, él elaboraba una crítica con un tacto delicado y ánimos en cada aliento.

Yo había leído algunos de sus poemas y de sus relatos. Es una literatura que podría calificarse de «poscolonial», pero yo era demasiado joven, demasiado ignorante para pensar en aquello, para ubicarlo en un contexto social, político y también íntimo. Luchaba por acceder a su literatura, a su universo. Sus textos me provocaban el efecto de una lectura que había que descifrar, como si tuviera varios niveles y yo me quedase bloqueada en el cero. Me consideraba una inculta. Echaba la culpa a todos aquellos años estudiando matemáticas y ciencias. Quizá es que en realidad no sabía leer; a lo mejor solo sabía estudiar. HC encarnaba la figura del poeta maldito, del escritor incomprendido e inalcanzable, envuelto en su talento poco reconocido, ocultando un corazón crudo y falto de amor.

Sin embargo, yo era una gran lectora, sentía curiosidad por todo, por el antes, por el aquí, por el allá. Shakespeare, Césaire, Keats,

Duras, Camus, Brink, Salinger, Manuck, Renaud, Naipaul, Verlaine, Dickinson. Conocía la emoción en la literatura, conocía el sentimiento de poner la vida en las manos de un escritor, de una historia y de dejar de existir en el momento presente.

Lo que leía de él era oscuro; estaba impregnado de una soledad viril y supurante: las calles estaban sucias y olían a orín; el cielo era inmenso, negro y pesado; los hombres vagaban, incomprendidos y estridentes, perseguidos por la historia, incapaces de ser felices. Aquel mismo hombre, cada día, por teléfono, me hablaba con dulzura, ternura, partiéndose de risa con mis chistes, soltando suspiros de amor en los momentos de silencio. Yo no conseguía conciliar a aquellos dos hombres y, aunque tenía la vaga conciencia de que había que separar al autor de la obra, aunque pensaba que tan solo los lectores aficionados confundían al escritor con su libro, a veces sus textos me inquietaban…

Si pudiera ir atrás en el tiempo…, porque ahora pienso en eso a menudo: dedico jornadas absurdas a tratar de encontrar una falla en mi caída lenta e inexorable. Cuando creo encontrarla, esa falla, me imagino estirando el brazo, arrancándola del mármol del pasado, destruyéndola de un modo irreversible, y le doy vueltas a eso en mi cabeza durante horas y acabo creyendo en la posibilidad de ese delirio; porque, aunque aún respiro, aunque no estoy muerta, aunque mi alma funciona, aunque puedo articular palabras y frases, y a pesar de mi vida de hoy en día, que tanto aprecio, no puedo olvidar ese agujero. Sí: en esas horas de locura acabo creyendo que es posible cambiar el pasado, tomar otro camino, salir de ese abismo, correr a toda velocidad, como tan bien hacía a los diecisiete años.

Si pudiera ir atrás en el tiempo, elegiría una noche en la que, en mi escritorio, estoy inclinada sobre uno de sus relatos premiados o un poema que me ha mandado.

Mi habitación es pequeña, es un capullo donde unas veces me refugio y otras me ahogo. Está el viejo armario de mi abuela, de contrachapado imitando madera, que se despega en láminas finas;

un armario que se cree un árbol de papel. Están mi cama, un trozo de moqueta de pelo suave que me sirve de alfombra y mis estanterías. He ido consiguiendo libros por todas partes, de las casas de mis tíos y mis tías, de casas de amigos de mis padres: novelas del programa de francés y de inglés del instituto de sus hijos, ya mayores; libros de bolsillo usados, tanto que me fijo en que se han endurecido con los años. Escribo relatos sobre estas cosas: sobre la química secreta y misteriosa de los libros que se hinchan cuando se abandonan; sobre los rastros de los dedos de los lectores; sobre las notas escritas en los márgenes, que hay que descifrar antes de que se borren. La literatura ejerce sobre mí un poder inmenso y ahí radica mi debilidad; ahí está mi secreto.

Por la noche, en esta habitación, leo lo que me ha mandado él. Con impaciencia primero, luego despacio. Busco algo que pueda estar dirigido a mí: una palabra, una frase, una idea, un indicio cualquiera que me pueda recordar al hombre al que creo conocer. Pero sus relatos y su poesía son opacos, impenetrables. Nada en ellos me evoca al hombre con quien hablo a diario.

A veces, al leerlo, tengo un sentimiento extraño. Se parece a un temblor, a un aliento en el cuello, a un escalofrío por la espalda. Este escritor me parece entonces, fugazmente, un hombre temible, un ser doble que me esconde la verdad de su corazón. Sondeo el poema, el relato, la crónica, y es un lago negro, sin fondo. No veo ninguna ternura, ninguna belleza, ninguna dulzura. Me quedo de pie al borde de esta extensión opaca, con el cuerpo temblando con esta emoción que no sé definir, pero que parece confundirse con el miedo. Solo dura unos minutos, pero es una brecha en su intento de control. Me gusta pensar que es un presentimiento. Durante este breve instante, dudo, vuelvo a ser una adolescente que sigue necesitando a sus padres, a su familia, a sus amigas, y que está en la orilla de su juventud. Durante este breve instante, HC vuelve a tomar la forma de un hombre maduro de la edad de mi padre; su rostro se asemeja a su carácter sombrío y secreto. Mido la gran distancia que hay entre nosotros, la imposibilidad de esta historia, el

escándalo, y, por un extraño presagio, presiento la violencia de lo que me espera.

Si pudiera arrancarle un trozo al pasado, elegiría este. En la noche húmeda, en el silencio de una casa ordinaria donde tramo una vida que imagino extraordinaria, aprovecharía ese momento de duda que dura apenas unos minutos y murmuraría al oído de esa adolescente las penurias y los dolores con la precisión de una Casandra. Haría que esos minutos de vacilación durasen, que se colaran en todos los sueños y se desbordaran al despertar. No me detendría hasta que el presentimiento, la sensación, el sentimiento, la impresión, todas esas cosas impalpables tuvieran un solo nombre: miedo.

Pero ir atrás en el tiempo, hacer hablar a los muertos, consolar a los fantasmas, perseguir el propio pasado, todo eso solo existe en los libros y en la locura.

Durante esos momentos de vacilación no sucedió nada; ningún aliento venido de mi futuro me murmuró nada al oído, y pronto la parte de mi cerebro incondicional a aquel hombre tomó el relevo y me reprendí, me llamé ignorante, mala, insensible. «¿Incomprendido por todos y también por ti? ¿Tú, a quien consagra horas de su tiempo? ¿Tú, con quien comparte su sabiduría, su vulnerabilidad? ¿Tú, a quien él califica de "valiente, decidida, talentosa"?».

HC empleaba a menudo la palabra «libertad» y, no sé por qué, yo creía que era yo su libertad, su segunda oportunidad de vida, la de verdad, la que se vive sin normas sociales, sin religión, pasando por encima de las barreras culturales y las prohibiciones. Estábamos viviendo algo grande, bonito, y los demás — padres, hermano, abuelos, amigos, profesores, toda esa sociedad tradicional — no lo entendían. Cuando, rara vez, hablaba de su vida personal — con su mujer, con su hijo, que ahora vivía en el extranjero —, lo hacía con dificultad y contención. «Ya no nos queremos. Nunca nos hemos querido. Ella no me entiende. No nos hablamos». Yo veía ahí la huella de un gran sufrimiento, las heridas abiertas de una vida sin amor. Él era una especie de Heathcliff, y su mujer, una especie de Folcoche. Mi corazón estúpido de adolescente cegada y bajo su

influjo lloraba con él y no hacía preguntas. Nunca se me ocurrió pensar que aquellas escasas confidencias eran un montón de clichés.

En inglés, existe una palabra absolutamente precisa para definir lo que me ocurrió: *grooming.* Es una técnica de manipulación con la que una persona adulta se gana la confianza de un o una adolescente dedicándole una atención casi exclusiva, haciéndole halagos, regalos, haciéndole creer que lo que comparten es algo excepcional, especial, y que solo sucede una vez en la vida. La persona adulta instaura poco a poco una atmósfera de secretos y mentiras que preservan, conservan, protegen dicha relación. Pronto, el o la adolescente ya no sabe vivir si no es dentro de esa burbuja; no hay otro lugar que no sea ese recinto cerrado, con el aire viciado, donde cree que está la verdad de su vida. La traducción al español del verbo *groom* se limita al ámbito del aseo: acicalarse, lavarse, arreglarse, peinarse bien. Si lo pienso, llego a la conclusión de que, en realidad, hablamos de un aseo interno.

HC me dio la vuelta como un guante y, en mi caída, a medida que me precipitaba en sus brazos, blandita, tierna, me fui haciendo indiferente a mi familia, me fui insensibilizando al mundo de la superficie, a mis amigos, a mis estudios, a mis ambiciones, y, pronto, hasta mi escala moral se vio reestructurada. ¿Dónde estaba el bien? ¿Dónde estaba el mal? Él me había lavado de mí misma.

Leyendo estas palabras, cabría pensar en un proceso únicamente psicológico y moral. Leyendo estas palabras, cabría pensar en un hechizo espiritual, pero también está el cuerpo: la apropiación, la educación, la domesticación y, al final, el sometimiento. También está el sexo: el descubrimiento, el uso, las reglas, el poder, la corrupción, la violencia.

4

No he olvidado la primera vez que fui a su casa. Acababa de cumplir dieciocho años y, desde ese momento, él había desarrollado más seguridad, más autoridad; me felicitaba con regularidad por mi nueva «mayoría de edad», por todo lo que ahora tenía «derecho» a hacer.

HC me había invitado a su casa, donde estaríamos más «tranquilos». Lo había previsto todo, aunque yo tuviese la sensación de que lo hacíamos juntos. Pero esa palabra, «juntos», no podía existir. ¿Cómo pude creer que éramos iguales en aquella historia, que cada uno avanzaba con las mismas pérdidas y las mismas ganancias, con las mismas ambiciones, los mismos sueños, la misma pureza de sentimientos? Les había dicho a mis padres que tenía que trabajar en un texto y que HC había aceptado ayudarme, darme consejos. No era del todo mentira, porque lo que más me gustaba era hablar con él de literatura; me gustaba hablar de escritura, de aquello tan extraño que hacíamos, él y yo, por las noches, como si estuviéramos en deuda con algo.

Mi padre, el hombre más escrupuloso y más desconfiado que conozco, me lleva en coche. HC ya está allí, en la entrada de su casa, sentado sobre un muro bajo, relajado, sonriente. No está solo. A su lado hay una atleta conocida y reconocida, un ejemplo de trabajo, de perseverancia, de éxito. La vimos hace unos años en la televisión mientras ganaba una carrera y luego en el escalón más alto del podio, emocionada y musa inmediata de un país entero. Nos saluda con timidez y sigue hablando con HC. Mi padre y yo somos personajes secundarios, figurantes. Ellos están sentados; nosotros,

de pie. Hablan entre ellos y nosotros escuchamos su conversación, que es sana, animada y alegre. Al final entendemos que HC, de quien nosotros pensábamos que era periodista y escritor, también es entrenador de atletismo.

La joven, guapa y un poco tímida, no sabe cuál es su papel en todo esto. Se ha limitado a acudir a la cita que su exentrenador había fijado para hablar de no sé qué. HC lo ha previsto todo. Ella está allí para distraer, es una cortina de humo. Su presencia alegre, discreta e inusual le da a esta cita una pátina de respetabilidad, de seriedad. Mi padre me puede dejar tranquilamente con este hombre al que solo ha visto una vez; es un tipo en quien se puede confiar, un hombre a quien se le dejan chicas jóvenes para entrenarlas y guiarlas hacia la victoria. He aquí una prueba, esta tarde, sentada en el muro. Una campeona, una estrella.

¿Dónde está el bien? ¿Dónde está el mal?

Yo los miro, a esta joven y a este hombre a quien aún no sé nombrar; su nombre ni siquiera pasa por mis labios, no sé qué representa para mí: un guía, un gurú, un novio. Pasado un rato, mi padre se marcha. Lo miro alejarse y luego me giro hacia HC y la joven. Me siento tan poco realizada, tan poco en mi sitio…, no entiendo nada de la conversación en curso. Hablan de personas que yo no conozco, dicen cosas sobre momentos pasados y futuros; yo sigo de pie, sin saber qué hacer, sin abrir la boca ni una sola vez. El viento sopla entre los eucaliptos. El ruido del tráfico ruge. Hay muchas avenidas y calles. Espero. Después de varios minutos, se levantan y se dirigen hacia la casa. Yo los acompaño, o más bien los sigo. Pienso que ella se va a quedar con nosotros, pero en el patio de la propiedad, al pie de unas escaleras, se despide. Su papel ha concluido. El señuelo sale de escena.

HC está muy a gusto. Todo es normal, no hay nada que ocultar; el bien y el mal están en otra parte. En su salón, me cuesta quedarme quieta. Pero es que eso es lo que yo era en realidad: una niña curiosa ante la idea de entrar en casa de un escritor, en casa de un hombre que dice que me adora y que tiene una familia. Quería

ver todos los libros de su biblioteca y todos los utensilios de su cocina. Quería abrir su nevera y su despacho, su baño y los cajones de su escritorio. Buscaba la presencia de su familia, de su mujer; no sabía dónde estaba ella, a qué se dedicaba, cómo era, qué edad tenía. Pero ya había entendido que hay preguntas que no debían hacerse.

«Ya no nos queremos. Nunca nos hemos amado. Me atrapó en este matrimonio. Ella no me entiende. No nos hablamos».

Son frases pronunciadas muchísimas veces en el mundo, mentiras, clichés, tópicos, pero yo los aceptaba como una verdad vulnerable, una verdad cruda.

En un momento dado, me dice: «Te he escrito un poema», y a mí me da vértigo. Mi voz se plaga de agudos, tengo ganas de saltar, soy una *groupie.* «¿¿¿Un poema para mí???».

No me lo da enseguida, lo sostiene en una mano; es una hoja de tamaño A4 cubierta con una caligrafía que no he visto nunca antes. Las letras son largas y finas, como lianas entrelazadas. Sé que ahora va a pasar algo. Espero una emoción de mi corazón, que no conoce más que lo que ha leído en los libros; espero una escena que he imaginado con mi mente maleable, que todavía está creciendo; espero un sentimiento con este cuerpo que tiene dieciocho años, sí, pero que no está prevenido. Un beso, una ternura, un gesto dulce y romántico que termine con la lectura en voz alta de poemas, quizá. ¡Qué estupidez pensar eso!

Aún me encuentro en la orilla adolescente del amor, pero no lo digo. Delante de mí hay un hombre robusto y silencioso. Es extraño cómo el miedo — el que debería haber tenido en aquel momento, en aquella casa — me atenaza ahora, más de treinta años después. Es extraño cómo después del miedo viene la ira hacia quien yo era entonces. ¿Dónde está la educación que recibí?, ¿dónde está mi capacidad de reflexión y de pensamiento?

Sigo igual de febril, queriendo leer el poema, intentando coger esa hoja de papel; doy saltitos, soy un gato que intenta cazar un punto luminoso en vano; no tengo cerebro, trato de atrapar ese

punto rojo o verde que se me escapa, con mi voz aguda. Es un juego en el que él se mantiene impasible, silencioso, en el que no me pierde de vista. No tengo conciencia del poder que le estoy dando en ese momento, no conozco la extensión ni el peso del ramo narcisista que le regalo.

Empezaré escribiendo una frase sobre la luz que entra en el salón. Esa luz es amarilla. Voy a escribir una frase sobre su cuerpo, que se coloca a mi lado. Es grande, imponente, y su presencia me calma, aunque no es la misma calma que se siente, por ejemplo, ante una extensión de mar azul. Voy a escribir una frase sobre esa calma que se parece a la noche que cae de golpe, de una vez. Una calma que exige silencio, y ese silencio se parece a una estupefacción.

Voy a seguir escribiendo sobre la luz que entra en el salón. Esa luz cálida que hace sudar, y siento que me llega su olor, que nunca olvidaré. Voy a pensar ahora en ese olor y voy a construir una frase para describirlo. Es una mezcla de tabaco, de sudor, de polvo. Cuando digo «polvo» me refiero a algo agrupado en partículas, como un viejo perfume o un aroma de viejo; no sé por qué escribo eso, porque en ese momento, a los dieciocho años (pero podía haber sido a los quince o a los treinta y cuatro, porque la madurez, la sabiduría y la conciencia son cosas que no se cuentan en número de años), no pienso que él sea viejo. Ahora que tengo su edad y que tengo una hija que pronto tendrá la misma edad que yo cuando estuve en su casa, pienso: «Ese viejo cerdo, ese cabrón, ese mentiroso, ese decrépito, ese pervertido»; pero en ese momento, en ese sofá, no pienso en su edad. No tiene edad. Tampoco pienso en la belleza. No miro mi cara redonda, el espesor de ébano de mi pelo largo, la suavidad bronceada de mi piel, ni los comparo con su cara, con su pelo, con su piel. En ese sofá no hago nada de eso.

Debo escribir también una frase sobre el sofá. Es un diván, para ser precisos, con cojines para la espalda y una funda de flores, con la base firme. No tiene reposabrazos.

Él me besa y luego me tumba en el diván, en plena tarde, en su casa, que es cálida y luminosa, pero de repente «cálida y luminosa» no son cosas buenas. Voy a proceder a cambiar la palabra «tumba» de la frase anterior. No me «tumba» exactamente; es una presión, leve al principio, de sus labios, de su rostro, desde lo alto de su cuerpo y de sus manos; y esa presión desde todos lados, como si fuera por todas partes a la vez, se hace fuerte, irresistible, y eso es lo que quiero decir cuando digo que «me tumba en el diván».

Me desnuda, pero no del todo, no por completo; solo lo necesario; ya no me acuerdo de qué llevaba puesto: ¿se desabrocha, se levanta, se desliza? Es una sensación extraña la de estar vestida y, sin embargo, totalmente a merced de sus manos, aplastada por la presión compacta de su cuerpo entero. Tengo que continuar con una frase sobre lo que ocurre después de que me tumbe y me desnude sin desnudarme. Debo escribir esta frase que dice que, en ese diván, bajo esa luz roja a fuerza de ser amarilla, me aparta la entrepierna de las bragas sin quitármelas y me impone mi primer *cunnilingus.*

Mi frase debe incluir esa palabra culta porque no sé qué es; a mis dieciocho años, y tumbada en ese diván, no sé que eso se hace — lo de hundir la cara en el sexo de una persona —, y es como una palabra nueva en una frase: la descubro, la experimento, la utilizo en una frase diferente, trato de ubicarla en otro contexto. Mi ignorancia de estos usos del cuerpo es absoluta, mi educación sexual es inexistente y él lo sabe; él, que me triplica la edad, que tiene una mujer, que ha tenido dos amantes, que ya ha vivido varias vidas de las que no me habla.

Me acuerdo de ese sol implacable, de ese sol total, de ese sol enorme, y aprieto los párpados con fuerza para crear una oscuridad opaca, una auténtica oscuridad de noche, pero no lo consigo. Esto ocurre en pleno día y no hay nadie que lo interrumpa, nadie que grite, nadie que me saque de ahí.

No tengo que dejarlo aquí; tengo que seguir con una, dos, tres, veinte frases sobre la textura, la forma, la masa y el peso de las

cosas. Tengo que escribir una frase sobre lo que le sucede al cuerpo tumbado que es sorprendido, que es tomado. Cierro los ojos con fuerza, mi cara es una mueca, no siento ningún placer sexual, sino que me asombra la forma en que estoy retenida, aprisionada, clavada a ese diván. Es un hombre que tiene varias manos y cada mano tiene más de cinco dedos. A veces tiene una mano en mi hombro, en mis labios; a veces otra en mi culo; otra más para sostener mis muslos, que tiemblan. Está aquí, ahí, en todas partes. Es un liquen que se extiende, un hongo que se instala, una liana que se enrolla. No es algo violento, pero no es suave. Es autoritario y pérfido. Él es el maestro, él es quien sabe, él es quien dice. Yo estoy aquí, pero también estoy muy lejos, fuera, en un prado verde lleno de flores. Soy un ser humano, pero tengo la masa de una hormiga minúscula. Floto, pero peso toneladas sobre este sofá. Escucho, pero lo que oigo no tiene sentido. Un crujido de pelos, un roce de tejido; espero un murmullo, una palabra. Lo que sucede no tiene principio ni fin.

Él se seca la boca discretamente y se levanta. Yo me incorporo, no tengo mucho que hacer; podría parecer que no ha pasado nada: casi no tengo la ropa arrugada, apenas estoy despeinada. Me cuesta volver en mí, y cuando digo eso no quiero decir que estuviera inconsciente, desmayada, alterada; no: quiero decir que me cuesta volver a mi propio cuerpo, rehabitarlo. Durante unos instantes estoy fuera de mí misma, aturdida. ¿Sé que mi cuerpo ha cambiado para siempre, que está marcado para siempre por su olor, por su gesto? ¿Presiento que mi entrada en la sexualidad está corrompida? ¿Que siempre seré inferior a HC, que estaré sometida a él, que seré su pupila, su cosa, y nunca su igual? ¿Tengo la menor idea de la influencia que ha adquirido sobre mí?

No, no sé nada. Lo único que hago es sentir su olor en mí, tan apremiante que ya parece el mío.

Luego me da por fin el largo poema en cursiva que ocupa toda la página. No dice nada sobre lo que acaba de hacer, no me pregunta cómo me encuentro, qué he sentido, cómo estoy. Está de pie

delante de mí y yo sigo sentada en el sofá. Recuerdo vagamente algunos versos: «a la orilla de tu juventud, beber de tus labios, de rodillas ante tu amanecer, en la nao de tu vida». Es un poema de amor, una oda a mi juventud, un homenaje a mi presencia en su vida, un himno a mi existencia. En esa página hay una vulnerabilidad, una ternura torpe y un poco formal. En ese poema, es él quien está atrapado, es él quien cae; es él el esclavo y yo la ama.

Tengo que lograr escribir una frase sobre ese momento en el que el poema llega tras el acto sexual impuesto y cómo se parece eso a una ofrenda después de una toma por la fuerza. En ese momento, no tengo la capacidad intelectual ni la madurez necesarias para medir ambas cosas, lo que se me ha quitado y lo que se me ha dado. En ese momento que vomita sol literalmente, sostengo esa hoja durante varios minutos, me zambullo en su lectura, me alejo cada vez más de lo que acaba de pasar. Despacio, por medio de una extraña transferencia, la imaginación se hace relato y la cruda realidad se hace ficción. Me coloco en el lado del poema, estoy en las palabras, en las frases y en el giro de los versos. Prefiero leer «beber a la orilla de tu juventud»; prefiero el eufemismo, la metáfora y el lirismo ampuloso a pensar en su cara entre mis muslos.

Me digo: «Así son las cosas; esto es la edad adulta, esta es la vida de verdad, así es como viven las personas inteligentes, y tú no lo eres aún lo suficiente para entenderlo del todo; esto es lo que hacen las personas libres, se acabaron las niñerías».

Está su enorme calma, el muro de su silencio, su comportamiento parco y contenido, que no ha cambiado. La sensación de sequedad en la garganta se parece a la que se nota después de gritar mucho, pero yo no he dicho ni una palabra.

Están todas estas frases, aquí, que se aproximan a la cosa, pero ninguna es tan auténtica ni tan cruda ni tan justa ni tan grande como la cosa en sí.

Un plan de conquista y de domesticación se dibuja: el cuerpo después, durante días y semanas, palabras, promesas, libros, consejos sabios, una atención permanente, cartas, más poemas, luego el cuerpo de nuevo y otra vez más, hasta que esté encerrada en ese estribillo perverso, hasta que ya no sepa lo que hacen los demás, hasta que no sepa cómo existir fuera de esta geografía secreta.

No sé qué empuja a un hombre de cincuenta años a seducir a una niña de diecisiete, a hacerla romper con toda su familia y sus amigos, a conservarla junto a él durante años, a conseguir que se conforme con muy poco, a aislarla, a domesticarla, a someterla, y luego, cuando ella quiera dejarlo, a inspirarle miedo, a aterrorizarla, a vigilarla, a golpearla, a amenazarla. Me pregunto si existe una premeditación a la hora de levantar despacio, ladrillo a ladrillo, un muro a su alrededor para que resulte inalcanzable, físicamente, claro, aunque también moral y espiritualmente. Me pregunto si todos los días, durante los años que ella pasa con él, verifica la solidez de ese muro. Me pregunto si lo piensa de verdad cuando dice, de broma: «Si me dejas, te mato». Me gustaría saber si este tipo de capacidad de control es innata; si este tipo de ascendencia es adquirida o si hay que estar en el lugar adecuado, en el momento preciso, para encontrar una especie de víctima ideal.

¿Fui una víctima ideal?

¡Ay, lo que me gustaría tener la prueba concreta y científica de la magia negra que este hombre pudiese haber ejercido sobre mí! La verdad es que entonces me sería más fácil sentir compasión por quien fui; podría verme como una víctima y podría presentarles esta prueba a mis padres, a mi hermano, a mis amigos, y les diría que me hechizaron. A veces sueño con juzgar a esa niña, con interrogarla con pruebas y frases mordaces, testimonios y atestados de moralidad, y así entrever su debilidad, su enfermedad mental, su falta de inteligencia y su estupidez e identificar las semillas de la locura que se apoderó de ella.

5

Un día, cuando ya vivíamos juntos, le pregunté qué habría hecho él si su hija se hubiese ido con un hombre mucho mayor y hubiese roto con él y con toda su familia. Él me contestó enseguida, como si fuera algo evidente: «A mi hija nunca le habría pasado eso; ella nunca habría hecho algo así». *Algo así,* dijo. No había que verlo como algo extraordinario, magnífico, maravilloso, algo que nace de un amor excepcional y ciego, sin importar la edad, ni el físico, ni el dinero, ni el color, ni la clase social. Podría haber dicho eso, porque es así como yo lo amé. Pero era *algo así* como un error, una traición, un delito. Sentí vergüenza; no supe qué contestar, como cuando me reprendía por mi forma de comer, de beberme el té o de sentarme. Como cuando dejaba de dirigirme la palabra y se limitaba a mirarme con cara de pena. Microhumillaciones que jalonaban nuestra vida cotidiana. Entendí que yo había hecho *algo así* porque tenía una predisposición. ¿Sería una predisposición a ser sumisa, doblegada, víctima? ¿O quizá un rasgo transgeneracional procedente directamente de mis ancestros, que trabajaron en una plantación de azúcar de caña durante la dominación colonial? ¿Sería un cúmulo de circunstancias y elementos contextuales que hizo que cayera en sus brazos, en aquel agujero, como una fruta madura?

Desde el final de la infancia y la entrada en la adolescencia, me siento doble, dividida, nunca del todo en mi sitio. Por el reverso, soy una chica absolutamente banal, ni guapa ni fea, entrenada como tantas otras para «ser buena». «Sé buena», me dijeron siempre mis padres, mis tías y mis profesores, en ese criollo afrancesado de isla Mauricio. Es una expresión que engloba la decencia en el

comportamiento en sociedad y en la forma de vestir, los modales o las buenas notas en la escuela. Muy pronto me di cuenta de que «ser buena» también puede extenderse a los pensamientos, a las ideas, a los sueños. Vengo de una familia de mauricianos que salió de la pobreza en la generación de mis propios padres (ambos empezaron a trabajar al final de la secundaria y, hasta que se casaron, entregaban el sueldo íntegro a sus respectivas madres). Mis padres son los primeros que no han labrado la tierra, que saben leer y escribir, pero también lo que es pasar hambre. Son modelos hechos a escala: mi madre fue una de las primeras mujeres de su pueblo en sacarse una carrera; en condiciones económicas y familiares muy difíciles, estudió para ser maestra; mi padre, curado milagrosamente de una poliomielitis, se sacó una oposición de funcionario público. Al principio, salía de casa a las cinco de la mañana todos los días para llegar a tiempo al trabajo y volvía cuando ya era de noche. Cargaron, cada uno a su manera, con la responsabilidad de sus hermanas y hermanos más pequeños, y con la de sus padres ya mayores. Conscientes de que habían salido de la clase obrera y entrado en la clase media. Para seguir en ella, es decir, para seguir subiendo en la escala social, hay que trabajar duro, tener ambición, no perder el tiempo, no gastarse el dinero a diestro y siniestro, ser discreto, tener buena reputación y animar a los hijos a elegir la mejor carrera posible. Cuando los hijos se esfuerzan en el colegio, se sabe, se dice, y eso salpica a los padres. Cuando los hijos sacan buenas notas, pueden solicitar una beca de estudios en el extranjero, encontrar un trabajo bien remunerado, casarse bien, con alguien como ellos (que tenga estudios), y así estos descendientes de culís no tendrán que volver a las plantaciones de azúcar, nunca volverán a doblar el espinazo. Es un destino que, si bien no está trazado de antemano, se nos presenta a los hijos como el único viable.

Esta primera generación de clase media no cuenta con la comodidad del pasado feliz; no tiene aún los medios de sus ambiciones, ni los códigos ni la red necesarios; todo se sostiene en

un estado incipiente. Aún existe el peligro de recaer en la clase obrera, de dar un paso en falso y volver a desclasarse. En este camino no hay sitio para los originales, los atípicos, los que se toman su tiempo, los que se desarrollan tarde. Hay poco lugar para los soñadores, los humanistas, los románticos, los utópicos.

Solo puedo pensar en mi infancia y mi adolescencia a través de la presión escolar. Los exámenes oficiales son regulares, los resultados siempre son públicos y siempre se comentan en familia, y el valor de un hijo es proporcional a ellos. «El niño se esfuerza» = es bueno, es inteligente. «El niño no se esfuerza» = es desobediente, es tonto.

Esta clase media tiene otra obsesión: la reputación. Y esta pasa por el respeto a las tradiciones. Yo no podía salir con chicos; veía a mis amigas en el instituto, en las clases extraescolares privadas. De vez en cuando, quizá, en vacaciones, iba a pasar el día a casa de alguna. Cogía el autobús, me quedaba en su cuarto, comía con ella y su familia, y volvía en autobús. Mi independencia se aplicaba únicamente a los trayectos en autobús, al colegio, a las extraescolares. El ocio eran las bodas, los cumpleaños; y en esos momentos, en esos templos, en esas salas de fiestas, esta comunidad se reencontraba con sus lejanas raíces indias manchadas de modernidad. Sí, me ponía vestidos y pantalones, había música criolla y europea, se hablaban varios idiomas, pero no estaban permitidas todas las libertades.

Asistía a multitud de actos sociales donde mis numerosas primas se casaban con chicos elegidos por sus familias. Uno de mis tíos había definido aquella costumbre como el antepasado de las aplicaciones de citas. La familia hace una primera elección en función de las normas definidas de antemano (religión, casta, nivel de estudios, reputación, a veces criterios físicos) y, después, los pretendientes se conocen. La chispa salta o no salta, no hay ninguna obligación. Suelen ser relaciones duraderas.

Asistía también a momentos de gran violencia: una prima recibe un correctivo físico porque se ha enamorado de un chico de otra religión. Mis padres están allí para hacerla entrar en razón, porque

su padre ha montado en cólera. Yo me quedo sentada en el salón, cerca de la ventana, y miro a esta prima a la que le gustan las estrellas de Bollywood, los mangos con sal y pimienta y un chico de otra comunidad. ¿Tan grave es? Ella es joven, vulnerable, está enamorada hasta la médula. Está de rodillas en el patio, junto al altar de las deidades. Su padre acaba de darle varias bofetadas consecutivas. Ella grita y luego empieza a gemir como un animalillo. Mi padre va a hablar con ella. No sé qué le dice. A mí no me dejan acercarme; todavía soy una niña. No sé ni por qué me han traído mis padres. No sé por qué les parece normal que vea esto. Unos meses después, asisto a su compromiso con un chico que no ha elegido ella. Mi prima no dice una palabra; tiene la cabeza gacha todo el rato, parece rota. Lleva un sari de lentejuelas y el hombre que pronto será su marido la mira con ojos enamorados.

Otra de mis primas, casi mi gemela, a la que adoro, se promete a los dieciséis años con el permiso materno. Se ha enamorado de un chico del barrio y, al enterarse su madre, que es viuda, la casa en el acto. Cuando le pregunto a mi tía por las razones de esta boda precipitada, ella me contesta: «Es mejor así. Se evitan las habladurías».

Una vecina desaparece de la noche a la mañana. Los rumores dicen que se ha escapado con un chico. Yo la veía todas las mañanas cuando iba a coger el autobús al colegio y siempre estaba sonriente, contenta, pero no hablaba con ella. Era una chica *divoltère,* una palabra criolla que significa, en función del género que se le aplique al adjetivo, «imprevisible, maleante, holgazán, desobediente, de moral relajada». ¡Ojalá me acordara de su nombre!

Dos años más tarde, mis amigas y yo montamos un espectáculo de danza gracias a una profesora increíble que nos animaba a ser algo más que mentes biempensantes. Lo representamos en distintos espacios: cárceles, asilos, hospitales y, una vez, en una residencia para madres adolescentes. Allí, en aquel lugar oculto por grandes árboles, en aquel pueblo donde la tierra es roja, de repente vi entre el público a aquella vecina con un bebé en los brazos. Me quedé tan

sorprendida que me equivoqué en la coreografía y me tropecé. Se le había oscurecido el rostro, que parecía cuero curtido, como las caras de las personas que se pasan años trabajando al sol. Le sonreí, pero ella me fulminó con la mirada. Había muchísima ira en sus ojos y me dio la sensación de que aquella ira iba dirigida hacia mí, hacia a la sociedad mojigata y correcta que, en aquel momento, yo debía de representar para ella.

¿Cómo lo hacen — pensaba a menudo — los que encuentran su lugar en esta sociedad moderna por fuera (la educación para todos, la ambición, los signos exteriores de riqueza), pero cuyo fuero interno conserva un sabor arcaico (el matrimonio concertado, la virginidad, la endogamia)? El contexto geográfico insular solo conseguía añadir peso a aquella sensación de libertad vigilada.

Por el anverso, solo soñaba con una cosa: liberarme de aquellas tradiciones y de aquellas normas que sentía como cadenas. No tenía ningún interés en ser abogada ni médica; no veía por qué tenía que casarme con alguien de mi comunidad, de mi religión, de mi color. Pero no lo decía. La presión que sentía para «ser buena» era grande y pesaba constantemente sobre mis hombros. Gracias a la escritura, podía ir a todas partes, vivir vidas distintas a la mía, experimentar otros vínculos con el mundo. En aquel universo no necesitaba ser buena; por fin había encontrado mi lugar. Cuando gané aquel premio literario a los diecisiete años, se alimentó mi fuego interior, se inflamó la ambición que tenía. El acto de rebelión comenzó entonces. Quizá al escribir, al tomar aquel camino insólito en mi estirpe, al querer raspar todas las capas por aquel medio, todas las que sentía de adolescente, pero también todas las pasadas y las futuras; quizá al embarcarme en aquel viaje clandestino, traicioné a los míos. Alimenté aquel mundo en secreto, acrecenté aquella parte de mí cada noche al rociarla ora de maldad, ora de dulzura. Soñaba con irme de allí, con escribir, con publicar un libro. Y, en medio de aquel terreno fértil que eran mi ficción y mi imaginación, me encontré con aquel hombre que creí que era un aliado.

6

Con el paso de los meses, me hundía cada vez más profundamente en aquel agujero, y me alejaba cada vez más del mundo de la superficie, el que conocía desde que nací, aquel universo donde yo era la primogénita de mis padres, la hermana mayor de mi hermano, la nieta de mis abuelos, la alumna del instituto, la amiga, la adolescente que escuchaba música de todo tipo y se consideraba una chica del montón. Mi vida cotidiana era un engaño permanente: sin HC ya no era yo misma, y con HC era una versión fantasiosa de mí. Me aislaba y me alejaba de todos mis amigos, de mis familiares. Nada de mi vida anterior tenía valor alguno; solo esperaba el día en que pudiese irme de casa, vivir mi vida. Pronto empecé a ser incapaz de respirar cuando él no estaba; los chicos de mi edad empezaron a parecerme ridículos, inmaduros, y pronto, toda mi mente, mi tiempo y mi cuerpo empezaron a girar en torno a él, en torno a aquel sol negro.

No sé cuánto duró la caída, pero acabé atravesando la tierra y llegué hasta la otra punta del mundo, a un país donde aquel hombre de genio oscuro era el rey, el único habitante, el que controlaba el gran relato.

Me gustaría ser capaz de contar las cosas como ocurrieron, pero me veo obligada a engañarme, a utilizar esta metáfora sacada de *Alicia en el país de las maravillas,* otra puta analogía literaria, como si los libros y sus formas se hubiesen convertido en mi sempiterna muleta, como si no pudiera pensar sin ellos, como si solo pudiera contar las cosas a través de ellos.

Esta metáfora se me ocurrió el día que volví a vivir a casa de mis padres, seis años después de haber desaparecido. Utilizo el verbo «desaparecer» porque me marché sin avisar; dejé que me buscaran sin darles más pista que una carta de despedida; subestimé el impacto que les provocaría. No imaginaba que mi padre lloraría como un niño o que mi madre adelgazaría de golpe. Pero, cuando me vieron y me suplicaron que entrara en casa, yo ya no era su hija, sino otra, poseída y subyugada, con el cerebro cambiado, con el corazón y el cuerpo sin recuerdo ni reconocimiento de sus cuidados o de su afecto.

Utilizo el verbo «desaparecer» porque, cuando recuerdo esos años, aquellos seis años de vida en común con aquel genio oscuro, pienso en una muerte lenta, similar al estado de un borrado gradual, a una erosión regular.

Cuando me presenté en la puerta de la casa de mis padres, seis años después de mi desaparición, acababa de cumplir veinticinco años y pesaba treinta y ocho kilos como mucho. Tenía, desde la noche anterior, la extrañísima sensación física, que nunca antes había sentido, de tener un corazón sobredimensionado. Estaba hinchado, pesaba, había colonizado mi cuerpo entero y ocupaba el hueco de todos mis órganos. Latía despacio, con un ruido sordo. Era como una bomba y me daba miedo. No me movía gracias a él, sino a pesar de él, de su peso y de su masa.

Creo que eran las noches sin dormir; creo que era un terror profundamente clavado en mí, el de la noche anterior y el de todas las demás noches; creo que era la convicción de haber escapado de algo de donde no se vuelve — y aquí tengo que obligarme a escribir la palabra «muerte»—; de haber escapado de la muerte.

Estaba al pie de la escalera y miraba los escalones que tenía que subir, altos y numerosos. Solo era un piso, en realidad. Entonces pensé en Alicia, en cómo había seguido a aquel conejo. «Y caía, caía y caía. ¿No iba a terminar nunca de caer?». Por un instante, aquella frase me reconfortó y me dio algo de fuerza. Mi madre apareció en lo alto y sonrió de una forma que yo pensaba que no volvería a ver,

con una expresión alegre que borra todas las penas, todos los insultos y las malas palabras. Me dijo, al verme con la maleta: «Es como si volvieras de un largo viaje». Detrás de mí estaban mi padre y mi hermano. Permanecían callados; habían estado así durante todo el trayecto. Era un silencio grave, un silencio conveniente en aquel momento.

Pensé que tenía que encontrar el modo de seguir viviendo, de no volverme loca, de no tirarme por la ventana. ¿Cómo dice la gente? De «pasar página». Pensé que tenía que cerrar la boca y una parte del corazón, de la mente, del cuerpo, del alma. Pensé que sería mejor intentar olvidar. Pensé que nadie más que yo debía cargar con aquellos seis años. Pensé que tenía que mantener la cabeza alta, conservar un poco de orgullo, aunque solo fuese eso. Son curiosas esas promesas que se hacen en silencio, que te haces a ti misma y que mantienes, aferradas a ti, durante muchos años.

Ahí está mi madre; ahí está mi padre; ahí está mi hermano. Esperan, con el semblante franco y serio a la vez. ¿Han aprendido a vivir sin mí, a pesar de mí? Ellos también han tenido que «pasar página». Empecé a subir la escalera y, con cada escalón, me imaginaba soltando trozos rotos, trozos malos, trozos vergonzosos, trozos sucios y asquerosos. A veces lo conseguía; otras, no. Con cada escalón también iba recogiendo lo que quedaba de la niña que había sido, y con todos aquellos pedazos, que eran a la vez relato y ficción, recuerdos e imaginación, sueños y realidad, entereza y esquirlas, llegué arriba. Y entonces mi madre me abrazó.

Todas las veces, la muerte

La primera vez, la muerte es un clavel amarillo sobre la boca de mi primo, que está en un ataúd de madera blanca. Ha vivido unas horas o un día entero; no lo sé, porque soy una niña y no debo hacer ese tipo de preguntas. El silencio que reina aquí, a pesar de la presencia de varias decenas de personas, resulta tan pesado como la humedad antes de los grandes ciclones, y podría sacar la lengua y este silencio pesado se posaría sobre ella. Me refugio en una habitación más alejada, me cuelo por la puerta y, de repente, mi tío, el padre de ese bebé, que es su primer hijo, entra en la estancia. Se tira encima de la cama y se pone a llorar bajito. Me encuentro a dos pasos de él, pero estoy inmovilizada por su llanto; no me atrevo a levantarme para consolarlo.

La primera vez, la muerte es esa liana que sale de su boca y que no tiene fin; es un lamento en un tono grave, profundo, suplicante, depositado a los pies de un dios que no escucha. Me acuerdo aún del nombre original y reluciente de aquel bebé, y de que alguien dijo: «Un nombre tan bonito echado a perder», e incluso a mi edad entendí lo que aquella persona quería decir: que aquel nombre estaba ya ligado a la muerte y que aquel nombre ya llevaba consigo la desdicha.

La segunda vez, la muerte es la palabra «desembocadura». Estoy sentada al borde de un canal, con los pies en el agua clara y rápida que baja gorgoteando cada vez más deprisa hacia una boca en forma de cuello donde salta a grandes borbotones y vuelve a caer sobre las rocas que salen al mar. Esa agua baja de la montaña lejana o de un río que yo no veo, y mi madre me ha dicho antes: «Esto es

una desembocadura». Con los pies dentro de esta agua, sintiendo su corriente musculosa, me pregunto si este canal es esa «desembocadura», si es este lugar entre la tierra y el mar o si es la acción de arrojarse al mar. La segunda vez, la muerte es un fragmento intacto y perfecto de un día que mi mente conserva como un cuadro impresionista. En ese cuadro aparecen la extensión azul del mar, los filos y los picos de la cornisa de rocas negras, el agua clara del canal, unos hombres jóvenes, unas mujeres jóvenes y unos niños. Los hombres preparan un fuego para asar los peces que acaban de pescar. Lo hacen mientras arman un alboroto alegre; no saben muy bien cómo se hace, se pican unos a otros, y algunos, como mi padre, habrían preferido jugar al balón. Sus mujeres, que parecen adolescentes con el rostro desnudo y la cintura perfilada, limpian el pescado en el canal, y ellas tampoco saben muy bien cómo se hace. Refunfuñan y llegan a la conclusión de que deberían haberse traído unos bocadillos de casa. Están metidas en el agua hasta las rodillas. Raspan las escamas brillantes con navajas, trocean los cuerpos, vacían los pescados y luego los arrojan, ya blandos, a la hierba compacta y mullida que crece en la arena. Se han quitado los vestidos de verano y algunas, como mi madre, están en bañador. Los niños corren por todas partes como manchas de color dando vueltas. En este cuadro solo hay promesas.

La segunda vez, la muerte es un vestido de flores. Me roza los pies y, en lo que me parece ese mismo momento, giro la cabeza y veo a mi madre, que es quien está más cerca de la boca del canal; veo que, en un gesto que ella calificará de «reflejo», levanta ese vestido con las dos manos por encima de la cabeza, como un trofeo, y ese vestido toma la forma de una niña pequeña. Se ha caído al canal sin que nadie se diera cuenta e iba de cabeza al cuello, donde, sin el «reflejo» de mi madre, habría quedado atrapada por la presión del agua, por la succión de ese agujero, donde su cráneo habría actuado como un tapón. Está aturdida, pero viva; su madre grita y ríe y llora a la vez; los hombres vienen corriendo y, después del chirrido de las ruedas de un coche arrancando a toda prisa rumbo al

hospital, se hace el silencio. Ese día se corta por lo sano y sus bordes se enroscan sobre sí mismos, rozados por el aliento de la muerte. La hoguera se abandona, los pescados no se asan, el baño, los helados y los juegos se anulan; hay que irse, alejarse de esta desembocadura y del recuerdo de ese vestido de flores, porque, al igual que el nombre de mi primo, este lugar está marcado para siempre.

Las siguientes veces, la muerte son los demás. El cuerpo vendado como una momia del hermano pequeño de una amiga, atropellado por un autobús; el rostro asombrosamente liso y sereno de las personas mayores que, como mis abuelos, trabajaron toda su vida en los campos de azúcar; la multitud densa y desconsolada que sigue el cortejo fúnebre de un profesor al que todo el mundo adoraba; la ausencia prolongada de una compañera de clase a la que observo con disimulo cuando vuelve, para saber cómo es perder a tu madre a los doce años, si eso se nota en la cara, en la forma de moverse y de comer, aunque nunca le digo nada de todo eso; nunca le pregunto cómo está; no me atrevo.

Cada vez que asistía a un velatorio o a un entierro, tenía que lavarme obligatoriamente los pies, las manos y la cara fuera, en el grifo del jardín o en una fuente pública, antes de volver a casa. Cuando son los demás, la muerte es un olor del que hay que librarse, una suciedad que se frota con jabón y se enjuaga.

Así avanzamos día tras día, olvidando la muerte, lavándola de nuestra existencia, dándole la espalda y huyendo de ella, porque nos creemos, pobres humanos, nacidos para vivir. ¿Es acaso el latido de nuestro corazón, esa medida delicada que oímos a veces, con la cabeza sobre la almohada, justo antes de caer en las garras del sueño? ¿Es acaso nuestro cuerpo (la potencia, el misterio, la precisión, la maraña perfecta), que nos engaña como una máquina que bombea, distribuye, limpia, ordena, da a luz, lucha y a veces cura? ¿Es acaso nuestra mente que mira a un mañana claro, a una posibilidad ardiente? ¿Es nuestra alma, que se orienta hacia la luz, no la religiosa ni la mística, sino la de lo cotidiano, banal y

extraordinario, la de una sonrisa, la de una mano tendida o la de una caricia?

Luego, una noche de repente, una noche de luna llena, la muerte es una canción pop. Sale de un coche aparcado delante de la casa donde HC y yo tenemos alquilada una buhardilla amueblada. Es nuestra cuarta residencia en tres años de vida en común. Siempre es él quien decide que tenemos que mudarnos y los motivos son repentinos y vagos: el casero es un imbécil, el vecindario es problemático, está muy lejos del trabajo, es muy caro para lo que supone en realidad, hay otras cosas mejores… El caso es que hay que irse y solo tengo un día o dos para empaquetarlo todo. No dispongo de cajas, solo de dos maletas y de varias bolsas de plástico. A veces recojo cajones de madera. Vivimos en pisos amueblados; tan solo nuestros libros, la ropa de cama y nuestra ropa nos pertenecen. Nos trasladamos a última hora, en unos taxis que aceptan hacer varios viajes. Los taxistas me observan por el retrovisor y, en ocasiones, su mirada es compasiva; otras veces es burlona.

Esta noche de luna llena…, las ventanillas del coche están bajadas, el volumen está al máximo y la música se insinúa en mi sueño, con su ritmo animado y la letra que me sé de memoria y que dice: «Vuelve y quédate ya siempre». Me despierto y HC ya está en la ventana. «¿Los conoces?», me pregunta. Sí, los conozco; son esos chicos que quieren hacerse los fuertes, que hacen el idiota después de una noche de borrachera. Han salido del coche y bailan, con el cigarro en la boca y la botella en la mano. Quieren provocar al hombre con el que vivo porque piensan que es demasiado viejo para mí, que tengo que dejarlo, pero no tienen ni idea de la naturaleza de ese juego. Están borrachos, son risueños, cantan a voz en grito y yo no existo, me han olvidado. Es un asunto de hombres, diseñado de antemano, como la etapa previa a un combate de boxeo, cuando los rivales se pesan y juegan a intimidarse sin llegar a tocarse. Son cinco y no sé cuánto pesan, pero no dan la talla frente al hombre que está en la ventana y que los mira con las manos a la espalda. La

muerte, esa noche, es ese hombre de pie durante toda la puta canción; su inmovilidad es rigidez, su inmovilidad es cólera, y yo me quedo tumbada, con un nudo en el estómago y el corazón en la boca. Suenan varios portazos, el coche arranca haciendo ruido, y me imagino a esos gallitos llegando a su casa y tirándose en la cama, borrachos perdidos, con el ego satisfecho.

Dos pasos rápidos para cruzar el espacio entre la ventana y la cama; una mano apoyada en mi cuello. Seca y caliente, ancha y robusta, la mano abarca todo mi cuello. Yo digo algo; no lo digo todo; miento a medias; digo cosas que creo que lo tranquilizarán. «Son unos chicos que apenas conozco, no hay nada entre ellos y yo; los conozco por una compañera; no, no conozco la canción; no, no significa nada; sí, sé inglés, sé qué significa, pero no sé por qué han elegido esa canción; van borrachos; vuelve a la cama; no, no tengo su teléfono; no, no quedo con ellos cuando tú no estás; casi no los conozco». Mi voz vibra bajo su mano. No me muevo.

De repente, la muerte es la consciencia del tamaño de mi cuello; nunca había imaginado que pudiese caber tan fácilmente en una mano; nunca había pensado en la fragilidad de esta parte del cuerpo que sostiene mi cabeza, mi cerebro y todos mis pensamientos, mis sueños y los poemas; todos esos poemas que están ahí, esperando a desarrollar su música, todo mi saber, la forma en que una isla nace en la capital de Namibia en el récord mundial de los cien metros en los sonetos de Shakespeare en la letra entera de *Ne me quitte pas* en el primer párrafo de *El extranjero* en el nombre del árbol que da kiwis en las fechas de nacimiento de mi hermano, de mi madre, de mi padre, de mis abuelos, de mis mejores amigos. Todas estas conexiones brillan cada vez con más fuerza mientras, de repente, empieza a apretarme el cuello, y hay dolor, hay pánico y asombro de que haga algo así, pero para. No aparta la mano. No sé por qué no me muevo. Digo más cosas y él vuelve a empezar. Y para. Aprieta y suelta varias veces. La náusea me asalta, el pánico aumenta, pero no me da la sensación de que apriete fuerte; aprieta durante bastante tiempo, pero no muy fuerte. ¿Me está estrangulando?, ¿me

está amenazando con estrangularme? No lo sé. Quiero decir que aprieta hasta que los ojos se me llenan de lágrimas, pero no se desbordan, no caen. Aprieta hasta que toso, pero no hasta que me ahogo. Yo busco razones para comprender por qué no me debato, por qué sigo allí tumbada con el cuerpo flácido, como si me estuviese haciendo la muerta, con un pijama de ositos azules que me regaló una amiga cuando regresó de China. Tengo la sensación de que mi cuerpo es pequeño, de que está encogido; y él, sentado tan tranquilo al borde de esta cama, con el torso desnudo y claro como un café con demasiada leche, me domina con un cuerpo ancho y, sobre todo, con un silencio lleno de determinación. Dura mucho tiempo; dura tan solo unos minutos. Me estrangula del todo; no, me estrangula un poco. En ese momento de color gris perla, no tengo la capacidad de pensar, no tengo inteligencia, no tengo cabeza para calificar con exactitud lo que está haciendo. Su rostro se suaviza. Entonces dice palabras sin verbo, separándolas, y las dice con ternura, sí, una ternura inesperada: «Cuidado la próxima vez». Entonces hago una cosa descabellada: le sonrío.

Ahora puedo decir que, la primera vez, no me creí mi muerte. Le sonreí a la cara en el claroscuro de una noche de luna llena; le sonreí a pesar de su intención y su seriedad (la mano aún en mi cuello); preferí el excipiente de aquel veneno (la dulzura con la que envolvió sus palabras) y me tragué despacio su amenaza, que no tenía verbo, que no era una frase de verdad, sino una auténtica promesa, pero ahora sé que lo que decía era: «Cuidado; la próxima vez te voy a matar».

Lo que sucede después resulta imperceptible para los demás. Lo que sucede después se ciñe al paso de los días, se convierte en una segunda piel, una rutina, un hábito, una manera de vivir.

La mañana llega con su gran sol azul. El té, el pan tostado, la ducha, y, al mirarte en el espejo durante un minuto, el miedo, la sensación aún patente de esa mano en tu cuello, resulta totalmente imperceptible en esa cara que tienes a los veintiún años y que aún es redonda, como en la adolescencia. El trayecto hasta la capital en

autobús y el olor tan particular de la mañana, cuando te acomodas en uno de los asientos desgastados de color burdeos. El olor a hierro, a cuero sintético viejo, a perfume barato, a naftalina, a resignación ante la repetición de todas las mañanas; ese olor que asocias con la clase media anónima, el olor de esas mujeres y esos hombres que han salido de su casa, han dejado a sus hijos en el colegio para ir a trabajar, y tú juegas a fundirte con ellos. El día en esa agencia que subcontrata la edición de los libros de una editorial especializada en esoterismo. Engulles páginas sobre los signos del zodíaco, sobre temas astrales, sobre la forma en que los planetas influyen en el destino, pero no estás ahí para creer; estás ahí para procurar que se respeten las normas gramaticales, y encima de tu escritorio hay una Bescherelle y un Robert. *Cuidado la próxima vez.* A mediodía, comes con tus compañeros en un restaurante chino y, para los demás, resulta imperceptible el dolor cuando tragas. Tu suerte o tu desgracia, no lo sabes, es que no tienes marcas. Ni moratones, ni hematomas ni cardenales. Tu cuello se ve intacto en apariencia. Tu suerte o tu desgracia, no lo sabes, es que tus compañeros no te conocen, no están al corriente de tu historia: que ya no ves a tu familia, que no tienes amigos. Eres alegre y simpática. Por la tarde, vuelves a hacer el mismo camino en sentido inverso y el olor de los autobuses cambia: está cargado de impaciencia, de cansancio y de sudor. Piensas en la cena que tienes que hacer, te paras a comprar pollo, y delante del carnicero te sientes segura, satisfecha de ver que te sigue el juego, el de la adulta, el de la mujer que tiene un hogar.

Lo que sucede después es la forma en que ahora caminas con un temblor en el estómago. «Cuidado la próxima vez». Es una inquietud que te provoca acidez, dolores que parecen puñaladas. Es un peso en el vientre, como si no consiguieras digerir un alimento, y se queda ahí sentado, instalado, y pierdes el apetito. Resulta imperceptible para los demás cuando caminas al atardecer, cuando caminas hacia tu casa, con la bolsa de plástico con dos pechugas de pollo de color beis y textura correosa en la mano, hacia la buhardilla

de un dormitorio donde te espera tu vida negra y secreta. La figura solitaria que proyectas al caminar por el borde del camino, cuando rozas los setos que ocultan las casas felices, no te pasa desapercibida y, a veces, piensas: «¡Qué joven soy!», pero no haces nada con ese pensamiento, con esa frase, porque a tu alrededor se dibujan horizontes en forma de obstáculos. Así que continúas hasta tu casa y resulta imperceptible que llevas contigo ese temblor, pero también, hay que reconocerlo, la esperanza de que no vuelva a hacerlo.

Entre aquella y la última noche hay tres años que parecen hechos de largas jornadas elásticas y chorreantes, donde la frontera entre realidad y fantasía se cruza en innumerables ocasiones, donde los rostros se convierten en máscaras monstruosas y los cuerpos en armas. A lo largo de esas noches, a veces estoy suplicando, a veces estoy desnuda, histérica, estoy desesperada, pido perdón, grito, lloro, estoy en el suelo, estoy en un rincón. En mi corazón, llamo a mi madre, con la que no hablo desde hace muchos meses, y de mi boca sale una liana parecida a la que salía de la boca de mi tío: es un lamento. Cuando caen esas noches, algo estalla dentro de él y, una hora tras otra, habla como si recitara un libro, ese que nunca pudo escribir; el amor que yo traicioné; el perdón que concede y que retira; el arrepentimiento que yo expreso, pero que nunca tiene la forma que él quiere; mi mirada, que le resulta insoportable, y, sin embargo, cuando a veces me quedo dormida en esta silla donde me ha ordenado quedarme, grita, me zarandea para despertarme y para que siga oyendo lo que tiene que decir.

Entre aquella primera vez y la última, me acusa de engañarlo con el mundo entero, con los chicos de mi trabajo o con el muchacho que vende juguetes metálicos junto a la parada de autobús o con el cobrador del autobús que me ha sonreído o con el hombre que se dio la vuelta en la calle anoche o el del coche que ha pasado dos veces por delante de casa. Mis amigas son mujeres de moral cuestionable. Las canciones que escucho son códigos, me recuerdan a los demás, al que me tiré, al que tengo ganas de besar, al que

aparece en mis sueños por la noche, al de la ficción, al de la verdad, al de su paranoia. La falda que llevo es demasiado ceñida y tengo que ir a cambiarme. El perfume que me pongo es demasiado embriagador y tengo que ducharme otra vez, frotarme con jabón.

Cuando vuelvo tarde, se le ocurre esperarme entre los setos. Cuando abro la reja de la puerta de entrada, lo veo salir de entre los arbustos, despacio, como si se extirpase de un elemento del que formara parte. Se desprende de él, capa por capa, como un camaleón que recupera sus colores. Recuerdo pensar, con el miedo en el vientre: «es un depredador, es un animal, es una bestia», pero no le digo nada, porque sé perfectamente lo que va a pasar si hago un comentario acerca de su comportamiento o si me quejo de que me vigila. Primero me dirá que es todo culpa mía. Luego me recordará por qué no confía en mí. A veces incluso me obligará a contárselo todo, otra vez, como si hubiésemos retrocedido en el tiempo, el día y la hora exactos, los nombres y apellidos, las comidas, las bebidas, las calles recorridas, las palabras pronunciadas, y, si mi historia varía lo más mínimo, tengo que volver a empezar. Luego se preguntará por qué me molesta que me vigile. ¿Acaso tengo algo que ocultar? Sí, por fuerza tengo algo que ocultar; de lo contrario, aceptaría que me vigilara. Lo nota, lo sabe por mi forma de vestirme, de estar, por mi actitud. Solo le falta descubrir lo que escondo, y para eso tiene la noche, larga e interminable. En esa silla; quedarme sentada y escucharlo rebobinar hasta la noche de la canción pop. Saber a qué preguntas contestar y con cuáles mantener la cabeza gacha. No mirar la hora, no bostezar, no dormirse: esas son malas señales que demuestran mi culpabilidad, mi pasotismo, mi manera de burlarme de él.

Para evitar ese patrón, ese descenso a la noche que parece una caída sin fin, no digo nada, lo veo salir de la sombra densa, acercarse a mí. Él no lo esconde; al contrario, quiere que sepa que no se le escapa nada de lo que yo pueda hacer, intentar o pensar.

Entre la primera y la última noche, yo también me he convertido en un animal. Cuando llego a casa, hago un gesto: levanto el

mentón, inspiro varias veces. Recorro las estancias de puntillas. Entrecierro los ojos. Sé detectar un cambio de humor, percibo una especie de regusto al fondo de la boca cuando las cosas se agrian. A veces se me eriza el vello de la espalda y entonces sé que me observa. La pelusa que aún tengo en los brazos se levanta y entonces sé que va a soplar un viento malo.

Por la noche, se queda de pie al borde de la cama y yo finjo que duermo, con el cuerpo inmóvil, la respiración regular, el gesto impasible, la boca entreabierta. Aprendo a calmar los latidos del corazón. Las ondas de su humor me alcanzan como olas de calor que salen de un sol ardiente, pero no siempre sé descifrarlas: ¿será ira, será frustración, será desprecio, será que urde un plan, será que se contiene, será que espera? Todo es posible, tanto lo peor como la nada, cuando se queda de pie en la oscuridad y observa cómo duermo. Es extraño cómo finjo, cómo juego a dormir. ¿Acaso creo que la muerte momentánea del sueño me protegerá de la de verdad?

Entre la primera y la última vez, hay esclusas que se abren después de grandes peleas o después de mis intentos fallidos de dejarlo. Lo dejo por la noche, pero por la mañana vuelvo porque estoy sola y porque en el país donde vivo una mujer no vive sola. Vuelvo porque soy demasiado orgullosa para regresar a casa de mis padres. Vuelvo porque no lo he dejado del todo y porque conoce mi corazón, mis debilidades. Hay esclusas en forma de luna de miel: fines de semana en hoteles de la costa, pequeños paraísos escondidos donde saboreamos la vida de turistas. No hablo con nadie más que con él, lloro y él me abraza y me dice: «Se acabó, se acabó», y yo le creo.

Hay esclusas desesperadas: nos alojamos en casa de su hermano y su cuñada durante tres semanas. HC se ha deshecho de nuestro colchón, de toda la ropa de cama, de toda o casi toda mi ropa, de nuestras tazas y nuestros platos, de todo lo que otros, aparte de él, podrían haber tocado. Quería prenderle fuego, pero he conseguido disuadirlo. Por la noche, lo ha tirado todo delante de la casa, en un

montón; reconozco prendas, cosas que me gustan, quizá haya un poco de mí misma en esa pila que, por la mañana, acaba pareciendo una montaña de basura.

Hasta este momento no conocía a nadie de su familia. Nadie se ha manifestado desde que vivimos juntos. Solo conozco a un amigo suyo. Me presenta a su hermano y a su cuñada en su despacho. Me dirigen sendas sonrisas tímidas y me miran con curiosidad. Son pura amabilidad. HC se queda sentado y nosotros tres estamos de pie; yo ya examino hasta el menor de sus gestos, de sus posturas. Tengo la vaga sensación de que ha impuesto nuestra presencia en su casa; me siento avergonzada en este despacho, pero ellos dicen: «Sí, podéis dormir en casa». Llevan más de veinte años casados, no tienen hijos y esa es su mayor pena. La casa es nueva, acaban de construirla en la zona alta de una ciudad costera. Entre dos árboles se ve el mar. Es una casa agradable; está impecable. Tiene cortinas bonitas; eso es lo que pienso cuando estoy en su casa. A HC le profesan un respeto mezclado con temor. Quizá les dé un poco de miedo. Su cuñada cocina fenomenal y al final de las comidas él le hace cumplidos como si fuera un patriarca, mientras se limpia la boca con delicadeza. Nunca quita la mesa, habla poco o nada. Me doy cuenta de que no he comido en casa de nadie desde que me fui de la de mis padres, y la comida casera me hace pensar en mi madre. El hermano, más joven que él, tampoco es muy hablador, pero su rostro rezuma ternura. Mira a HC a menudo. La pareja nos pone una cama en el salón, donde ven la televisión, y pasamos las noches con ellos viendo algún programa o una película. Había pensado que aquí, en casa de su propio hermano, HC tendría cuidado, que aquí se calmaría, pero no; en esta pequeña estancia donde zumban los mosquitos, vuelve con lo que había dejado en la otra casa. Las preguntas, dónde cuándo qué cómo cuánto, una y otra y otra vez. Cuando se acaba, cuando no puedo más y lloro entre hipidos, él toma mi cuerpo para rematar su control; yo ya no sé qué pensar de lo cansada que estoy: el amor, la reconciliación, la tregua, el perdón, pero no, mañana será igual. A veces, al día

siguiente, su cuñada me habla con tanta ternura que me pregunto si lo habrá oído todo: las palabras, los llantos, los puñetazos y las embestidas.

Hay esclusas que son pequeños exilios. Al salir de un período particularmente violento, me propone irme de retiro para reflexionar, para pedir perdón, para aislarme. Yo accedo. Tengo la impresión de que mi salud mental pende de un hilo. Acabo en un convento protegido por altos muros de piedra volcánica. Fuera hay una ciudad animada, alegre. Mi habitación es pequeña y la religiosa que me lleva hasta ella es sonriente, atenta, joven. Solo tengo una obligación: compartir al menos dos de las tres comidas diarias con las hermanas. No sé cómo HC ha conseguido meterme aquí, a quién ha llamado, qué ha dicho. Llego a última hora de la mañana al convento y me acuerdo de la primera comida. La madre superiora es simpática, tiene el rostro liso y claro a pesar de su edad, me hace algunas preguntas banales y, no sé cómo, las hago reír. Creía que me acogerían como a una enferma, como a una débil, como a una oveja descarriada, pero no, no hay ninguna curiosidad, ninguna pregunta fuera de lugar. En esa primera comida hay arroz blanco, lentejas, un salteado de verduras, un encurtido de mango. Frente al plato, ante esa sencillez que me recuerda a mi abuela, a mi madre, a mis tías, a las madres de mis amigas, a todas esas mujeres que hace tanto tiempo que no veo, no consigo contener las lágrimas.

Me quedo cuatro o cinco días, asisto a las laudes, a las vísperas y a veces a los oficios diurnos. No soy cristiana, pero la atmósfera devota, el incienso, el silencio, las oraciones me rodean y me calman. Aquí, incluso en las laudes, hay gente que viene a orar, a pedir misericordia. Algunos se arrodillan a la entrada. ¿Qué pedirán estas personas? Me gustaría conocer el contenido de sus susurros, me gustaría comparar todas las oraciones, los perdones, los favores que piden, las misericordias que imploran, y así, a la luz de mi propia letanía, podría medir el grado de mi desdicha. El resto del tiempo leo en mi habitación minúscula y escribo en un cuaderno, pero esas palabras han desaparecido: su forma, su propósito, su intención, su

amargura y su dulzor. A veces paseo; nunca me alejo mucho por el enorme jardín, donde hay un huerto, árboles frutales, flores. Me quedo cerca del edificio donde está mi habitación, como si hubiese una frontera que no debo cruzar. Me agacho al final de un sendero de piedras planas y, en el punto donde comienza la hierba, me gusta observar a los insectos que hormiguean. ¿No tendría que haber una palabra equivalente a «desembocadura» para el lugar donde acaban las piedras y empieza la hierba? Me ofrezco para ayudar en las tareas del convento, pero las hermanas solo me dejan fregar la loza, lo que hago con un afán desmedido. La cocina está reluciente, he limpiado hasta el fondo del cubo de basura. Podría quedarme aquí semanas, meses enteros; podría darle la espalda a esta vida violenta, sin sentido. Pero lo veo sentado en un banco de la capilla, todas las mañanas y todas las tardes; busca un lugar donde el contraluz le da de lleno; solo es una figura dibujada, casi una sombra, pero sé que es él; se me crispa la nuca, los escalofríos me recorren piernas y brazos. Tiene un tic cuando no quiere que lo vean: finge que se pellizca la nariz y así se tapa la mitad de la cara. Le he visto hacer ese gesto muchas veces en público, y aquí también, en esta capilla. No puedo huir de él.

Entre la primera y la última vez, la mente, el corazón y el cuerpo se desmoronan pedazo a pedazo, y quizá, si todos esos años pudieran reconstituirse como un gran lienzo remendado, iría recogiendo cada parte abandonada de mí misma siguiendo la cronología de los años, de las humillaciones, de las casas, de los sentimientos, y descubriría en qué pensaba, qué sueños tenía, la mujer que quería ser. Quizá, si el relato pudiera escribirse con una verdad completa, sin olvidar la complejidad, el contexto, los puntos de vista, contendría una enciclopedia de perspectivas sobre la violencia y el control en la pareja, pero este no es lugar para los archivos, la estadística, la clarividencia, la justicia. Este es un mundo de cúmulos, de migajas, de memorias, de recuerdos, de afectos. Aquí subsisten el aliento de los sueños, el grano de las pieles, la sal de las lágrimas, la densidad de las noches y el sabor del tiempo.

Aquí conviven la vida y la muerte, el pasado y el futuro, lo posible y lo inimaginable, los fantasmas y los vivos. Y la sucesión de todo ello forma un artefacto.

La última noche llega en mayo, unos días después de mi vigésimo quinto cumpleaños, que no he celebrado porque desde que vivo con HC esta fecha no está marcada en el calendario. Ser adulta es dejar de soplar velas en una tarta, es dejar de esperar gestos de cariño, es burlarse de estos rituales. Eso no impide los deseos de ternura y de atención como antes, y el corazón, por muy adulto que quiera ser, se ve resentido. No olvido que tengo veinticinco años y que a mi edad debería estar viviendo otra cosa que no fuera esta vida doble en la que de día trabajo en una redacción, hablo y charlo con mis compañeros, estoy fuera de este mundo, escribo artículos y rozo los sueños de antes, de esta vida de escritura y reflexión, y de noche vuelvo a una casa-cárcel donde mi compañero-carcelero ya está con el torso desnudo leyendo en su sillón, fumándose un cigarro, esperando su cena. De noche lo siento, a medida que me acerco a la casa; siento este miedo físico y moral. Es algo que hay que experimentar; esta sensación como de una mano grande y fría que se posa sobre el corazón, este líquido negro que invade la mente, este amasijo que bulle en el vientre, el abismo imprevisible que representa la noche.

A veces no pasa nada, es verdad. A veces cenamos, vemos la tele y nos vamos a la cama, y a la mañana siguiente empieza un nuevo día, pero caminamos por un hilo, él y yo. A veces se pasa días enteros sin dirigirme la palabra; no sé si está enfadado, si está inquieto, si está concentrado en un trabajo; días enteros así durante los que me pregunto si habré hecho algo, si tendrá algo que reprocharme, si debo dejarlo tranquilo, si debo hablarle. Días enteros de ser invisible a sus ojos, de hacerle la comida, de hacer té por la mañana, de recorrer el camino en coche. A veces lo rompo adrede, este silencio; provoco una pelea porque no soporto más ser esclava e invisible.

A veces pienso en esta simple realidad: apenas escribo desde que vivo con él, hace seis años. Podría volverme loca al pensar en esto, podría pulverizar el sentido de lo que creía que era mi existencia. No comprendo cómo he llegado hasta aquí, cómo puedo llevar una vida tan miserable, todo lo contrario a lo que soñaba.

No sé qué sucede exactamente la última noche. Quiero decir que, en concreto, no sé qué es lo que enciende la mecha, lo que provoca el derrumbe. Quizá nada, porque a veces, la verdad, está todo en su cabeza, son sus pensamientos macerando en un caldo venenoso de celos enfermizos, de manipulación perversa y de locura. Una vez, es una frase en un periódico o en un libro; otra, la expresión de mi rostro, mi mano así o asá, algo en lo que se ha fijado durante el día, y en esos detalles, que solo él ve, encuentra lo que llama los «elementos». Los «elementos» de mi duplicidad, de mi traición, de mi maldad, de mi alma perdida. Los «elementos» que confirman que quiero dejarlo, que tengo un amante, que voy a tener un amante, que sueño con tener un amante.

Si fuera un testimonio, tendría lagunas. Si fuera un recuerdo, sería impreciso. Si fuera una película, la imagen a veces se congelaría y en ciertos momentos no habría sonido. Si fuera una fotografía, estaría borrosa en algunas zonas. Si fuera un libro, sería a la vez crudo y elíptico.

Llevo un vestido veraniego de tirantes que se me ha quedado demasiado flojo para llevarlo por el día, pero que es perfecto para las noches de mayo. El algodón es suave, y el corte, largo. Me hago unos nudos en los tirantes para que no se me caigan constantemente por los hombros. A veces duermo con ese vestido y creo que es lo que tenía pensado hacer esa noche. Es rojo y tiene una cenefa de flores en la cintura.

Corro con ese vestido; voy descalza. Corro huyendo de él. Estoy en el pasillo, en el salón, rodeo sillones, mesas, salgo a la terraza y paso otra vez por la puerta de la cocina, y detrás de mí tiro de la reja, pero no consigo cerrarla. Intento echar el cerrojo, pero no consigo sostener la reja y pasar el pestillo a la vez; tiemblo

muchísimo. Detrás de la reja aparece él; empuja o sacude la puerta, no lo sé; yo aguanto como puedo, me apoyo con todo el cuerpo sobre la reja, no sé si intento encerrarme dentro o encerrarlo a él fuera.

Su gesto impasible a través de esos barrotes. Conozco esa máscara inmóvil que lleva puesta, esos ojos imposibles de leer detrás de las gafas. De una patada, la verja cede. Yo me quedo quieta; no sé en qué pienso; quizá en enfrentarme a él; hablo porque mi mandíbula se mueve permanentemente, como una válvula; tengo que hablar, hablar, pero en ese momento veo algo deslizarse entre los rasgos de su cara, algo que parece una onda en el agua. Su gesto pasa de impasible a resuelto. Un miedo, nuevo y glacial y fragante, me asalta en ese momento. Oigo un grito y tardo varios segundos en darme cuenta de que es mío; me atraviesa el cuerpo entero y sale en un sonido agudo, estridente, penetrante. Suena feo. Pienso: «¡qué grito tan horrible, cómo puedo gritar así!; parezco un animal, y ni siquiera uno majestuoso, no; parezco un cerdo, una cabra vieja, un asno», y cierro la boca deliberadamente varias veces. Sus brazos, su torso, su cuello ancho de boxeador, sus piernas, su cuerpo entero y todo su historial de ira y resentimientos me agarran para golpear, tirar, empujar, zarandear y ahogar mejor, todo a la vez.

Estoy en la calle; no sé cómo me he escapado. Sigo llevando este vestido rojo que he convertido en pijama por lo suave y agradable que es, ya lo he dicho antes. Sigo corriendo, pero lo hago al ralentí, como si me pesaran las piernas, como si estuviera en un sueño. Es noche cerrada; corro como un pelele, esa es la verdad; no sé a dónde ir y de pronto oigo acercarse el coche. Sé que es el nuestro; emite un chasquido que reconozco. Se abalanza sobre mí y luego frena, los faros me ciegan. Estoy paralizada en esta luz, paralizada en un gesto desacompasado, entre el movimiento y la carrera, entre la mujer y el animal. Echo a correr de nuevo y el coche acelera, se para. Mi cabeza, mis pensamientos, mi lógica, todo es miedo y pánico. No soy lo bastante fuerte, lo bastante rápida. No tengo a

dónde ir. Solo los perros ladran en esta noche. Solo los perros nos oyen.

Me subo al coche por voluntad propia y grito como antes, con ese grito horrible ante la muerte que se acerca. Estoy convencida. Me duele la boca, la mandíbula, la nuca. Él dice que me va a dejar en casa del que cree que es mi amante, para enseñarle lo zorra que soy. Dice que quiere llevarme con mis padres, para enseñarles lo puta que soy. Sé que no va a hacer ni lo uno ni lo otro, sino otra cosa. Conduce deprisa, con una seguridad terrible, como un hombre que sabe matar con una mano y conducir con la otra. En dos ocasiones, tiro del freno de mano para que el coche se detenga y perdemos el control; los neumáticos chirrían y echan humo. Él solo levanta la voz dos veces y, a diferencia de la mía, es cavernosa, resuena como una tormenta, hace eco, y yo me hago un ovillo en el asiento. Levanto las rodillas y me las tapo con este vestido rojo que he convertido en pijama y que es suave al tacto, eso ya lo he dicho.

Le suplico, le imploro: «Vámonos a casa»; lo adulo con esa palabra: «casa». Él conduce hasta la capital, sube a la Ciudadela, donde ya no hay carreteras; se mete por caminos, sale a la autopista, coge una bifurcación, conduce durante lo que me parecen horas en una oscuridad espesa; podríamos estar en un túnel, podríamos bajar a las profundidades de la tierra. Sé qué está pensando: busca la manera de eliminarme. Borrarme de su vida, borrarme de su mirada, borrarme de la superficie del planeta.

En varias ocasiones, se para en el arcén y habla. Yo ya no lo escucho; son palabras que me he tragado mil veces y esta noche terminarán ahogándome. Pero tengo que escuchar, no debo dejarle ver que me sé de memoria esas palabras viejas, esas palabras locas. No, tengo que recibirlas como las recibí la primera vez, como golpes. Si dejo entrever el menor instante de indiferencia o de exasperación, podría volver a enfadarse.

Hay frases que se suelen decir: «Aquel fue el momento definitivo», «Vi la luz al final del túnel», «El tiempo jugaba a mi favor», y pasamos por encima de ellas porque son banales y porque

se han dicho cien veces. Se utilizan a tontas y a locas, se usan en metáforas, en expresiones, en figuras. Para mí, en ese coche, cada palabra está en su lugar, cada palabra dice exactamente lo que significa, y juntas conforman mi realidad.

Pienso: «hay muchas formas de morir y hay muchas maneras de tener miedo». Esta noche esta noche esta noche. Estamos solos en el mundo; todos los seres humanos están ausentes de esta noche; toda la gente que me quiere y toda la gente que lo quiere a él duerme con un sueño ininterrumpido y profundo. Nadie se despierta para sacarme de aquí; nadie se despierta para hacerlo entrar en razón. El interior de mi cuerpo está helado; tan solo ese grito horrendo sale de mi boca de vez en cuando.

Quiero escribir su dominio en este momento. Todos sus gestos son medidos, controlados. Su fuerza está consagrada a una cosa en cada instante. Abrir la reja de la puerta. Atraparme. Inmovilizarme. Calmarme dándome golpes rápidos y secos y fuertes. Agarrarme la cabeza. Presionar. Mirarme a los ojos. No salir corriendo detrás de mí. Dejarme escapar. No gritar. Coger las llaves del coche. Coger el paquete de tabaco, el mechero, metérselos en el bolsillo de la camisa. Cerrar las puertas de la casa con doble llave. Arrancar el coche. Salir marcha atrás de este patio estrecho. Seguirme. Acelerar. Pararse a tiempo. Poner las luces. Conducir. Hablar con frases completas. Dar golpes secos con la mano libre. Dar miedo. No llorar. No temblar. Seguir cambiando de marcha. Respetar las señales de *Stop*. Los semáforos. En las rectas, pisar a fondo el acelerador. Decelerar. Apagar el motor y las luces. Encenderse un cigarro. Hablar. Volver a arrancar. Decir: «Ya verás». Decir: «Te avisé». Decir: «Es culpa tuya».

Quiero escribir mi desmoronamiento en este instante. Mis gestos son rápidos, entrecortados; corro, me caigo, me tropiezo, mis piernas son de algodón, mis piernas pesan. Estoy inmóvil, me hago la muerta y, de repente, me precipito fuera. Corro sin destino, mirando constantemente hacia atrás. No pienso. Mi cerebro no funciona. Debería tomar un atajo, pero me quedo en la carretera.

Debería pedir ayuda fuera, pero lo hago dentro de un coche con las ventanillas cerradas, que circula a gran velocidad. Debería golpearlo con una piedra, pero no pienso en eso; no pienso en todas estas piedras bajo mis pies descalzos. Lloro. Tiemblo. Lo veo tan seguro que tengo miedo de él y vuelvo a temblar. Digo: «Para». Digo: «No hagas eso». Digo: «Por favor» y digo: «Perdón».

No sé cuánto tiempo duran la pelea, la lucha, la huida a pie, el trayecto en coche, las numerosas paradas, la oscuridad y la noche que no acaban. El tiempo se ha detenido para mí, de manera literal y metafórica. Quizá él tampoco sepa lo que está pasando, quizá no haya perdido el control por completo y sea yo quien se lo imagine, quien deja hablar a mi terror. Quizá no consiga llegar al final; quizá su locura se vea a veces interrumpida por momentos de lucidez.

Quizá haya un momento en que, en lugar de verme con este vestido rojo que ahora parece un trapo, en lugar de quererme de esta forma que se parece a querer matarme, vuelva a ver a la chica de diecisiete años, que fue cuando me vio por primera vez en el salón de mis padres. Su primera pregunta versó sobre gramática:

—¿Por qué has elegido el pasado simple para escribir tu relato?

—No lo sé muy bien. Quizá porque el pasado simple impacta.

—Sí, es verdad, impacta.

Son las tres de la mañana cuando volvemos a casa. Me bajo tranquilamente. Espero a que abra las puertas. Voy a tumbarme en el sofá y espero a que se haga de día. El silencio de esta casa es denso, opaco. Un rato después, lo oigo acercarse. Se queda cerca del sofá; me dice que vaya a dormir con él. Por una especie de reacción instintiva — quiero decir que no la pienso, no la controlo —, me pongo a gritar. Me quedo tumbada en el sofá, pero las piernas y los brazos se activan, como si me debatiera. Él recula.

Siento dentro un gran cansancio y al mismo tiempo una gran alarma. Estoy agotada, pero me niego a dormirme. En este estado dual en el que mi mente lucha contra mi cuerpo, siento de un modo confuso que a la vez soy la que era antes de esta noche y la que ha

resultado tras esta noche. Estoy aquí tumbada, con los ojos abiertos, y hay otra a mi lado, un sucedáneo de mí misma hecho de trozos de esta noche que he recortado y que me he tragado. Ninguna versión está intacta. Las dos cargan con la vergüenza, la pena, el sentimiento de humillación, las ganas de vivir. Vivir, sí. Todavía. ¿Cómo es posible esta locura de tener ganas de seguir viviendo más días y más noches? ¿Cómo es posible pensar en eso, en el nuevo día que llegará en pocas horas y en la vida que podría tener?

Un poco antes de las nueve, llamo a casa de mis padres. Lo coge él. No le digo: «Hola», no le digo: «Soy yo». Le pregunto: «¿Puedes venir a buscarme?». Él contesta: «Sí».

Espero en la puerta. HC no está; ha salido después de mi llamada telefónica. Tengo la sensación de que me vigila; quizá esté a la vuelta de la esquina, quizá esté dando vueltas con el coche, quizá esté entre los setos, agazapado. Mi padre llega en su 4x4; viene con mi hermano y es este último quien guarda la maleta en la parte trasera. No hablamos. No hay nada que decir.

Cuando me vi al pie de las escaleras de la casa de mis padres con aquella maleta llena de unos pocos libros y algo de ropa, y mi madre apareció en lo alto de los escalones y dijo: «Es como si volvieras de un largo viaje», pensé que era la clase de viaje que nunca contaría. No tengo ninguna foto mía entre los diecinueve y los veinticinco años. Es el ángulo muerto de mi vida.

Segunda parte

1

En el mes de diciembre del 2000, dos años y medio después, cuando yo trabajaba para una revista digital y vivía en Lyon y mi cuerpo y mi mente ya no estaban bajo su control; cuando había huido de aquella parte de mi vida que calificaba con parquedad como «una mala experiencia»; cuando había empezado a escribir ficción de nuevo; cuando había conocido a un hombre bueno; cuando los crepúsculos ya no me causaban el efecto de una mano glacial en el cuello; cuando por la noche volvía a pie a casa y no había ningún animal agazapado entre los setos, y cuando, *en general,* había encontrado el modo de vivir una vida sin vergüenza, sin humillación, sin violencia, todo volvió a mí. Cuando digo «en general», quiero decir que no hablaba de aquellos años con HC, que se alejaban y se hacían cada vez más borrosos, pero que a veces pasaba por grandes momentos de desánimo. Me caían encima de golpe. Entonces me tomaba dos somníferos y dormía; me bebía un frasco entero de jarabe para la tos y dormía; me bebía media botella de Malibú de coco y dormía. Dormir era bueno, dormir era olvidar, dormir era morirse un poco. No vinculaba aquellos momentos de decaimiento con el pasado porque no estaba preparada para admitir que lo que me había ocurrido era grave, que no se podía salir indemne de algo así y que incluso hoy, cuando escribo estas líneas, me detengo, querría borrarlas, me niego precisamente a no estar indemne, me niego a quedar a merced de esos años y, por extensión, a su merced. Eso me parece una debilidad de carácter.

Cuando todo volvió a mí aquel lunes de diciembre del año 2000, no duró mucho rato, una hora quizá, durante la que salí al patio del

edificio donde la redacción tenía alquilado un piso grande transformado en oficina, y allí me agaché detrás de un arbusto y esperé. Me acuerdo del olor de las virutas de madera al pie de las plantas. Las hojas del arbusto no olían a nada, bien podrían haber sido de papel. Eran finas y se rompían con facilidad.

Cuando llegaba a la oficina por las mañanas, leía los diarios nacionales y la prensa regional para prepararme para la reunión editorial. En la pausa para el almuerzo, había adquirido la costumbre de consultar los periódicos internacionales — estadounidenses, ingleses, suizos, sudafricanos, indios, mauricianos — por internet. En uno de los dos periódicos mauricianos digitales, aquel día, había un artículo en la sección de sucesos. El titular (me gustaría acordarme con exactitud) era una frase sensacionalista tipo: «Atropella a su mujer y la mata en el acto».

El artículo era sucinto, sin firma. Era el primero en informar del suceso.

> Un hombre, RD, chófer de un ministerio, fue detenido el domingo por la mañana por matar a E., su mujer. Tras la enésima disputa, cuando ella salió huyendo, él la siguió en coche, impactó contra ella y la arrolló. Unos vecinos encontraron el cuerpo de la mujer al amanecer en una cuneta. El hombre fue arrestado en su casa. Ha confesado el crimen. La pareja tenía tres hijos.

Leí aquel artículo en un estado de agitación creciente. Me atraía como un amante. Tenía la cara pegada a la pantalla y, si hubiese podido, me habría metido dentro del ordenador. Se me erizó el vello de toda la espalda, el cuerpo se me cubrió de sudor. No sé qué detalle hizo que saltaran las alarmas, ¿sería el trabajo del marido (chófer en un ministerio)?, ¿sería la inicial del nombre de su mujer? Los indicios eran insuficientes, pero yo tenía un sexto sentido aquel día. Pensé en Emma, una prima de mi padre pocos años mayor que yo. Cuando era pequeña, solía verla en vacaciones. A los quince años estuve en su boda y me cruzaba a menudo a su marido por las calles de Port Louis. Siempre sonreía, me preguntaba con cariño que cómo estaba y, si no tenía tiempo para charlar, me saludaba con la

mano. Aunque hacía mucho que no pensaba en Emma, aunque hacía más de diez años que no la veía, que no sabía nada de ella, estaba convencida, mientras leía aquel artículo breve, de que era ella a quien habían encontrado en aquella cuneta. Escupí un trozo del sándwich a la basura, un pedazo de pan caliente, mojado y chorreante. No sé cuánto tiempo hacía que lo tenía en la boca. Llamé a mi madre de inmediato y ella me lo confirmó: «Sí, a Emma la mató su marido el domingo por la mañana». Colgué precipitadamente.

La noche, la enésima disputa, la huida, el coche acelerando, los faros. Aún me acordaba de la cara de Emma, de sus rasgos finos, de su silueta menuda, y, no sé por qué, ante este artículo que leo una y otra vez, oigo su risa. ¿De dónde viene esta risa? ¿Cómo puedo acordarme de ese sonido en particular? ¿Es la suya de verdad o estoy perdiendo la cabeza? La veo correr; no, me veo correr, me deslumbran los faros, me quedo quieta en el sitio, es tan menuda…, tiene tanto miedo…, tengo tanto miedo…; cómo va vestida… el vestido rojo es fino, los tirantes, aunque estén anudados, se caen por los hombros, y el coche es inmenso y poderoso y el hombre se detiene a tiempo y el hombre pisa el acelerador. No hace falta mucho. Es de noche otra vez y tengo que escapar.

Detrás del arbusto, esperé a que se pasara. Eso. Las oleadas de náuseas, los reflujos de recuerdos. Las imágenes apareciendo y desapareciendo, como bajo el efecto de una bombilla caprichosa. El corazón haciéndose grande por todo el cuerpo, la granada a punto de explotar. El miedo helador. Las lágrimas calientes e inagotables. Es la enorme tristeza de una vida que acaba en una cuneta. Es el castigo horrible de que te mate la persona que dice amarte.

Los días que siguieron, leí los periódicos con gran atención, pero no contaban gran cosa, o quizá es que no subían todos los artículos a la versión digital. Por una parte, quería saber más detalles, conocer la cadena de sucesos que había derivado en aquel asesinato. Pensaba que, de haber vivido en Mauricio, le habría pedido a mi redactor jefe cubrir yo el caso. Pero, por otra parte,

sentía alivio por estar lejos, por no saber, por tener una excusa para no implicarme. En las pocas conversaciones que mantuve con mi madre al respecto, ella se mostraba reticente a hablar del tema; decía que no sabía nada, y yo era consciente de que los mecanismos de la sociedad tradicional mauriciana hacían su trabajo de difuminado. No solo es triste que te maten así, también es vergonzoso, es un escándalo, provoca habladurías, es un oprobio. Por debajo oía: «¿Qué hizo ella para llevarlo al límite? ¿De verdad es solo culpa de él?».

Pero no estaba lista, todavía no. Yo misma sentía aún muchísima vergüenza.

La memoria es una elección, la memoria es un fantasma paciente. En los meses que siguieron, pensé en Emma, pensé en su muerte horrible, me pregunté dónde estarían sus hijos, pero solamente la evocaba con precaución, como se entreabre una caja de recuerdos, y la volví a cerrar muy rápido, con manos temblorosas. No quería volver allí.

Allí: a ese agujero que se ha convertido a la vez en un pozo donde abrevo y en un abismo en el que no quiero caer.

Allí: a ese ángulo muerto de mi vida que evito a toda costa.

2

De qué está hecho el día en que una se siente capaz de volver a la oscuridad es algo que no podía imaginar. Aquel día no era mi objetivo, mi ambición. Pero apareció despacio, sí, muy despacio, sin hacer ruido. ¿Quizá estuvo siempre a mi lado, aunque yo no me diese cuenta? ¿Cuando volví a escribir; cuando tuve esa suerte de volver al jardín del bien y del mal y del gris y de todo lo que hay en medio; cuando escribí mi primera novela, por ejemplo, y también todas las demás? Quizá siempre estuvo ahí, ¿cómo saberlo? Cuando apareció ante mí, sin máscara, el día que fui capaz de visualizar este libro con calma, con una intención literaria, me di la vuelta y conté. Veintiún años desde la muerte de Emma, treinta y un años desde que caí en el agujero, veintitrés años desde la noche del coche. El peso de esos años es inenarrable.

El 5 de mayo de 2021 estoy en Burdeos, donde vivo desde hace unos años. Mi casa está en el segundo piso de un edificio bajo y, desde el balcón, veo los tejados de las casas y, más lejos, las copas de los árboles del Jardin Public. A veces, los patos vuelan bajo y forman uves mientras graznan por el aire. Es temprano, he abierto todas las ventanas para que entre el aire fresco de esta mañana de primavera. Duermo mal desde hace varios meses; sueño con un hombre de pie que observa cómo duermo. De noche tengo miedo de la oscuridad y pienso que es la novela que acabo de terminar, pero en mis sueños la materia se emborrona, ficción y realidad, pasado y presente. Algunos momentos de mi vida con HC vuelven con una claridad sobrecogedora, con una forma entera e intacta que parece huir del tiempo. Culpo a la novela que acabo de terminar, donde una

mujer pierde la memoria, donde su pasado regresa para atormentarla, un libro donde la violencia metida en el cuerpo encuentra el modo de insinuarse en la mente. Abro un cuaderno donde anoto mis sueños con HC y son siempre terroríficos. Los más pesadillescos son aquellos donde aparece mi hija, en el mismo sueño, en el mismo espacio-tiempo, como si estuviera en la misma habitación que él, y eso me resulta insoportable.

Este 5 de mayo de 2021, oigo una noticia en la radio sobre una mujer asesinada por su marido en Mérignac el día anterior. Mérignac está al lado de Burdeos. Mérignac. Está ahí mismo, muy cerca. Mi primo Pascal vive en Mérignac; yo he intervenido en un acto literario en Mérignac. Escucho con atención la noticia: una mujer escapaba, corría, por su calle, salía de su casa, lo vio, al hombre, a su marido, del que estaba separada, y salió huyendo. Corría. Él le disparó en las piernas, ella se cayó al suelo, él la roció con gasolina y le prendió fuego.

Lo que veo y lo que oigo: una mujer corriendo, disparos, la gasolina sobre el cuerpo en el suelo, el humo elevándose.

Es Emma la que corre, oigo el coche acelerando y veo el parachoques impactando contra su cuerpo, que rueda hasta la cuneta. Soy yo quien corre, vestida con ese vestido rojo que tanto me gustaba, y oigo el coche acercándose, los faros me deslumbran y ese miedo helado que aparece cuando una sabe que llega el final de todo lo que conoce, de todos los sueños, de todas las esperanzas, de todo el amor, de toda la humanidad. Esta mañana, vuelve a ser mi corazón el que intento calmar a través de la ropa, así, como hace la gente cuando tiene un infarto; froto el tejido, pellizco la piel para cogerlo, este corazón esta granada.

El primer artículo que leo está en la web de *Sud-Ouest;* lo publicaron a las 22:46 del día anterior.

Una mujer de unos treinta años fue asesinada en plena calle el martes 4 de mayo. Su marido ha sido arrestado. Según algunos testigos, la víctima sufría malos tratos

4 de mayo de 2021

> Una madre de tres hijos ha muerto en circunstancias violentas en Mérignac, en Gironde, hoy martes 4 de mayo. Su pareja, un hombre de 45 años, ha sido detenido poco después de los hechos y se encuentra en prisión preventiva.
>
> El drama ha tenido lugar en una zona residencial de esta ciudad dormitorio de Burdeos, en la avenida Carnot, en torno a las seis y media de la tarde. Según los primeros indicios, se originó un incendio en la casa donde vivían la víctima, su pareja y los hijos de ambos. La mujer, de unos treinta años, consiguió salir de la vivienda. Su pareja la siguió y le disparó en la calle, en repetidas ocasiones, para después prenderle fuego al cuerpo.

Me paso el día ojo avizor a las noticias. En Google Maps, mido la distancia que separa mi casa de la calle donde se ha cometido el crimen. Podría ir allí ahora. Mis manos siguen tecleando y consulto también la distancia que hay de la ciudad de Burdeos hasta la ciudad de S. en isla Mauricio, donde Emma fue asesinada. Anoto los años que nos separan. Veintitrés años desde la noche en el coche. Veintiún años desde que murió Emma. Apenas un día desde la muerte de esta mujer cuyo nombre aún no sé. Todo nos vincula, nada nos une. Todo es lógico, nada tiene sentido. Tengo la sensación difusa — e indecente, claro, porque yo estoy viva — de que yo podría haber estado en su lugar. Fuimos tres las que corrimos, las que huimos, y ese miedo que llega antes del final, ese que no sé describir con exactitud, sé que ellas lo sintieron mientras corrían, mientras trataban de escapar, y ahora pienso en eso todo el tiempo, estoy con ellas.

Me entero de su nombre y su apellido por la tarde: Chahinez Daoud. Tenía treinta y un años.

Esa noche, sueño con una habitación con sofás de colores y sillones mullidos. Hablo con mujeres, susurramos como si planeásemos algo. Después nos reímos, pero en voz baja. Estoy a gusto con estas mujeres, contenta, incluso. En el sueño, tienen los rasgos borrados, como en esas imágenes en las que la cara de la gente aparece pixelada. Mi rostro también lo está, lo sé aunque no

me vea, con esa autoconciencia extraña que se adquiere en los sueños. Estoy físicamente cerca de ellas, nos tocamos, y su ropa es suave, todas muestran una amabilidad inaudita. Aquí todo es blando, acogedor, pero tenemos que susurrar, porque lo que tenemos que decir no puede oírlo todo el mundo. Poco a poco, se insinúa en el sueño una inquietud, una intranquilidad. Se van marchando una tras otra. Acabo yo sola en esta habitación llena de colores vivos y tengo tanto miedo que me echo a llorar.

Cuando me despierto, estoy boca arriba con los brazos extendidos. Tengo algo apoyado sobre mí, sobre mi tórax; es un peso. No sé qué es, una angustia, un miedo, una falta, un dolor, un animal, un fantasma, un deber que cumplir. Sé que tengo que hacer algo con este peso. Me pregunto si, en mi sueño, lloraba porque tenía miedo o porque quería que volvieran esas mujeres con los rostros borrados. Me pregunto si mis brazos estarían así para ellas. En ese momento del despertar, entre el sueño y la realidad, entre la inconsciencia y la consciencia, entre este limbo y la vida, todo me parece posible: abolir el tiempo y lo real, partir en busca de las muertas como si estuviesen vivas, escribir desde la oscuridad, escribir en la oscuridad y que ese gesto reúna todos los pedazos desperdigados de esas dos mujeres y de mí misma, y que todo eso tome la forma que más se parece a la carne humana para mí: un libro.

3

No obstante, sé que hay que esperar. Mi lugar, o más bien el sitio desde donde voy a escribir, no es ahora, no es aquí. Durante varias semanas, el asesinato de Chahinez Daoud ocupa un lugar importante en los periódicos, locales y nacionales. Archivo los artículos que considero importantes, grabo las noticias que le dedican en televisión. Hay una manifestación solidaria, hay una placa conmemorativa, hay discursos, hay unos primeros abogados, una ministra que viene; hay llantos, hay amigas que prestan testimonio con la cara pixelada, hay vecinos que sabían, hay otros que no sabían nada, pero que hablan de todas formas. Reconozco esa fiebre que se apodera de los medios y de la opinión pública. Reconozco esa curiosidad que se desborda, que salpica la intimidad de esta mujer, que dibuja una imagen de ella que no es exacta. La llaman solo por su nombre, a veces añaden el adjetivo «joven». «La joven Chahinez». O incluso «una madre joven». El enfoque de los medios es infantilizante. Su muerte violenta, bárbara y humillante la reduce, en apenas cuarenta y ocho horas, a una mujer que ha vivido como un ser vulnerable y frágil. La emoción colectiva la dibuja únicamente como una madre que criaba a sus tres hijos, se ocupaba de la casa y organizaba «meriendas de cumpleaños con globos».

Cuando se difunden las primeras imágenes de ella, sola, con su marido o con sus hijos, aparece con velo. Los labios pintados, a menudo con gafas de sol bonitas, la piel luminosa y el velo a veces ceñido alrededor de la cara y otras veces suelto. Ese símbolo exterior de su religión se filtra de un modo malicioso en los medios y da lugar a multitud de hipótesis sobre cómo habrían sido su vida, su

rutina, sus deseos. Aparecen frases extrañas, sin contexto, sin fuente identificada, sin explicación: «Quería vivir como una francesa», «Quería llevar *leggings*». Este feminicidio conyugal se trata en varias ocasiones de manera insidiosa, con artículos donde se subrayan las identidades cultural y religiosa. Francesa *vs.* argelina. Mujer libre *vs.* mujer musulmana. *Leggings vs.* velo.

Reconozco todas las voces que se superponen a las de una muerta. Son voces cariñosas, sí, pero también voces condescendientes, voces falsas, voces políticas, voces psicologizantes, voces policiales, voces judiciales. No solo el corazón de la mujer se para cuando su pareja la mata; su vida entera queda mancillada de forma retrospectiva por ese crimen. Ya solo existe en su muerte violenta, se queda congelada en ese relato particular que es el suceso, con su desarrollo cronológico, su ascenso cruel hasta un final que sabemos que es inevitable, porque ya ha tenido lugar, sus hipótesis, sus pruebas, y nosotros, público, y nosotros, curiosos, y nosotros, *voyeurs,* y nosotros, ávidos, solo retenemos eso.

«Una madre joven llamada Chahinez, que llevaba velo, pero que quería llevar *leggings* y vivir como una francesa, ha sido asesinada por su marido musulmán como ella en plena calle».

Esta muerte en particular — la muerte a manos de una pareja, un marido, un ex, un novio — transforma, reduce, congela. Esta muerte puede ensuciar y deshonrar también.

Esto se ve de un modo cruel en el artículo publicado en el verano de 2006 en el diario *L'Express* de isla Mauricio, que da cuenta del juicio del asesinato de Emma. Encontré el artículo en internet unos días después de la muerte de Chahinez Daoud y es uno de los dos que se hallan en los archivos digitales disponibles telemáticamente. El artículo relata de manera breve la fatídica noche en que Emma encontró la muerte, pero solo se cita una voz en el periódico: la del asesino, que habla del «calvario» que estaba viviendo.

Emma, según este artículo, es una mujer que tenía amantes, una mujer que torturaba psicológicamente a su marido diciéndole que se acostaba con unos y con otros. Este artículo detestable, que data de

no hace tanto tiempo, dibuja entre líneas a esta mujer asesinada bajo las ruedas del coche de su marido como corresponsable de su propia muerte. Ella misma se buscó este horrible final. Lo provocó, a este pobre hombre que, el día del juicio, lleva una camisa de flores, como si fuese a salir a bailar. No hay ni una línea que defienda a la víctima, ni una palabra que proteja su reputación, y yo aún no lo sé, pero me esperan cosas mucho peores cuando intente seguir su rastro.

Sigo atentamente el caso de Chahinez Daoud. Se detectan varios fallos, se suspende del cargo a varios policías. Me entero de que sus padres se han trasladado de Argelia a Francia y han conseguido la custodia de los niños. También han cambiado de abogado. Todo lo que encuentro lo guardo en una carpeta amarilla. Comienzo también un trabajo de investigación acerca de los recursos documentales que existen sobre la violencia conyugal, los feminicidios, sobre la violencia contra las mujeres, sobre lo que antes se daba en llamar «crimen pasional». Tengo la suerte de ser bilingüe y mido el volumen del trabajo documental que me espera. Hay artículos, ensayos, investigaciones, autoficción, autobiografías, historias asimiladas, historias disfrazadas de ficción. Hay poesía, novelas, relatos. Le cuento a mi madre el proyecto de escribir un libro sobre las mujeres asesinadas por sus maridos. Le hablo de Emma; ella me manda una copia del artículo publicado en 2006 y ahí nos quedamos. No sé ni cuándo alumbraré este libro, no sé qué forma tendrá.

CONDENADO A DOCE AÑOS DE PRISIÓN
D*: «Estaba cansado, quería deshacerme de ella»**

El acusado cuenta el calvario de su día a día. Su esposa lo torturaba diciéndole que tenía amantes. Tras la enésima discusión, decidió eliminarla.

Su mujer salió a correr, como todas las mañanas. Él cogió el coche y la siguió. Unos metros más adelante, colisionó contra ella y la atropelló. ¿Qué pasaba por la cabeza de R. D***, exconductor de un ministerio? Ayer, un tribunal de lo penal lo condenó a doce años de prisión.

Sin embargo, cuando la pareja se casó hace doce años, todo iba bien. De aquella unión nacieron tres hijos. Pero, en sus declaraciones leídas en el juzgado por el inspector C. V***, el acusado explica que su vida pronto se convirtió en una pesadilla. «Plizir foi mo madam dir moi li fin dormi avek diferan zom. Li dir moi ousi ki li ena enn bann zom dan so lavi. Li pe tromp moi. Mo finn desid pou fini avek li… Mo latet fatige. Mo finn desid pou debarass li. Mo regrete saki mo fin fer. Mo bien sagrin sa ki finn arive»[1], declara el hombre.

Huir de un marido celoso

Tras una discusión con su mujer la noche anterior, decidió llevar acabo su macabro plan. Entonces Emma abandonó el domicilio conyugal tratando de huir de su marido celoso…

Fueron los ciudadanos de la localidad de S*** quienes encontraron el cuerpo inerte de la mujer sobre el asfalto. La llevaron al hospital, donde se confirmó la muerte. La investigación derivó en la detención del marido. Los hechos ocurrieron en diciembre del año 2000.

Lleva seis años en prisión preventiva. Tras este período de reclusión y la ausencia de antecedentes del acusado, el juez A. C*** lo ha condenado a doce años de prisión.

D*** se declaró culpable del asesinato de su mujer. La defensa la llevó a cabo R. C***. La acusación estaba representada por M. N***, *Acting Principal State Counsel.*

S. M.

Pienso a menudo en la casa de Chahinez, en su calle, en su barrio. No quiero presentarme allí, como hace un montón de gente los días posteriores a su muerte; no quiero ir a cotillear sin más, no quiero hacerme «una idea». Quiero superar el espanto, la tristeza, la curiosidad. A menudo me siento tentada. A veces, en pleno día, salgo al balcón y miro hacia Mérignac. Me imagino cogiendo el tranvía; he buscado la parada exacta; tardaría unos veinte minutos a pie. Pero no lo hago.

En la *rentrée* literaria de 2021, publico una novela que habla de la violencia contra las niñas y en una librería de París el librero me pregunta cómo consigo abordar «con tanta precisión» la violencia, el miedo y la soledad. Sé lo que me está preguntando: «¿Acaso has

vivido esto para hablar de ello con tanta precisión?», pero finjo que no lo entiendo. Mi respuesta se ciñe al terreno de la ficción.

Me mudo de Burdeos. Desde mi nueva casa, a varios cientos de kilómetros de Mérignac, sigo pensando en su casa, en su calle, en su barrio. Espero algo, no sé exactamente el qué, una señal, quizá, que me sirva de permiso, de invitación. Sí, a lo mejor, mediante una especie de pensamiento mágico, espero que Chahinez me invite a su casa.

A menudo me he imaginado este trabajo como una espiral. En el centro de esta están Emma, Chahinez y una parte de mí misma. Un extremo de la curva se acerca a ese centro y el otro extremo se aleja. La espiral gira sin parar y yo estoy lejos del centro. Necesito llegar a él sin precipitarme, sin quemar etapas; avanzo despacio, me enrosco, leo muchos libros, veo documentales, leo historias y me visualizo como una hormiga amasando, almacenando, preparando, cavando una zanja invisible para los demás, a veces borrosa para sí misma, pero que no puede detenerse, porque la espiral ya es hipnótica. Doy vueltas alrededor del centro como a veces doy vueltas alrededor de la voz de una novela, y sé que podría pasarme años así, leyendo, pensando, reflexionando, teniendo ideas, deseos, ambiciones de forma, y, si bien es un vértigo angustioso a veces, también es un refugio. Un lugar donde todo es posible, igual que en la ficción.

En enero de 2022, decido escribir al nuevo abogado de la familia de Chahinez Daoud, Julien Plouton. Encuentro la dirección de correo electrónico de su despacho en internet. Por experiencia, sé que una toma de contacto así a menudo es dar palos de ciego. Hacen falta varios intentos, buscar otros medios, llamar por teléfono unos días después, escribir una carta dos semanas más tarde. Dejar pasar un poco de tiempo. Volver a empezar.

Cuando intento averiguar más cosas acerca de Emma, acerca de RD, me doy de bruces contra un muro. Nadie parece saber nada sobre ella, sobre su asesinato, sobre su vida. Tendré que ir a isla

Mauricio, quizá, todavía no lo sé, aún no he decidido nada. Tengo tanto que averiguar, que comprender, tanta gente a la que ver… La espiral gira y estoy lejos del centro. También he aceptado escribir un libro sobre mis abuelos para la colección «Traits et portraits» de la editorial francesa Mercure. Me imagino este libro como una primera entrada en el relato, en este «decir la verdad» cuya importancia entiendo, pero se me hace difícil. También he aceptado ocupar la cátedra de Escritura de Sciences Po en París durante un semestre. Y está el día a día de la mujer y madre que soy. Están la vida y sus pruebas, sus obstáculos y sus sorpresas, que me distraen de este trabajo. La espiral gira y estoy muy lejos del centro.

Cuando escribo a Julien Plouton, lo hago, pues, de un modo muy directo:

Señor letrado:

Me llamo Nathacha Appanah, soy escritora y (a veces) periodista. He publicado diez libros en la editorial Gallimard — el último en septiembre de este año — y numerosos reportajes. Me tomo la libertad de ponerme en contacto con usted porque me gustaría escribir un libro sobre Chahinez Daoud. He leído todo lo que se ha publicado en prensa acerca de su asesinato, pero, como novelista, me gustaría — y perdón por expresarlo de este modo — conocerla mejor. Tengo la sensación de que hay un vacío a su alrededor, en relación con lo que era, con lo que le gustaba, con sus ambiciones. Llevo varios años ahondando en el tema de la violencia, del control psicológico y físico, del aislamiento cultural (será un placer hacerle llegar algunas de mis novelas si lo desea). Yo vivía en Burdeos en mayo de 2021, y no sé si fue por la proximidad física o por el horror de este drama, pero me obsesiona desde entonces.

Me gustaría conocer su opinión y sus recomendaciones a este respecto.
Gracias de antemano,

Nathacha Appanah

Dos horas más tarde, suena el teléfono. Es el señor Plouton. Me pregunta si soy la autora de los libros *Trópico de la violencia* y *El cielo sobre el tejado.* Me cuenta que ha citado fragmentos de mi

último libro en un alegato hace unas semanas. Se me encienden las mejillas, me veo obligada a sentarme en el suelo.

Entablamos entonces una conversación que, por supuesto, gira en torno al caso de Chahinez Daoud, pero también a la literatura, el control, la violencia. Él es la primera persona a la que le hablo de la ambición estructural de mi proyecto: un libro vinculado a tres destinos, a tres borrados. Le confieso asimismo que esta ambición por ahora es teórica, que esta estructura, esta construcción, solo existe en mi cabeza. Él podría colgar, decirme que le estoy haciendo perder el tiempo, pero este hombre, y de esto me daré cuenta más adelante, es un hombre bueno. Tiene una nota en el móvil donde copia fragmentos de libros que le gustan y los relee de vez en cuando. Pero yo todavía no sé nada de esto. Quiero garantizarle mi honestidad, mi seriedad, mi discreción, pero también mi humildad, mi modestia, incluso mi insignificancia frente a la naturaleza del drama que vivió Chahinez Daoud. Lo oigo sonreír. Me dice que me recibirá en su despacho cuando vaya a Burdeos. Cuando cuelgo, me acuerdo de un poema de Borges que me gusta mucho, «El otro tigre»:

> Un tercer tigre buscaremos. Este
> será como los otros una forma
> de mi sueño, un sistema de palabras
> humanas y no el tigre vertebrado
> que, más allá de las mitologías,
> pisa la tierra. Bien lo sé, pero algo
> me impone esta aventura indefinida,
> insensata y antigua, y persevero
> en buscar por el tiempo de la tarde
> el otro tigre, el que no está en el verso.[2]

Este tigre no es real ni imaginario. Es el resultado de una mente, de un cuerpo, de años de reflexión, de experiencia, de palabras y de imágenes.

No es una señal, un sueño, una epifanía, un clic, como yo había pensado. Mi propio camino me ha traído hasta aquí. Tengo que

encontrar a Emma, no puedo abandonar a Chahinez. Ahora debo buscar y plantar cara al otro tigre, el que no está en el verso, el que no está en el poema.

---

1 Mi mujer me dijo muchas veces que se había acostado con otros hombres. Me dijo también que había varios hombres en su vida. Me engañaba. Decidí acabar con ella… Estaba cansado. Decidí deshacerme de ella. Lamento lo que hice. Me da mucha pena lo que pasó. *(N. de la T.).*

2 «El otro tigre» forma parte de *El hacedor.* Jorge Luis Borges: *El hacedor.* Barcelona: Debolsillo, 2012.

Las madres

Está el grito de las madres que querrían retroceder en el tiempo.

Una mujer se baja a toda prisa del vehículo. Lleva horas viajando: en coche, en avión, en coche otra vez. Lleva dos meses esperando este momento, y podría desmenuzar esos dos meses en noches, en días, en horas, en minutos, en segundos. Puede retroceder hasta el segundo en que recibió la noticia, porque ese segundo, ese maldito segundo, marca el comienzo del resto de su vida. Está terriblemente cansada, pero cuando se baja del coche casi echa a correr. No se para a mirar la casa que, antes, era el orgullo de su hija. No se fija en las ventanas tapiadas con tablones de madera, no ve el rastro negro de hollín en la fachada. Si se hubiese quedado al otro lado de la calle unos minutos y hubiese entrecerrado los ojos, ese hollín le habría parecido una eclosión de flores negras, como una humedad. No se fija en el árbol del patio que da la contradictoria sensación de ser enclenque y fuerte a la vez; no se para a mirar las velas por todas partes ni las flores de plástico; no se acerca al arbusto de hojas blancas y rosas plantado junto al muro, la única planta que se expande en esta parcela de tierra quebradiza; nada de eso le importa. Se dirige a toda prisa hacia una de las ventanas y empieza a aporrear el tablón de madera gritando:

«¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!».

Qué es el corazón de esta mujer en este momento, una granada sin pasador, un órgano herido, un puño cerrado, eso nadie lo sabe.

Con el calor aplastante del mes de julio, sus gritos se hinchan en el aire, se amplifican e impactan en cada ser vivo o inerte que hay

en la calle. Se mezclan con el viento, hacen susurrar el follaje, se meten en los sótanos, en los desvanes, en la tierra. Sus palabras repetidas se cuelan dentro de esta casa precintada, prohibida, suspendida en el tiempo desde hace dos meses, desde el 4 de mayo de 2021. Sus gritos se detienen primero en el jardín, luego cien metros más allá, alrededor del poste eléctrico, al lado de la hilera de cipreses y junto a la cuneta, donde silban durante mucho rato. Continúan su camino hasta el aparcamiento del Carrefour Market del otro lado de la urbanización y aún más lejos, hasta la comisaría. Siguen rastros que nuestros ojos no ven, huellas dejadas por los muertos, marcas de violencias antiguas, manchas de humillaciones pasadas, y, si cada huella fuera un indicio, si cada indicio fuera de un color, indicarían un camino, un ascenso de la violencia, demostrarían una intención, pero de qué sirve eso ahora, que es demasiado tarde, ahora, que todo llega a toro pasado, como suele decirse.

«¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino!».

Estas palabras son castigos, pero, por cómo se emiten, llevan consigo una esperanza imposible. Si el corazón de las madres tuviese poderes mágicos, estos gritos recorrerían el bucle del tiempo y resonarían por la calle aquel 4 de mayo como unas campanas dando la voz de alarma, y cambiarían el destino.

Un hombre se queda junto al coche, inmóvil. Él sí mira la fachada deteriorada. Observa cada centímetro cuadrado de este chalé adosado, los listones de conglomerado, el hollín, que parece moho. Oye los gritos de su esposa al igual que oye el silencio del barrio, percibe el destello del sol cruel, mira el árbol, se fija en las velas, en las flores de plástico, en el arbusto blanco y rosa, en los cubos de basura desbordados, en el buzón que vomita folletos. Gira un poco la cabeza hacia la derecha, hacia la calle en calma. Busca el lugar exacto donde su hija cayó al suelo cuando su marido le disparó dos balas en el muslo.

Algunos vecinos salen de su casa, despacio, en silencio. Miran a la mujer y al hombre, con el corazón encogido de dolor, de rabia y

también de ese sentimiento insoportable e indispensable que es la lástima. Saben de sobra que son los padres de Chahinez Daoud, asesinada el 4 de mayo de 2021 en esta calle a manos de su marido. No han olvidado en absoluto aquel día. Su vida también ha cambiado. Algunos están pensando en mudarse, otros toman pastillas para dormir, para olvidar, para no tener pesadillas. Esperan, con la cabeza gacha en señal de respeto, bajo los gritos de una madre que llama a la ventana de la antigua casa de su hija como si estuviera aporreando su ataúd.

Es el grito de las madres que querrían retroceder en el tiempo y prevenir; es una parte del cuerpo de las madres que se muere a la vez que su hija.

Una mañana de diciembre del año 2000, la madre de Emma se despierta de repente antes de que amanezca. Aguza el oído, tratando de averiguar qué la ha arrancado del sueño, pero la casa está sumida en el silencio. Su marido duerme profundamente a su lado. Fuera no hay ruido alguno. Se queda tumbada a oscuras con la esperanza de volver a dormirse, pero sus pensamientos, vívidos y ágiles, la devuelven al día anterior. Fue a hacer la compra con su hija y los tres hijos de esta. Eligió los trozos de pollo para hacer un curry, estuvieron un buen rato paseando y mirando escaparates en el centro comercial. Los niños se divirtieron en el parque, se montaron en el tobogán, en el balancín. Le propuso a Emma que fueran un rato a su casa mientras ella preparaba el curry, pero Emma no quiso; ya tenía muchas cosas de comer en casa. Hablaron de la boda que tenían al día siguiente, el domingo. Emma le dijo que no iba a ir a esa boda. Tenía cosas que hacer, pero no especificó el qué. Volvió a su casa por la tarde, con sus tres hijos. La madre de Emma cocinó, tal y como había previsto; cenó con su marido, vieron la televisión y se acostaron.

Esta mujer tumbada a oscuras y en silencio piensa en todo esto en la madrugada del domingo. La compra, el pollo, los niños felices

en los columpios, el curry que ha preparado en grandes cantidades; Emma debería haberse llevado un poco, así no tendría que preocuparse por la cena; podría haber guardado para la comida del día siguiente; menos es nada. Piensa en qué sari ponerse para la boda que tiene a mediodía. Emma podría haber venido, ella, que siempre se arregla tan bien para las ceremonias; la gente la admira, le hace cumplidos. Aun después de doce años de matrimonio y tres niños, su hija tiene todavía un físico juvenil, sale a correr con regularidad, evita comer muchos dulces. Se maquilla y se peina con mimo. Su sonrisa es tímida, pícara y generosa. Su sonrisa. La misma que tenía de pequeña.

Nada, que no consigue conciliar el sueño. Pues habrá que levantarse. La madre de Emma se apoya en el brazo derecho, pero no lo consigue. Siente el brazo pesado, como un trozo de carne que no reacciona. «He debido de pasar la noche en mala postura», piensa, «se me ha dormido el brazo». Intenta sacudirlo, lo masajea, pero nada, el brazo no reacciona. Podría deberse a un problema cardiovascular, podría creer que está teniendo un infarto, pero no, la asalta un sentimiento extraño. «Ha pasado algo». Ese brazo pesado, ese brazo que solo existe como un despojo de sí mismo, no es un síntoma, sino un presentimiento. Despierta a su marido y le dice: «Ha pasado algo». Dice: «Se me ha muerto el brazo», pero piensa: «Se nos ha muerto la hija». Él quiere llamar al médico, pero ella le pide que mejor llame a Emma. Lo que dice es confuso. Su marido intenta hacerla entrar en razón, no son ni las cinco de la mañana, ¿para qué van a molestar a Emma a estas horas? Le masajea el brazo un buen rato y le dice que se duerma.

Veintidós años más tarde, con el cuerpo deformado por la edad y la enfermedad, la cara hinchada por la pena que no se va, y casi incapaz de tenerse sobre sus piernas, la madre de Emma se acuerda de aquella mañana de diciembre de 2000: «Mi cuerpo supo antes que yo que mi hija estaba muerta. Mi brazo muerto era mi hija». Yo miro ese brazo derecho con la piel arrugada, me pregunto qué son estas cosas que no tienen base científica y que llamamos

«presentimientos», «premoniciones». ¿Qué son esos lazos invisibles que nos unen a nuestra madre, a la gente que nos quiere?

Es el grito de las madres que querrían retroceder en el tiempo y prevenir; es una parte del cuerpo de las madres que se muere a la vez que su hija, y son las madres que oyen a sus hijas pedir auxilio.

«Es otra noche, larga y elástica, una noche de romper silencios», pensé sin saber por qué. Quizá porque ya no podía más con el silencio que él imponía en la casa; no podía más con el hecho de no saber por qué no me dirigía la palabra. Iba al trabajo en autobús porque él se levantaba mucho más tarde que yo. En los pasillos de la redacción, si me lo cruzaba, me miraba como si no me conociera. También volvía a casa por mi cuenta. Cocinaba, pero no sabía si él cenaría allí o fuera. Cuando volvía, se desnudaba; a veces se quedaba en calzoncillos y leía en el salón durante horas mientras fumaba. Yo era invisible a sus ojos. Él podría haber parecido vulnerable o patético vestido solo con los calzoncillos, pero el efecto era el contrario: me parecía más grande, más amenazador. Quizá él lo sabía; sabía que, liberado de su ropa impecablemente planchada, de su coraza social, de su camuflaje de hombre de letras, de poeta respetado, quizá él sabía del poder y del control de su cuerpo casi desnudo; quizá al desvestirse así se quitaba la máscara y se ponía su autoridad patriarcal y física y emocional allí, en aquella casa donde desde hacía varios días había impuesto el silencio.

Era la quinta casa donde vivíamos. Alquilamos el bajo y en el primer piso vivían los propietarios. Era un espacio amplio, amueblado: camas grandes, armarios de doble cuerpo, estanterías de madera maciza, mesas para más de diez comensales, sofás imponentes cubiertos con telas floreadas. Tenía tres dormitorios. El del fondo hacía las veces de trastero, había una cama grande y muebles de almacenaje. También había una mesa baja. A menudo las casas amuebladas eran así: estaban llenas de antiguallas que los caseros ya no querían. Desde hacía un tiempo, yo frecuentaba una

mercería de la capital y probaba todo lo que vendían en lotes: pintura, bordado, ganchillo, *collage,* dibujo, coloreado. No creaba nada por mí misma; había apagado esa parte de mi cerebro, había olvidado que tenía la capacidad de hacer mis propios dibujos y seguía pacientemente los modelos, los patrones, los esquemas, aunque el resultado nunca me gustara. Cambiaba de un pasatiempo a otro. Me dedicaba a ellos por las noches, los fines de semana. Por aquel entonces, estaba decorando una bandeja con piezas de cerámica de muchos colores que había ido consiguiendo, y tenía los materiales en la habitación del fondo: las piezas de cerámica, un martillo, un tablero de madera, cola.

Volvió cuando se hacía de noche y no le dejé desnudarse. Lo recibí así porque de repente no soportaba más ser insignificante, invisible, complaciente. Le pedí una explicación. Le exigí que abriera la boca. Él me miró con desdén. A menudo me miraba así. Al principio creía que era asco (por haberlo engañado tres años antes, por existir, por respirar el mismo aire que él), pero no, era un aire insoportable de superioridad. Sacó un cigarro de la cajetilla y se lo llevó a la boca. Con un gesto ágil, se lo quité y lo tiré lejos. Entonces dijo sus primeras palabras desde hacía varios días: «No vuelvas a hacer eso». La voz le salió del vientre, no levantó la cabeza, volvió a abrir el paquete de tabaco.

Evidentemente, no le hice caso. Recuerdo que estaba cerca de él y, cuando lo pienso, me doy cuenta de que tengo la actitud de una boxeadora: salto, estoy lista para enfrentarme a él. Cuando lo pienso, solo tengo ganas de una cosa: de gritar desde aquí, desde este lugar donde estoy ahora, desde esta edad que tengo ahora, desde todos estos motivos que he creado con mis manos; tengo ganas de gritar y que mis gritos atraviesen el tiempo: «Venga, túmbalo». Sé que no es razonable, sé que es estúpido, porque sé de sobra lo que viene ahora. Me gustaría poder decir que tuve la inteligencia de parar ahí, con aquellas palabras firmes y amenazantes, de abandonar antes de la batalla, pero la verdad es la

que es: solo tenía ganas de una cosa, de lo mismo que hoy, y era de pelear.

Cuando llegó el primer golpe, volé, literalmente, y aterricé en el otro extremo de la habitación. Se oyen esas cosas de boca de la gente, se leen cosas así, pero cuesta creerlo hasta que te pasa. Enseguida pedí perdón, enseguida dije que no volvería a hacerlo, pero era demasiado tarde.

Luego, en la noche elástica, estoy en esta habitación del fondo, hecha un ovillo sobre la cama sin sábanas. Hay piezas de cerámica, cola, pintura, un martillo, agujas de punto, labores de bordado. No hay nada bonito, nada muy conseguido, nada terminado, nada recuperable. Todo había empezado como una bonita promesa, una intención ambiciosa, pero todo lo que intenté acabó siendo un fracaso, y lo veo todo como un amasijo, lo veo todo como la metáfora de mi vida. Lloro por mi suerte, lloro por mi cuerpo maltratado, lloro de vergüenza, lloro por esta pareja tóxica que es la mía, lloro mis decisiones, lloro mi futuro. En mi corazón, llamo a mi madre. Es un rosario, es una plegaria, es la única palabra que repito.

No he visto a mi madre ni he hablado con ella desde hace más de tres años. Está terriblemente enfadada conmigo y a menudo pienso que no volverá a dirigirme la palabra, que nuestro vínculo está roto para siempre. Llevo una vida lejos de mi familia, no necesito padres, hermano, primos, amigos. Una parte de mi corazón se ha parado; muchas veces he creído que era así porque intentaba volver a la niña que había en mí, a la hija de mis padres, a la hermana de mi hermano, a la nieta de mis abuelos; intentaba encontrarla, pero siempre era en vano. Nada de lo que pudiesen hacer, decir, nada de lo que pudiera pasarles parecía conmoverme, y después de todos aquellos años ellos también habían olvidado, o eso creía yo, cómo era ser mi madre, mi padre, mi hermano, mis abuelos.

Apenas duermo y, durante toda la noche, invoco a mi madre como quien reza una plegaria.

Al día siguiente me levanto con el cuerpo magullado. Tengo la sensación de ser varias versiones de mí misma, como una serie de

calcomanías que se mueven a un ritmo irregular. Una sigue acostada, llorando; la otra está en el pasillo; la otra, ya en el cuarto de baño. Afortunadamente, estoy sola en la casa, es sábado. Me lavo la cara durante mucho rato, me ducho, me pongo ropa limpia. Suena el teléfono. Estoy convencida de que es él. Sé que estará tranquilo, que me propondrá algo, como pedir comida a domicilio, ir a la playa.

Cuando cojo el teléfono, al principio no oigo nada. Repito: «¿Quién es?» y en ese momento oigo a mi madre: «Soy yo». Su voz es dulce, fina, una voz de niña pequeña. La mía no sé cómo es esta mañana. Me he fijado en que, cuando hablo con mi familia, mi voz se eleva una octava para parecer segura, adulta. No sé si hago eso esta mañana. No sé cómo ha conseguido mi número y no se lo pregunto. Quiere saber si estoy bien.

—Sí, todo bien. ¿Por qué?

—Tengo la sensación de que me llamaste ayer. Te oí en sueños. Me llamabas muy fuerte, varias veces. ¿Seguro que va todo bien?

—Sí, sí, va todo bien.

La conversación no dura mucho, es difícil para ella y para mí. Después, me quedo mucho rato quieta, mirando por la ventana. Estoy atónita porque mi madre me ha llamado. No es una mujer que se ablande con facilidad y sé que esa ternura inquieta en su voz, esta mañana, no eran imaginaciones mías. ¿Cómo ha sido su noche? ¿Cómo habrá podido oírme llamarla? Pienso en esa expresión: la «voz del corazón». Veo las frondosas buganvillas del patio, violetas y blancas. El cielo está claro. Por primera vez desde hace seis años, vuelvo a sentir lo que es ser la hija de mi madre.

Tercera parte

1

El apartamento está en la cuarta planta de un edificio sin ascensor en Cenon, cerca de Burdeos. Desde la ventana del salón se ve todo el barrio: casitas bajas aquí y allá, bloques de pisos, una escuela infantil, un parque, una plaza, algunos árboles. Me pregunto si a veces los padres de Chahinez Daoud se paran ahí a contemplar el decorado de su nueva vida urbana, a compararlo con el del pueblo costero argelino donde vivieron durante décadas. ¿Pensarán en su casa de cara al viento, en todos los asuntos que han dejado atrás, en todos los objetos y recuerdos, recordarán su vida tranquila y calmada? ¿Habrá aromas marinos que los sorprendan a veces, como brisas fantasma, ahora que están en la ciudad, lejos, lejos del mar?

El piso es diáfano, está amueblado con sencillez. Un sofá donde estoy sentada, una mesa de comedor, un televisor, un armario. Hay una bandeja de galletas de azúcar tapadas con papel film sobre la mesa baja. Cuernos de gacela, *baklavas, griwech, mechkouk…* La madre de Chahinez deja la orquídea que le he regalado junto a la ventana y luego viene a sentarse junto a su marido, enfrente de mí. Cuando nuestras miradas se cruzan, ellos me sonríen y yo hago todo lo posible por disimular mi emoción. Kamel y Djohar Daoud han llegado en julio de 2021 a Francia, dejando su vida entera en Argelia, para hacerse cargo de los hijos de Chahinez tras obtener la custodia.

Durante unos minutos, me quedo totalmente paralizada. Me pesa la lengua, me zumban los oídos, no sé qué decir, podría hablar de los pasteles que hay en la mesa, de las flores, del buen tiempo y de la lluvia, todas esas cosas que me evitarían hablar de Chahinez.

Podría levantarme, agarrarles la cara con las manos, pegar la frente a la suya, no hablar, no hacer preguntas, no hurgar en su dolor, dejarlos tranquilos, marcharme. Podría tener palabras concretas y no quimeras en la boca. «Me gustaría escribir un libro, me gustaría hablar de su hija en un libro». Quizá deberían reírse de mí. «¡Un libro! ¡Un libro! ¡Quiere escribir un libro cuando nuestra hija está muerta! ¿De qué sirve un libro, cómo puede un libro luchar contra la muerte?». Quizá tendrían motivos para echarme de allí.

A menudo, desde que decidí escribir el libro, pierdo la fe en este trabajo. Este proyecto disparatado consistente en darle la vuelta a una parte de mi vida narrando su ángulo muerto y su violencia; en ir en busca de Emma y casi ni poder conseguirlo porque es demasiado tarde; en retener a Chahinez a la luz del día a toda costa. En contar la muerte de las dos, aunque ninguna persona viva pueda hablar en realidad de eso, de lo ineludible que cada persona experimenta en la soledad más absoluta. En vincular a estas dos mujeres con mi vida, como si me estuviesen esperando, como fantasmas pacientes; en tejer entre nosotras una sororidad; en mantenerlas así, al alcance de la mano, en una especie de oscuridad, de silencio y de impotencia de la escritura.

Oigo una voz, en criollo, que dice: «Ki literatir to pe fabrike enkor?», ¿qué literatura puedes crear? La palabra «literatura» en criollo, *literatir,* puede tener, en ciertas situaciones, una connotación irónica. Mentiras, tonterías, bobadas, chorradas, pérdida de tiempo. No sé a quién pertenece exactamente esta voz, pero se dirige a mí. Quizá venga de esa parte de mí que he borrado adrede y que sabe hasta qué punto esa *literatir* fue para mí un espejismo, cómo la confundí con todos los sentimientos gloriosos del mundo: el amor, la bondad, la generosidad, el altruismo, el valor, la superación, cuando en realidad no era nada de eso. Cómo me embaucó, me sometió. Quizá habría debido alejarme de este mundo, dedicarme a otra cosa más palpable, algo que pudiera hacer con las manos, la habilidad, el sudor, herramientas sólidas, y habría venido aquí, a Cenon, con

soluciones concretas que aliviaran el dolor, que propusieran, que garantizaran un mañana mejor.

Pero no, he elegido la *literatir* como si fuera el único asidero, como si fuera el único camino abierto para mí al salir de ese agujero en el que caí a los diecisiete años, y he contado todas estas historias con todas estas palabras hasta aquí. Hasta ahora.

Los hijos de Chahinez vuelven del colegio y en su presencia animada encuentro un descanso, me repongo. Hablamos de fútbol, de atletismo, del cuaderno con corazones por los deberes bien hechos. Luego se van a jugar fuera y, antes de que el silencio vuelva a reinar por completo, abro la boca. Me gustaría, digo, que me contaran la infancia de Chahinez, cómo era, qué le gustaba hacer, cuáles eran sus aficiones. Digo todo eso de un tirón, pero, si oyen mi petición, no contestan enseguida, no del todo.

La madre empieza así: «Mi hija me quería mucho. Me mandaba ropa, como si yo fuera una chica joven: pantalones, pañuelos de flores; nos llamaba todos los días, por lo menos una vez. Era la única de mis hijos que me llamaba "mamá". Echo de menos que alguien me llame "mamá". Le caía bien todo el mundo. Aunque le pegaras, te seguía tratando bien, te perdonaba. ¡Cómo era mi hija!, y la mató, ese asesino».

Empieza así, la madre, por el final, por la muerte.

La conversación dura más de una hora y, por la noche, en el hotel, vuelvo a escucharla en un estado febril. Es deslavazada, está llena de llantos, de silencio, de detalles. Cuando me oigo hablar es para redirigirlos a Chahinez, antes de que se fuera a Francia, pero, si bien esto para mí es una parte esencial del relato, para ellos es algo aún mancillado por la violencia de la muerte de su hija. Me doy cuenta de que, para ellos, ese antes se ha convertido en un espejismo, un lugar donde su hija vivía sin miedo, con el corazón contento, la mente libre, y no están preparados para volver ahí, todavía no.

Me pregunto cuál es el buen momento del relato. Me refiero a ese momento, ni demasiado pronto ni demasiado tarde, cuando la

memoria está aún intacta, antes de que se instale el olvido, ese momento en que la emoción, el análisis y la perspectiva se reparten en igual medida.

Me gustaría muchísimo estar presente en ese instante; entonces el relato estaría lo más completo posible, con una infancia, una adolescencia, risas y secretos.

2

A pesar de la dificultad de visualizar a Chahinez en su vida de antes, a pesar del estallido de los testimonios y de su muerte, que tiñe su existencia con una pátina gris, hay algo que ha surgido y que me queda. Como una banda sonora, un párrafo impresionista, un plano secuencia, un fragmento intacto de su vida. De todo lo que me han contado de Chahinez, desde su pasión por la decoración de interiores hasta su talento como cocinera, hasta su risa, hasta su pintalabios rojo; de todo lo que sé de ella, desde su rostro hermoso y sonriente hasta ese mismo rostro plagado de moratones, hasta sus intentos de escapar de la muerte, hasta la forma en que aparece fugazmente en un gesto en una mueca en una sonrisa en las facciones de sus hijos, hay una figura que surge, una reconstrucción con ayuda de todos estos fragmentos, palabras, fotografías, objetos, llantos, remordimientos, sueños. Es algo que me pertenece, como una ficción que hubiese fabricado con mis propias manos, y me gusta pensar que siempre seguirá siendo así en mi mente.

Chahinez está sentada en un autobús, una carraca vieja y humeante con un anuncio del queso «La vaca que ríe» en la parte trasera. Chahinez ha elegido un asiento en el medio, junto a la ventanilla. Sube al autobús en la parada que hay cerca de la casa familiar, en su pueblo natal, Diar El Gharb. El autobús atraviesa despacio la localidad de Aïn Taya. Antaño, en la época de los franceses, como dicen aquí, aquella ciudad costera estaba muy bien. Hay unas escaleras grandes que bajan hasta la playa, palmeras que bordean las avenidas, edificios blancos que relucen al sol. En Aïn Taya vive su mejor amiga, que más adelante será una peluquera

excelente y que es un hacha jugando a la petanca. La petanca aquí es sagrada y la ciudad tiene varios campos y equipos de renombre.

Chahinez tiene dieciséis años y coge este autobús para ir a su entrenamiento de balonmano. Mira el paisaje por la ventanilla y las imágenes desfilan como un mantra que se sabe de memoria. Piensa en el entrenamiento; adora este deporte donde, por supuesto, hace falta flexibilidad, velocidad, reactividad, pero lo que le importa a ella es la solidaridad necesaria para que el balón pase deprisa de mano en mano, sin que el equipo rival pueda detenerlo, y, ¡bum!, a la red. La chica es deportista, espabilada e independiente, todo lo que se puede en la sociedad argelina.

Cuando me la imagino en ese autobús que circula a poca velocidad, que atraviesa un paisaje cremoso de luz, mirando hacia fuera, Chahinez está asomada a todas las promesas de una vida como te la imaginas a los dieciséis años. Cuando la visualizo así, con el corazón abierto, el alma libre, el cuerpo latiendo de juventud, es invencible, eterna.

3

Chahinez Daoud nace el 3 de marzo de 1990 en Rouïba, en Argelia. Es la quinta hija de Kamel y Djohar Daoud, casados desde 1977. Tendrán un último hijo un año más tarde para completar la familia. Tiene tres hermanas y dos hermanos. La familia vive en Diar El Gharb, un pueblo costero colindante con la ciudad de Aïn Taya. Es un puerto pequeño donde las barcas pintadas de rojo o de azul pescan sobre todo sardinas. La vida allí es sencilla, a veces modesta. La familia Daoud tiene una casa sólida, de cara al viento marino. El padre trabaja como chófer, la madre es ama de casa. «He criado a mis hijos con mucho amor», dice Djohar Daoud. Juegan en las calles del pueblo con sus amigos, a veces en la franja de arena del puerto, ayudan a su madre, aprenden enseguida a colaborar en las tareas familiares.

Chahinez es muy deportista y, en secundaria, descubre el balonmano. Quizá sueñe con lucir la camiseta verde manzana del equipo nacional, con las medias negras hasta la rodilla. No se pierde ningún entrenamiento y hace el trayecto en autobús todas las semanas. «Tenía libertad para ir y venir, para ponerse lo que quisiera — cuenta su madre, y luego se para y señala a su marido con el dedo —. Él no es así…».

«No es así». No es como MB, el marido de Chahinez. No es como esos hombres que les dicen a las mujeres cómo vestirse, cómo comportarse.

«Mis hijas eligieron a su marido, igual que eligen si quieren llevar o no velo», declara Kamel Daoud. Con esta frase clara y directa, el padre de Chahinez responde a todas esas insinuaciones sobre la

religión y el modo de vida («son musulmanes, ella llevaba velo, así son las cosas en su país, eso es un crimen de honor») y las frases vacías de sentido que se han dicho en algunos sitios («quería vivir a la francesa, quería llevar *leggings,* quería hacerse mechas rubias»).

A los diecisiete años, de repente, el amor. Chahinez conoce a un joven de Aïn Taya y hace borrón y cuenta nueva. Quiere dejarlo todo: los estudios, el deporte. Su entrenador de balonmano intenta disuadirla, sus padres la animan, ahora que ya ha terminado la secundaria, a seguir en el instituto hasta sacarse el bachillerato, pero ella tiene diecisiete años y a esa edad nada parece más importante que vivir el primer amor abiertamente, dedicarle todo su tiempo y su energía.

Chahinez se casa en 2007. Al año siguiente nace su primer hijo, Hicham. La pareja se muda a Blida El Affroun, una ciudad situada a unos veinte kilómetros de Argel, pero termina volviendo a Aïn Taya, porque allí están mejor, allí tienen a su familia. Chahinez se forma como educadora infantil y se saca el título. Encuentra trabajo en una guardería en Surcouf, a tres kilómetros de Aïn Taya. El padre de Hicham tiene facilidad para conseguir trabajillos, pero también tiene tendencia a contraer deudas. En el seno de la pareja surgen algunas tensiones. Chahinez trabaja mucho y asume una gran parte de los gastos del hogar. Malika nace en 2013 y, poco tiempo después, Chahinez pide el divorcio.

En una sociedad patriarcal argelina, en esta ciudad costera donde todo el mundo se conoce, no es baladí iniciar una demanda de divorcio, asumir la decisión públicamente y llegar hasta el final. Aunque la familia intenta disuadirla, aunque hay algunos intentos de reconciliación, Chahinez no cede. Quiere retomar sus estudios, encontrar un trabajo mejor remunerado, ser una mujer independiente, poder darles a sus hijos mejores oportunidades. Más adelante, cuando busca trabajo en Francia, le dice esta frase a Anne, su vecina: «Yo no quiero ser una muerta de hambre». La relación con el padre de sus hijos es cordial, sin animadversión ni rencor; los niños lo ven a menudo. Cuando me la imagino, a los veintitrés años,

madre soltera de dos hijos, llena de coraje, de determinación y con un sentido acusado de la independencia, no puedo evitar pensar en las descripciones que publicaron de ella tras su muerte, tan solo ocho años después: una «madre joven», una mujer «tímida y reservada», una persona «sumisa».

Si bien en estas descripciones hay una dosis de estereotipos que suelen acompañar a una mujer extranjera y con velo; si bien en estos adjetivos también está la sombra de la infantilización repentina que cae sobre las mujeres muertas a manos de sus maridos, sobre todo denotan el control oprimente de un marido violento que, en pocos años, aniquiló la práctica totalidad de su libre albedrío.

Después del divorcio, Chahinez se muda cerca de sus padres. Trabaja mucho. Sus hijos están muy unidos a sus abuelos; sus hermanas y sus hermanos viven todos en el mismo barrio. Se ayudan entre sí, lo comparten todo, se apoyan. Por las tardes, los niños juegan en la calle y los adultos los cuidan. Chahinez va a veces a ver a su abuela materna, que le cuenta su vida, sus años de trabajo como niñera y empleada doméstica en casa de una familia francesa durante la colonización, su matrimonio con un hombre bueno, sus numerosos viajes, su orgullo por sus once hijos («¡todavía vivos!»).

Es una vida sencilla; quizá no a la altura de los sueños de Chahinez, pero es una vida honrada, dedicada a sus hijos, a su trabajo, a sus padres.

En 2015, una de sus compañeras de la guardería donde trabaja le habla de un hombre que conoce, un pariente suyo, que nació en Aïn Taya y vive en Francia desde hace unos años. Recién divorciado, este padre de familia busca una compañera que esté en la misma situación que él. «Ese hombre lo tiene todo — le dice su compañera: una casa, buenos valores, una mentalidad abierta —. Es un buen chico, un tipo seguro». La familia de ese hombre vive en el centro de la ciudad, tiene una casa bonita, buena reputación.

Chahinez es un bellezón: tiene una piel magnífica, unos labios que le gusta resaltar pintándoselos de rojo intenso, el pelo largo y

negro, las cejas bien dibujadas, los ojos ligeramente almendrados. Tiene una risa franca, contagiosa. Todo el mundo recalca lo generosa y buena que es. Pero a sus veinticinco años, Chahinez ya es una mujer divorciada y madre de dos hijos. No es lo que había previsto ni lo que soñaba. Aunque la solidaridad de su familia es inquebrantable, las difíciles condiciones económicas en Argelia y las escasas perspectivas de futuro la hacen reflexionar. Chahinez acepta hablar con ese «buen chico» por teléfono. «Decía que, si encontraba a alguien, él tendría que aceptar a sus hijos. Ese era el trato», recuerda su padre.

MB, ese «buen chico», acaba de divorciarse de su primera mujer, con la que tiene tres hijos. Esta mujer, interrogada por la policía tras el asesinato de Chahinez, habla de los «primeros bofetones» que recibió ya el primer año de casada, de los celos enfermizos de MB, de su impulsividad, de su imprevisibilidad, del consumo excesivo de alcohol, de las amenazas verbales, de los insultos. Refiere golpes más brutales que llegan cuando él piensa que ella lo engaña o cuando, por ejemplo, ella encuentra trabajo en una empresa cuyo dueño es marroquí, y que MB, nacido en Argelia, no lo soporta. Es una violencia exponencial frente a la que ella estaba desprotegida. Cuando la tomó con la hija adolescente de esta mujer, nacida de una relación anterior, y le impidió salir de casa «vestida como una puta», ella decidió dejarlo.

El día del divorcio, después de firmar los papeles, MB le dijo, mirándola a los ojos: «Tienes mucha suerte de ser la madre de mis hijos, porque si no te habría matado hace mucho».

Nadie de la familia de Chahinez conoce el pasado violento de MB. Él se cuida mucho de hablarle de eso a Chahinez, de quien está absolutamente prendado: ha sido un auténtico flechazo. De su boca solo salen palabras dulces, frases tranquilizadoras y cariñosas. Hablan a menudo por teléfono, y MB le promete un hogar tranquilo, agradable, y un amor sin condiciones. Querrá a sus hijos como a los suyos propios. Vivirán felices, todos juntos. Le promete felicidad a Chahinez con la mano en el corazón, por todo lo que más quiere.

MB viaja a Argelia ese mismo año y conoce a los padres de Chahinez. «Para mí era un ángel. Vino a nuestra casa, se inclinó ante nosotros con respeto, nos llamó papá y mamá. Me dijo mirándome a los ojos: "ahora ocupas el lugar de mi padre". Era un hombre muy tranquilo. Creíamos que nuestra hija estaría a salvo con él. ¡Estaba locamente enamorado de Chahinez!».

Las cosas van muy deprisa. Ella se casa con MB ese mismo año, en una ceremonia preciosa en la mezquita. Los padres de la novia dan una gran fiesta en su casa.

Él tiene treinta y nueve años; ella, veinticinco.

Tras varias idas y venidas entre Francia y Argelia (cuando MB viaja a Aïn Taya, sus maletas llegan cargadas de regalos para toda la familia; es el yerno ideal, el padrastro perfecto, el marido solícito; cuando Chahinez va a su casa, al lado de Burdeos, limpia el piso, cocina y, aunque a veces él, lejos de los padres y de la familia, se muestra celoso, ella no se preocupa demasiado), ambos deciden mudarse definitivamente juntos, a Francia, en diciembre de 2015. Malika, que todavía no ha cumplido los tres años, va con ellos, pero a Hicham, de siete, no le conceden el visado. Tiene que quedarse en Argelia con su padre y sus abuelos. En el aeropuerto, Chahinez no encuentra consuelo. Dejar allí a su hijo mayor se le hace insoportable. ¿Será una señal? ¿Debería quedarse en Argelia hasta tener todos los papeles en regla? Pero ahí está MB, con sus palabras azucaradas en la boca, un brazo sobre los hombros de su mujer, una mano agarrando la de Malika. Me lo imagino tranquilizando a Chahinez: «No te preocupes, cariño. En cuanto lleguemos a Francia, iré a presentar un informe a la prefectura, te lo prometo, te lo juro. Yo sé cómo funcionan las cosas en Francia. Te quiero más que a nada, quiero a tus hijos como a los míos. Tenemos que subir ya al avión».

4

2016, 2017, 2018, septiembre de 2019, diciembre de 2019, 24 de junio de 2020, 7 de agosto de 2020, 5 de octubre de 2020, 9 de diciembre de 2020, febrero de 2021, 15 de marzo de 2021, 17 de marzo de 2021, 18 de marzo de 2021, 26 de marzo de 2021, 29 de marzo de 2021, 14 de abril de 2021, 4 de mayo de 2021.

Es una cadena que podría leerse como una secuencia numérica que hubiese que resolver, pero no hay ninguna lógica en la serie. En ella se puede ver la escalada de la violencia, el cerco del dominio estrechándose, la trampa cerrándose, las intenciones concretándose. Son marcadores de violencia, de decepciones, de promesas no cumplidas, de traiciones, de denuncias, de agresiones y de final.

En la casa donde viven en Pessac, cuando se mudan a Francia, Chahinez entabla relación con algunas vecinas. Se ven en el parque, con los niños. Chahinez está embarazada y se muestra ávida de consejos, ella, que acaba de llegar a Francia y que se encuentra más cómoda en árabe que en francés. Dónde comprar las cosas para el bebé, a qué médico ir, cuál es el centro de salud más cercano, cómo se dice «contracciones» en francés, qué hospital les queda más cerca. Y les hace algunas confidencias. En realidad, desde el inicio de su vida en común en Francia, en 2016, MB controla sus llamadas telefónicas y a veces hasta estampa el móvil contra el suelo de pura rabia. Vigila cuándo sale, la empuja y, cuando se da cuenta de que ella está haciendo amigas, termina prohibiéndole hablar con la gente del vecindario. MB critica, a veces abiertamente, a las mujeres con las que Chahinez queda. Las llama «pordioseras», «zorras de mierda». Cuando da a luz a Sami en agosto de 2016, en el hospital

Pellegrin, MB pide que les den una habitación individual de la que él no se mueve. Duerme allí. Nadie aparte de la familia de MB puede visitarla. «Empieza el infierno», resume Maria, una de sus vecinas, que será su confidente y amiga.

¿Qué va a hacer? ¿Coger a su bebé recién nacido y a su hija de tres años y volver a Argelia? ¿Pedir el divorcio otra vez?

En un mundo donde las mujeres estuviesen protegidas de la violencia, pero también del oprobio de la sociedad, de eso llamado «deshonor» o «escándalo» o «mala reputación»; en un mundo donde las mujeres no tuviesen miedo de los hombres, Chahinez habría podido decidir, con total tranquilidad, dejarlo. Pero, cuando da a luz a Sami, ya ha entendido que el «buen chico» con el que se ha casado, el «yerno ideal», es en realidad un hombre imprevisible y violento.

A diferencia de su primer matrimonio, en el que Chahinez no le tenía miedo a su marido, en el que sus ambiciones personales no estaban ahogadas, en el que estaba rodeada de su familia y de sus amigos, aquí en Francia se encuentra bajo el yugo de ese terrorismo íntimo que es la violencia conyugal. Ha pasado de la independencia al dominio, de la solidaridad al aislamiento, y todo en apenas un año.

Chahinez es una mujer absolutamente aterrorizada por su marido. Tras la violencia física y moral, por la noche, él le exige que satisfaga sus necesidades. Varias veces, Chahinez les confiesa a sus amigas que MB tiene «grandes apetitos sexuales», que la obliga a ver porno, que le compra ropa interior «como la de las películas» y que, si ella dice que no, la fuerza, la muerde, la golpea. «Eso es violación», le dice Noor, otra amiga. Chahinez baja la mirada al oír esa frase, sacude la cabeza, se le llenan los ojos de lágrimas. Siente «vergüenza», dice, de contar esas cosas, «vergüenza» de dejarse. ¡Qué mundo al revés este en el que son las víctimas las que tienen vergüenza!

Después del nacimiento de Sami, hay una época tranquila, un descanso: unos pocos meses que la ayudan a recuperar el valor y la

esperanza. MB es atento, le compra flores, ropa. Adora a su hijo y en su perfil de Facebook, que sigue abierto mientras escribo estas líneas, publica varias fotos del pequeño, que tiene la piel lechosa de su madre y los ojos grandes. Mediante filtros, ha añadido corazones, mariposas, pétalos de rosa y frases como «te quiero» y «mi hombrecito». Es un padre prendado de su niño y esa ternura parece extenderse al hijo mayor de Chahinez. Recuerda su promesa. La pareja va junta a presentar una solicitud de reagrupación familiar en la prefectura. Cuando vuelven a pelearse, Chahinez se refugia en casa de una amiga que vive en el mismo edificio y MB va a buscarla avergonzado, con la boca llena de excusas, súplicas y promesas de que no volverá a hacerlo. Después, durante varios días, varias semanas, multiplica la dulzura y las atenciones; hasta la lleva a casa de sus amigas, le da dinero para hacer compras, para ir a la peluquería, para hacerse la manicura.

En septiembre de 2018, la familia se muda a la avenida Carnot, en Mérignac, a un buen barrio. La casa es un sueño y una especie de orgullo para ambos. Se acabaron los barrios pobres, los complejos, los guetos comunitarios. Están de alquiler, pero algo es algo. Tienen un jardín donde pueden comer al aire libre cuando hace buen tiempo, una cocina moderna, un garaje. Todo se puede hacer a pie: ir al colegio, ir a la compra, pasear por el parque Bois du Burck, y, si tienen ganas de ir a Burdeos, la parada del tranvía está cerca. La pareja envía a la familia en Argelia fotos de la casa, del interior, del jardín. A veces van a la calle Sainte-Catherine, en el centro. MB siempre sonríe, hace el signo de la victoria con una mano en las fotos. Casi siempre tiene un brazo sobre los hombros de su mujer. Con las gafas de sol oscuras y el velo, es difícil adivinar la expresión de Chahinez. A veces parece que esboza una sonrisa, otras parece una leve mueca de cansancio.

Si bien algunos vecinos fruncen el ceño ante la llegada de esta familia musulmana, la sonrisa, la amabilidad y la generosidad de Chahinez disipan las reticencias y los prejuicios. «Me ayudaba a

llevar las bolsas de la compra»; «Me traía pasteles caseros»; «Siempre saludaba, era siempre muy amable».

Anne y Daniel, los vecinos puerta con puerta, subrayan la omnipresencia del marido y cómo Chahinez siempre se quedaba retraída, dos pasos por detrás de él, con la cabeza gacha. Cuando se mudaron y Anne se acercó a saludarlos, MB presentó a su mujer como «buena repostera».

A Chahinez le encanta la casa. La decora, la transforma, pasa mucho tiempo allí. «Vivían bien, cambiaban a menudo la decoración y siempre estaba todo ordenado», recuerda Maria. «Su casa era una pasada», dice Anne.

Allí, en el barrio, se conocen todos, se ayudan cuando hace falta, pero no se meten en la vida de los demás. A veces, los vecinos oyen a MB gritando en árabe. A veces, oyen a Chahinez llorando, gritando: «¡Está loco! ¡Está loco!». A veces Anna se fija en que se comporta de forma aún más discreta que de costumbre y lleva gafas de sol grandes y oscuras que le tapan toda la cara.

Los vecinos deducen, pues, que la pareja no se lleva bien, que MB tiene «mal carácter», que a lo mejor la empuja un poco, pero sin más. «Era muy dicharachero, encantador, pero se percibía cierta violencia en él. No era un tipo limpio, pero le concedimos el beneficio de la duda», cuenta Daniel.

En 2018, Chahinez deja constancia en comisaría del estado de ebriedad de su marido, que le había impedido entrar en la casa. En 2019, otra vez: su marido la había empujado y le había tirado del pelo. Como es habitual con este tipo de registros en el sistema francés, MB no recibió ninguna notificación al respecto.

En septiembre de 2019, en torno a las diez de la noche, cuando el silencio reina en el barrio residencial, los hijos de Chahinez salen a la calle gritando. Van en pijama y lloran a moco tendido. Malika grita que su padrastro tiene un cuchillo, que va a matar a su madre. Chahinez está fuera también, descalza, grita y llora mientras abraza a sus hijos. Se la ve agotada, va a la derecha, luego a la izquierda, está al borde del desmayo. MB le ha pegado y luego la ha

amenazado con un cuchillo. No le gustaban los pantalones que llevaba Chahinez aquel día, le parecían demasiado ajustados.

Anne y Daniel salen, la abrazan. Quieren llamar a alguno de los números de emergencia gratuitos, el 17, el 18, el 15, el que sea, pero Chahinez se lo impide. Prefiere llamar a su amiga Maria, quien llega un rato después en coche. MB sigue en la casa y llama a su mujer «zorra» y «mentirosa» a gritos.

«Aquella noche todo el mundo lo oyó todo, pero nadie hizo nada», dice Anne.

Se informa a los servicios sociales, que recomiendan protección urgente. La MDSI (Maison Départementale de la Solidarité et de l'Insertion, es decir, un centro de servicios sociales a escala regional) de Mérignac también recibe el aviso. Chahinez y sus hijos se refugian en casa de su fiel amiga, que tiene a su vez cuatro hijos. Chahinez duerme mucho, agotada, llora a menudo, pero se niega a denunciar. Unos días más tarde, la MDSI le reserva una habitación en un hotel cerca del aeropuerto a la espera de que se asigne un alojamiento. Chahinez y Maria deciden ir a buscar ropa a la avenida Carnot, pero MB, que está allí cuando llegan, monta en cólera al ver a Maria y les cierra la puerta en las narices.

Por la tarde, Chahinez decide volver a casa, sola esta vez; le dice a su amiga que tiene llave, que sabe que MB no va a estar, que se dará prisa y que cogerá la documentación y algo de ropa. Maria la espera en el coche, aparcada un poco más adelante, con el móvil sobre las rodillas.

Las horas pasan y Chahinez no vuelve. Tampoco contesta al teléfono. Su amiga está muy preocupada, pero no se atreve a llamar a la puerta. Por la noche, Chahinez la llama por fin. Le dice que ha decidido quedarse en casa y darle otra oportunidad a MB. Su amiga está harta. «No vuelvas a llamarme», le dice a Chahinez.

«La vimos irse con Maria y, unos días más tarde, estaba aquí otra vez. Había vuelto a casa. Iba con la cabeza gacha», dice Anne.

5

Hay una herramienta que se llama «violentómetro» y es como una regla graduada que recoge veintitrés situaciones de pareja, desde la más sana hasta la más peligrosa. La regla pasa del verde al amarillo, luego al naranja y finalmente al rojo. En esa última parte, figura un aviso: «Estás en peligro».

Mi amiga Laetitia, que es abogada, fue quien me habló de esta herramienta y me la mandó.

Recorrí la regla imaginándome qué habría pasado de haber dispuesto de ella cuando vivía con HC. Me detengo en las situaciones que he vivido.

Numero 6 (amarillo): Te ignora durante días si está enfadado.

Número 8 (amarillo anaranjado): Desprecia tus opiniones y tus proyectos.

Número 11 (naranja): Siempre está celoso.

Número 12 (naranja): Controla tus salidas, tu ropa, tu maquillaje.

APROVECHA Tu relación es sana si…	**Respeta tus decisiones y tus gustos**	**1**
	Acepta a tus amigos/as y a tu familia	**2**
	Confía en ti	**3**
	Se alegra de verte feliz	**4**
	Se asegura de que estés de acuerdo con todo lo que hacéis en común	**5**
¡CUIDADO, DI BASTA! Hay violencia si…	**Te ignora durante días si está enfadado**	**6**
	Te hace chantaje si te niegas a algo	**7**

	Desprecia tus opiniones y tus proyectos	**8**
	Se burla de ti en público	**9**
	Te manipula	**10**
	Siempre está celoso	**11**
	Controla tus salidas, tu ropa, tu maquillaje	**12**
	Mira tus mensajes, tu correo, tus redes sociales	**13**
	Insiste para que le mandes fotos íntimas	**14**
	Te aísla de tus amigos/as y de tu familia	**15**
PROTÉGETE, PIDE AYUDA **Estás en peligro si…**	**Te tacha de loca si le reprochas algo**	**16**
	«Se le va de las manos» cuando algo no le gusta	**17**
	Te empuja, te abofetea, te zarandea, te pega	**18**
	Amenaza con suicidarse por tu culpa	**19**
	Te toca tus partes íntimas sin tu consentimiento	**20**
	Amenaza con difundir fotos íntimas	**21**
	Te obliga a ver porno	**22**
	Te obliga a tener relaciones sexuales	**23**

Numero 15 (naranja fuerte):	Te aísla de tus amigos/as y de tu familia.
Número 16 (naranja muy fuerte):	Te tacha de loca si le reprochas algo.
Número 18 (rojo):	Te empuja, te abofetea, te zarandea, te pega.
Número 20 (rojo):	Te toca tus partes íntimas sin tu consentimiento.
Número 23 (escarlata):	Te obliga a tener relaciones sexuales.

Chahinez habría marcado todas las casillas hasta el número 23 y Emma, hasta donde yo sé, hasta el número 18. Ambos números están en la zona roja, «Estás en peligro».

¿De verdad esta herramienta, si la tienes delante, ayuda a que algo haga clic? ¿De verdad ver las palabras «Estás en peligro» funciona como por arte de magia y, de repente, todas las personas en peligro se levantan, hacen algo para ponerse a salvo, abandonan el hogar violento, denuncian, buscan refugio en alguna parte? ¿O, por el contrario, estas situaciones así descritas, negro sobre blanco, te hacen bajar la mirada y morirte de vergüenza?

Cuando Chahinez vuelve a la casa familiar, toda la mecánica de control físico y moral que MB ejerce sobre ella sigue funcionando: la insulta, la agrede, la aísla de sus amistades, la vigila, controla sus salidas y cómo se viste, habla por ella, sabe ablandarla, le hace chantaje, le hace creer que no tiene otra opción que seguir con él, guarda su documentación; es él quien mantiene económicamente a la familia, él tiene la nacionalidad francesa, ella es extranjera.

Cuando Chahinez vuelve a la casa familiar, también se enfrenta a otros conflictos personales con los que tiene que lidiar. Ese mismo mes de septiembre de 2019 se entera de la muerte accidental de su primer marido en condiciones horribles: el hombre se ha electrocutado y se ha quemado vivo en su lugar de trabajo. Hicham y Malika son ahora huérfanos de padre y lo que para Chahinez ya era necesario ahora se hace urgente: su hijo mayor tiene que reunirse con ella lo antes posible.

En este país nuevo cuyo idioma y cuyos entresijos administrativos conoce solo a medias, más que la violencia de MB lo que teme son dos cosas: que le quiten a sus hijos y que el mayor no pueda ir a Francia. Cuando alertan a los servicios sociales después de su agresión, cuando se activa el protocolo de asistencia, en lugar de sentirse protegida, Chahinez se siente frágil, arrinconada.

Su marido sabe hasta qué punto le pesa a ella tener lejos a su hijo mayor. MB encuentra un medio de presión formidable y una moneda de cambio imparable para someter a Chahinez. Quizá sea el

chantaje afectivo —«Si no vuelves, no rellenaré los papeles para que venga Hicham»; «Has llamado a los servicios sociales, te van a quitar a tus hijos» — lo que la hace volver con MB.

A finales de 2019, la solicitud de reagrupación familiar es rechazada. Chahinez se viene abajo. Todavía no entiende que probablemente haya sido el propio MB quien haya saboteado el expediente mandando cartas anónimas a la prefectura. No sabe que se ha burlado de ella cuando la ha dejado trabajar para, se supone, ampliar y mejorar el expediente de Hicham con una nómina extra. Chahinez busca trabajos de limpiadora en casas de particulares o en comunidades. La recuerdan como una persona «discreta y reservada que aceptaba los trabajos que se le encargaban».

A veces echa tanto de menos a su hijo que prepara un paquete con ropa, zapatos, chucherías y chocolate para Hicham. Coge el autobús al aeropuerto y allí, en el vestíbulo de salidas hacia Argelia, intenta encontrar a alguien que se lo lleve. Les cuenta lo mucho que echa de menos a su hijo. Les enseña todo lo que hay en el paquete y siempre encuentra a un alma caritativa.

A principios de 2020, la pareja se va de vacaciones a Argelia. Durante varias semanas, Chahinez disfruta de un feliz reencuentro con su hijo. Allí, MB se vuelve a poner su careta de «ángel», como decía el padre de Chahinez, de marido perfecto, de padrastro atento. Los agasaja con regalos. Le da dinero a Chahinez para que vaya a la peluquería, a la esteticista, pero siempre se queda fuera esperándola, vigilándola. Ella no puede dormir en casa de sus padres, MB prefiere que se alojen con su familia. La mejor amiga de Chahinez, que tiene un salón de peluquería en Aïn Taya, se queja de que no consigue verla a solas. MB está ahí, todo el tiempo, como una sombra amenazante.

Cuando vuelven a Francia, Chahinez les lleva regalos a sus amigas, entre ellas Maria. Esta se sorprende al ver que MB acepta llevarla en coche a su casa y esperarla abajo. Es cordial, educado. Chahinez parece aliviada y feliz tras el viaje a Argelia, aunque volver sin Hicham le parte el alma. MB tiene un pequeño negocio de

compra y reventa de muebles. Los almacena en el garaje. Ella les dice a sus amigas que «se está portando bien», como si fuera un niño que se ha hecho mayor y ha dejado de montar pollos.

Chahinez espera que el nuevo expediente de reagrupación familiar de Hicham se tramite rápido y sin incidentes. Pero la pandemia de covid-19 y el confinamiento trastocan todos sus planes.

Durante el encierro, la vida es tranquila. Hace buen tiempo en Mérignac, la mesa siempre está puesta en el jardín. Chahinez pasa mucho tiempo cocinando, les manda fotos de los platos a sus amigas, a su familia. Habla por señas con Anne y Daniel por la ventana. Pulgar hacia arriba para informarles de que todo va bien. Manos juntas bajo la oreja para decirles que *está durmiendo.*

MB va a hacer la compra solo, en coche, y Anne se fija en que siempre pasa una segunda vez por la calle, más despacio, unos minutos después de marcharse. Cuando Anne me confesó esto, me entró un escalofrío.

HC hacía lo mismo. Se iba, dejaba pasar un cuarto de hora, media hora, y volvía. A veces solo pasaba por delante de la casa. A veces entraba sin hacer ruido, pero yo había aprendido a notarlo, a oírlo. Si lo veía, decía que se le había olvidado el paquete de tabaco o un libro. A veces se limitaba a observarme; yo me quedaba de espaldas, fingía que no lo había oído, pero el ambiente se cargaba de electricidad, como antes de una tormenta.

Me anunciaba que iba a salir esa noche y luego volvía una hora después, con la excusa de que ya no le apetecía, de que no había encontrado aparcamiento. Me esperaba delante de la oficina, sin avisar. Hablaba con el recepcionista, con la señora de la cafetería, con el hombre al que yo le compraba los sándwiches; no sé qué les decía en realidad, pero me enteraba de que los conocía («No sé qué les ves a esos sándwiches: ¡están asquerosos!; Al parecer, ya no le echas azúcar al té, ¿estás a dieta? ¿Por qué estás a dieta?»).

Una vez, participó en un torneo de *bridge* que se celebraba en un hotel en el sur del país. Me dijo que se quedaría allí a dormir y volvería al día siguiente, después de comer. Pasé la noche sola,

viendo la televisión, esperando a que volviese, porque sabía que no iba a pasar la noche fuera con lo paranoico que era. Sin embargo, a medianoche no había vuelto todavía y yo me fui a la cama. Me dormí enseguida y a las tres de la mañana me despertaron unos bocinazos. Todavía me acuerdo de aquellos pitidos que se colaron en mis sueños. Al principio eran parte del mundo en el que me encontraba, el sueño, la inconsciencia. Es muy raro acordarse de algo así; es como si me diesen golpes en la cabeza. Me levanté, grogui. Los volví a oír, primero varios toques secos y luego más largos. Era él, tocando el claxon en plena noche para que le abriera la verja, con la excusa de que se había dejado las llaves. Cuando salí, estaba un poco enfadado. Me dijo: «Llevo un buen rato llamándote», y yo, todavía medio dormida, pensé que para él era lo mismo llamarme por mi nombre que tocar la bocina, como si fuera un perro.

Al final del primer confinamiento, en mayo de 2020, todo se va al traste. Chahinez se despierta a veces y se encuentra con MB sobre ella o a su lado, mirándola de un modo extraño. Le confiesa a Maria: «Me va a hacer algo, lo sé». El expediente en la prefectura va con retraso por la pandemia. Está desesperada, intranquila, acorralada.

El 24 de junio, pilla a su marido con un cuchillo de cocina. MB está muy alterado. Pronto será la hora de ir a buscar a Malika al colegio. Chahinez sale corriendo de casa, sube la calle, se para un momento en el parque para tranquilizarse y pensar. Recoge a su hija y la deja jugar un rato en los columpios. Cuando llega la hora de volver a casa, reza por que MB haya entrado en razón, que esté más tranquilo. En este tipo de situaciones, la mente se convierte en un títere, cree en las cosas más descabelladas, más improbables. «No, no va a hacer nada delante de los niños. Seguro que ha guardado el cuchillo, que se ha calmado. Hablaré con él, entrará en razón, no hará nada».

Pero MB no se ha calmado. Está esperando a Chahinez. Lleva dando vueltas como una fiera enjaulada desde que ella salió corriendo de casa y, en cuanto llega, se abalanza sobre ella. La

insulta, la pega y, cuando está en el suelo, se pone a horcajadas sobre ella, la inmoviliza con todo su peso y la estrangula.

Habla y habla y habla y aprieta y aprieta y aprieta. Vuelve con el tema de los pantalones que lleva, que son demasiado ajustados. Vuelve con que menudo carácter tiene, con que no le hace caso, con que no hace lo que él quiere, como él lo quiere; vuelve con lo de sus maneras de «zorra», de «calentona». «Te voy a mandar de vuelta a Argelia en un baúl, puta de mierda». Chahinez se desmaya. Cuando vuelve en sí, MB sigue allí. Malika y Sami están a su lado, llorando, creen que su madre está muerta. Ella consigue salir de casa y se encuentra con el hijo de Anne y Daniel, que ha acudido a su puerta al oír los gritos. «Lo que se oía eran gritos animales», recuerda Anne. Chahinez se desvanece en los brazos del joven. Esta vez, Anne y Daniel llaman sin titubeos a los bomberos y a la policía. Intentan reanimarla, en vano. MB sigue allí, muy nervioso. Da vueltas alrededor de su mujer inconsciente, llamándola zorra, mentirosa.

Detienen a MB y llevan a Chahinez al hospital. Ella pone una denuncia al día siguiente y su declaración es aterradora. Cuenta que sufre violencia verbal y física desde hace cuatro años, desde que llegó a Francia. Describe que su marido lo controla todo, rompe o quema su documentación. Habla de las numerosas violaciones que ha sufrido. «Lo único que quiero es estar tranquila, quiero estar en paz». Dice lo siguiente acerca de los hechos del día anterior: «Forcejeé para salvarme». La supervivencia, ante todo. A veces hay que mantener la calma y hacerse la muerta. A veces hay que oponer resistencia, a veces hay que correr.

Tras hacerle varias pruebas médicas, detectan que tiene la laringe parcialmente aplastada, hematomas en el cuello, en los brazos, en los hombros, en los codos. Le dan una baja laboral con incapacidad total de cinco días.

MB, que ya acumula varias condenas (infracciones de tráfico, conducción bajo los efectos del alcohol, tentativa de robo, violencia con uso o amenaza de arma), es citado a un juicio rápido el 25 de

junio. Lo declaran culpable de agresión y le imponen una pena de dieciocho meses de cárcel, nueve de ellos en libertad condicional. Se le prohíbe establecer contacto con Chahinez y regresar a su domicilio.

6

El principio de aquel verano es un paréntesis mágico para Chahinez. Las primeras noches tiene tanto miedo que le pide a sus amigas que se queden a dormir con ella. Se atrinchera en su casa, a menudo con las contraventanas cerradas. Pero, a medida que pasan los días y se da cuenta de que MB de verdad está en la cárcel, de que está cumpliendo la pena impuesta por la justicia por haberla agredido, de que no va a presentarse en su puerta, de que no va a aparecer a la vuelta de la esquina, Chahinez abre, poco a poco, su casa, su hogar, su jardín. Insiste en celebrar los cumpleaños de sus amigas y de los hijos de sus amigas en su casa, con una generosidad y una alegría desbordantes. Bajo su caftán de fiesta, le gusta ponerse vestidos bonitos, pero solo lo saben sus amigas, que la mortifican por ello. Su gesto se relaja y, cuando manda fotos de sus hijos a sus hermanas o a sus padres, en ellas se aprecia su tez perfecta, sus labios pintados. Ahora Anne la oye reírse a menudo.

No puedo contar todas las personas que me han hablado de la risa de Chahinez. Dicen que era una risa comunicativa, una risa contagiosa, una gran risa.

En mayo de 2022, en Burdeos, Noor, una de sus amigas, me enseñó un vídeo. Sostuvo el teléfono delante de mis ojos y comprendí que solo iba a enseñármelo una vez, aquel vídeo, y, antes de que pulsara el botón de reproducción, le pregunté: «¿Puedes subir el volumen al máximo, por favor?».

Chahinez lleva un vestido rojo, está en su salón; solo hay mujeres y niños presentes. Les pide a todos que se junten para hacer una foto de grupo; los llama, nadie la escucha; los niños pasan

corriendo, algunos comen pasteles, otros caramelos, otros juegan a perseguirse; es un caos maravilloso, el caos de los cumpleaños bien celebrados, cuando los niños han tomado demasiada azúcar y las madres se han relajado: otra chuchería, otro refresco, otro trozo de tarta, ¡qué más da! Hay globos, guirnaldas, música. Chahinez se coloca para la foto, pasa los brazos sobre los hombros de dos de sus amigas y, de repente, una le da un pellizco en la cintura y ella se echa a reír.

He llegado a pensar, a fuerza de oír a la gente hablar del buen humor de Chahinez, de su generosidad, de su alegría, que probablemente hubiese una pizca de sentimentalismo en esas descripciones. La muerte — cuando llega antes de tiempo, cuando es violenta, injusta, inesperada — funciona a veces como un filtro que desdibuja las asperezas, los defectos, las zonas de sombra. Los que se quedan ponen a la persona desaparecida en un pedestal, a veces incluso llegan a santificarla.

Sin embargo, no puedo quedarme impasible al oír, en pleno día, en la terraza de un bar, la risa de esta mujer que no conozco, pero a la que intento llegar, tocar, más allá de su muerte o precisamente a causa de ella.

Es un sonido redondo, un sonido de felicidad pura que luego burbujea en cascada, y esas burbujas son también redondas y puras. Es una risa que podría volver a escuchar y ahora entiendo cómo sus hijos, sus padres, sus hermanas, sus hermanos, sus amigos pueden llegar a extrañar esa risa.

Noor me mira: «Te lo había dicho, ¿eh?». Y se guarda el teléfono.

Cómo me gustaría a mí también sacarme del bolsillo una grabación donde estuviese registrada la risa de Emma y que pudiésemos escuchar juntas su sonido cristalino. Habríamos puesto, una junto a la otra, las dos risas, las dos alegrías, y durante unos segundos habríamos olvidado todo este dolor y esta impotencia, estas vidas marchitas por el miedo, este sometimiento, esta violencia.

En las semanas posteriores a la encarcelación de MB, Chahinez se confiesa con Anne y Daniel, sus vecinos de al lado. Anne, muy afectada por la agresión, le insiste en que no vuelva con MB. «Me lo tomé como un asunto personal; no paraba de decirle que había estado a un pelo de matarla. Notaba que ella seguía teniendo mucho miedo». Chahinez le habla de Hicham; ansía reunirse con él, planifica su vida en familia, sus proyectos profesionales, recupera un poco de la ambición que la caracterizaba, antes, cuando vivía en Argelia. Pero esta tregua no dura mucho.

El 7 de agosto, Chahinez vuelve a la gendarmería a poner una segunda denuncia. Informa a la policía de que su marido, que está en prisión, ha contactado con ella en numerosas ocasiones: por carta y por teléfono (más de cuarenta y cinco llamadas). Le dice que irá a su casa en cuanto salga.

Aunque tiene prohibido contactar con su mujer y está infringiendo la condena a todas luces, esta denuncia cae en saco roto.

No se sabe nada de MB hasta dos meses más tarde, el 2 de octubre, y, como por arte de magia, Chahinez retira la denuncia al día siguiente.

¿Qué ocurrió entre el 7 de agosto y el 2 de octubre? Probablemente MB siguió escribiéndole y llamándola, porque la audiencia no tiene lugar hasta el 2 de octubre. ¿Qué presión ejercía sobre Chahinez para que ella retirara la denuncia al día siguiente de dicha audiencia? Nadie se fija en la inquietante coincidencia de estos dos hechos: la audiencia y la retirada de la denuncia.

La prefectura aún no ha resuelto la solicitud de reagrupación familiar: Hicham sigue en Argelia. Chahinez solo trabaja algunos días sueltos. Algunas de sus amigas comentan por lo bajo que la familia de MB la vigilaba y que él no era el único que la presionaba.

No se sale de un estado de sometimiento y violencia como si te tocaran con una varita mágica. Si bien la detención de su marido supone un gran alivio para ella, la situación financiera y social de Chahinez es muy frágil y ella misma se ha vuelto tremendamente vulnerable tras todos estos años de violencia.

Cada llamada de MB, cada carta es un asalto contra el delgado muro que ha levantado Chahinez, por fin, entre ambos.

Yo conozco esa vulnerabilidad, eso que tiembla sin parar en el estómago. Emma intentó dejar a su marido dos veces, y siempre volvía con él. Yo siempre cedía a las palabras, me caía de cansancio, me desmoronaba. Siempre dejaba de lado la poca determinación que me quedaba, la determinación que me había servido para dejarlo y que él amputaba con pericia y éxito. Y siempre dejaba de lado también un poco de mi autoestima, hasta convencerme de que en realidad no era capaz de juzgar bien mi vida, de que no podía tomar mis propias decisiones, de que solo se me daba bien ser su pareja, de que en realidad solo podía existir en aquel mundo, un mundo tóxico y retorcido, habitado por él y por mí, por su carácter violento, por su control y por mi sumisión.

El 5 de octubre, tras cuatro meses de prisión, MB obtiene una medida de reinserción en el seno de una asociación. Se acabó el descanso para Chahinez; sabe que ya es como si estuviese prácticamente fuera. Sabe que no la dejará en paz.

El 9 de diciembre, MB sale en régimen de libertad condicional, sin que la segunda denuncia de Chahinez haya sido comunicada al juez de vigilancia penitenciaria. MB declara que se aloja en casa de su hermana, que no tiene ningún contacto con su mujer, pero la realidad es otra, más confusa, rodeada de un halo de secreto.

Anne y Daniel lo ven a veces al caer la tarde. «Lo veíamos irse corriendo. Llevaba gorra o una sudadera con la capucha puesta».

Chahinez ya no es más que una sombra de sí misma. Solo sale de casa para llevar a sus hijos al colegio o para recogerlos; no habla con nadie, se limita a saludar de lejos a Anne o a Daniel si los ve. Se acabaron las fiestas de cumpleaños y las cenas en el jardín. Las contraventanas de la casa suelen estar cerradas.

Nadie sabe con exactitud lo que ocurre a finales de 2020, la naturaleza del chantaje que MB ejerce sobre ella. Creo que es un

pacto terrible e íntimo que Chahinez hace consigo misma para lograr su objetivo: recuperar a su hijo mayor.

Desde que llegó a Francia, en 2016, MB le graba, a base de golpes o de palabras bonitas, que sin él, sin su buen hacer, el expediente de repatriación familiar no se va a resolver. Le dice que tiene contactos en la prefectura, que puede hacer avanzar el proceso igual que puede hacer que lo desestimen (¿acaso no lo hizo ya una vez?, ¿no ha aprendido la lección?, ¿es que tiene que recordárselo?). Hasta que su hijo no estuviese con ella, tenía que aguantarlo todo, aceptarlo todo.

A principios de 2021, la directora del colegio y los padres de varios alumnos ven a MB al otro lado de la verja del centro escolar. Avisan a los servicios sociales. Se recurre a un juez de menores y Chahinez está aterrada. Acompañada de una amiga, en febrero va a consultar con una abogada en Burdeos, Solène Roquain-Bardet. «Vino a verme porque recibió una citación del juez de menores. Habían dado un aviso. Los servicios sociales le explicaron que tenía que plantearse separarse de su marido si quería proteger a sus hijos o, de lo contrario, los protegerían por ella y podrían tener que extraerlos del entorno violento. Ella tenía miedo de que los servicios sociales le quitaran a sus hijos». Roquain-Bardet recuerda a una mujer reservada, que no hablaba muy bien francés. La abogada comprende que Chahinez sigue bajo el control de ese hombre violento y le dice claramente a su clienta: «Tiene que dejarlo».

Chahinez está destrozada, más aún que cuando llegó a Francia y descubrió la naturaleza violenta y manipuladora de MB. Para proteger a Malika y a Sami, tiene que dejar a ese hombre. Para reunirse con Hicham, tiene que seguir con él. Es una encrucijada.

Pero, con la citación del juez y después de reunirse con la abogada Roquain-Bardet, Chahinez comprende que tiene que tomar una decisión en firme y que su papel de madre, que está por encima de todos los demás papeles de su vida, está en juego. No soportaría perder a Malika y a Sami.

Es probable que esa noche Chahinez cierre la puerta y no deje entrar a MB. Deja de contestarle al teléfono y, unas semanas más tarde, presenta una demanda de divorcio en Argelia, donde se celebró su boda.

Poco después se suceden dos milagros. Son como regalos caídos del cielo y reafirman a Chahinez en su decisión de dejar definitivamente a MB. El primero es la resolución del juez de no trasladar a los niños y el segundo, maravilloso y muy esperado, es la llegada de Hicham a Francia, el 3 de marzo de 2021. Ese día, además, es el cumpleaños de Chahinez; cumple treinta y un años.

En un vídeo grabado a la llegada de su hijo mayor al aeropuerto, Chahinez lleva unos pantalones pitillo y unas botas altas. Todo lo que MB odia.

Que nadie crea que Chahinez es ingenua por sentir felicidad y alivio al haber reunido, por fin, a sus tres hijos bajo el mismo techo. Que nadie crea que esos dos triunfos sucesivos, después de años de sometimiento y violencia, la vuelven despreocupada y confiada. Cierra todas las contraventanas en cuanto se hace de noche, incluso las de la planta de arriba. Camina deprisa cuando va al colegio, al supermercado, a casa, siempre buscando el coche de su marido, un Peugeot. No se entretiene, está alerta.

El 15 de marzo de 2021, ni dos semanas después de la llegada de Hicham, cuando está cruzando el aparcamiento del Carrefour Market, a cien metros del colegio, MB sale de una furgoneta, la obliga a subir por la parte de atrás y cierra la portezuela.

Por allí, por ese aparcamiento, la gente pasa con el carro lleno o vacío. Los coches frenan y arrancan. Hay una panadería, una farmacia, una tintorería, un lavadero de coches. El sol brilla y el mundo gira con su gloriosa banalidad.

Chahinez está dos horas dentro de esa furgoneta, frente a frente con su marido. Él la abofetea, le da puñetazos, intenta estrangularla

con el pañuelo, le da un cabezazo cuando ella trata de abrir la puerta.

Cuando Chahinez consigue salir de la furgoneta, corre a refugiarse en el interior del Carrefour Market.

Más tarde, le confesará a Noor que ha intentado convencerlo, aplacarlo; le dice: «Lo conozco muy bien, quería matarme, hice de todo para que me soltara».

¿A eso quedamos reducidas ante un hombre que quiere nuestra muerte? ¿A hablar, a convencer con palabras, con lo que tenemos, a darlo todo, a darlo todo menos nuestro corazón latiente? En ese momento nada importa, solo el corazón.

Siempre que paso por ese aparcamiento, doy un rodeo y aprieto el paso. Allí, MB la secuestró durante dos horas sin que nadie se enterase de nada. Allí, ella consiguió convencerlo de que no la matara.

Siempre que paso por ese aparcamiento, pienso en cuando me subí al coche de HC, una semana después de haber vuelto a casa de mis padres.

Era un coche nuevo, más pequeño, deportivo, de color azul claro. Yo volvía de hacer un reportaje, estaba a doscientos metros del periódico y el coche se detuvo a mi lado. HC estaba al volante, con el ceño fruncido, y lo único que se me ocurrió decir, en vez de seguir caminando, de ignorarlo, de salir corriendo, fue: «Anda, te has comprado un coche nuevo».

—¡Sube!

Su voz parecía un gong, como esos chasquidos que te hacen entrar en un estado de hipnosis. Me subí como la perra de Pávlov en la que me había convertido.

Él conduce con rapidez y brusquedad hasta la parte alta de Port Louis. No dice nada. Me pregunto por qué habrá cambiado de coche. ¿Será porque el vehículo de antes contiene aquella noche entera, aquella en la que probé el sabor a óxido y a orines de la muerte? ¿Será porque ese otro coche — beis, largo, con asientos de escay —

está marcado por todos los golpes asestados, por todas las palabras pronunciadas, por todos sus pensamientos horribles, por los lloros y las súplicas? ¿Será porque ese vehículo está manchado para siempre por lo que estuvo a punto de hacer y, como si fuera el arma de un crimen, tuvo que deshacerse de él?

Me lleva hasta un promontorio desde donde se ve toda la ciudad y se pone de rodillas. Me implora perdón y me pide que me case con él. Habla con dulzura y una gran vulnerabilidad. Reconozco su fuerza, su talento, su habilidad para decir las palabras exactas, pero reconozco la oscuridad oculta justo debajo de la superficie. Recuerda nuestro camino, todo lo que hemos pasado para estar juntos, habla de literatura y de la vida, me propone un viaje, París, Sídney, Londres, donde yo quiera, cuando yo quiera, mañana si quiero, y yo reconozco la perspectiva de uno de los respiros de antes.

Pero no estoy allí del todo. Estoy hecha un ovillo dentro de mí misma, en un lugar donde él ya no puede tocarme. La chica que él conocía ya no está ahí, en realidad. Está desparramada en esa noche, en todos esos años de vida con él; está amordazada por la promesa íntima de vivir otra cosa.

Sé que el hecho de haber vuelto a casa de mis padres me protege. No estoy aislada, no vivo sola, no vivo con otro hombre, estoy con mi familia de nuevo. Cuando intenta besarme, retrocedo de tal modo que monta en cólera. Se levanta y me dice: «¡Nos vamos!». Yo me resisto. Él me agarra por el brazo, me levanta y casi me lanza al asiento delantero. Conduce rápido por las callejuelas que bajan en picado y en zigzag, pasa rozando a los peatones y los postes. Yo me agarro a la portezuela, pero no digo nada. Mis labios están cerrados, sellados. En un cruce, consigo bajarme del coche y él arranca con un gran rugido del motor, haciendo rechinar la palanca de cambios. Despacio, con el cuerpo sudoroso y las piernas temblorosas, voy andando hasta el periódico.

Después de escaparse de la furgoneta, Chahinez vuelve a la gendarmería a interponer una tercera denuncia. En un desarrollo

normal, banal incluso, de los acontecimientos, esta nueva denuncia por secuestro habría debido alertar a la policía y a los servicios judiciales. En un desarrollo normal, banal incluso, de los acontecimientos, esta denuncia habría debido proteger a Chahinez.

Pero, a partir de este momento, se produce un derrumbe lento e inexorable para esta mujer que acaba de cumplir treinta y un años.

El policía que está de guardia aquel día en la comisaría ha sido condenado por violencia de género un mes antes, y no solo sigue en activo: aún peor, es él quien registra la denuncia de Chahinez. ¿Qué credibilidad le da? ¿Qué credibilidad dan los hombres violentos a las mujeres a las que maltratan? Pues dicen: «Están locas, son unas histéricas, son todas unas mentirosas y unas zorras».

La denuncia va acompañada, como marca el procedimiento, por una tabla de evaluación del peligro y una ficha de evaluación de la víctima. El policía, condenado por haber agredido a su esposa, tramita la denuncia de Chahinez con mucha desenvoltura. Le envía al procurador los dos formularios (mal rellenos, según la fiscalía), pero no la denuncia en sí.

Ese es el momento en el que Chahinez Daoud fue abandonada por completo.

La primera vez, la muerte no le llega ni con la primera torta ni con el primer estrangulamiento ni con el secuestro, sino aquel día, cuando un policía condenado por violencia contra su pareja le tomó declaración y la tramitó tan mal que literalmente tocó a muerto por Chahinez.

Sin embargo, no fue porque ella no se resistiera, no se defendiese, no pidiera ayuda. Al día siguiente, después de hablar por teléfono con su abogada, vuelve a la gendarmería con un informe médico donde se certifican sus lesiones y se le asigna una baja médica de cinco días. Chahinez se ha refugiado en casa de una amiga, del miedo que tiene. Se lo dice a la sargento que completa su denuncia.

El 17 de marzo, dos días después del secuestro con violencia, vuelve a llamar a esta misma sargento y la informa de que su

marido ha intentado entrar en su casa. La sargento contacta con el Servicio Penitenciario de Inserción y de Libertad Condicional (SPIP, por sus siglas en francés), que le comunica la dirección que MB (que sigue en libertad condicional) notificó a su salida de la cárcel. Es el domicilio de su hermana. Pero, en un escenario donde la cadena de sucesos trágicos resulta insoportable, donde la incompetencia acumulada de unos y otros pesa tanto como una condena a muerte, el agente del SPIP no menciona las dos citas previstas con MB en el marco de la condicional. De haberlo hecho, podrían haberlo detenido.

El 18 de marzo, Chahinez llama de nuevo a la gendarmería: MB la ha seguido cuando ella estaba haciendo la compra y luego le ha enviado un montón de mensajes.

El 20 de marzo, se emite al fin una orden de busca y captura.

La segunda vez, la muerte le llega el 26 de marzo, cuando MB se persona en su interrogatorio con el SPIP. No hay comunicación entre este servicio y la policía, que tiene la orden de arrestarlo. MB reconoce de forma espontánea haber empujado a su mujer en la furgoneta. «El trabajo con el SPIP consistió en construir una relación de confianza para que admitiera la verdad». Así está redactada la frase en el informe del SPIP, esas son las palabras que están escritas, una detrás de otra, y la última es «verdad». Así está redactada esa frase vomitiva que habla de relación de confianza con un hombre que ya había intentado matar a su mujer en dos ocasiones.

La tercera vez, la muerte le llega el 29 de marzo. MB se presenta voluntariamente en la comisaría de Mérignac. Se queja porque no puede ver a su hijo Sami. Los agentes introducen su nombre en el ordenador, pero el programa informático no está vinculado al fichero de las búsquedas locales. MB se muestra agitado, grita, monta el espectáculo. Un policía de servicio sale del despacho y le ordena abandonar las instalaciones sin preguntarle su nombre. Por inverosímil que esto parezca, se trata del mismo policía que registró la denuncia de Chahinez y que la tramitó mal. No relaciona ambos

casos. Decide no hacerlo. Le importa un bledo cualquier vínculo que puedan tener.

La cuarta vez, la muerte le llega el 14 de abril. MB tiene otra cita con el SPIP. Acude sin mostrar la menor preocupación y declara que se siente «herido en sus sentimientos y su orgullo».

Cada vez que MB está fuera, que se pone delante de un agente del SPIP, que pasa por la avenida Carnot, que llama a Chahinez por teléfono, que intenta entrar en su casa, su sensación de impunidad no deja de crecer. Nadie lo detiene. Tiene libertad para ir y venir; se cree tan intocable que incluso va a la comisaría por su propio pie.

De todas las personas del mundo, solo hay una, aparte de Chahinez, que presiente el drama. Es la primera mujer de MB. Se encuentra con él en una cena, en abril. MB ha dejado de trabajar con la excusa del cansancio. «Tenía la mirada extraña, estaba ausente, pensaba en algo, lo conozco muy bien. Sé que había dejado de trabajar para preparar su ofensiva. Sé que algo había cambiado dentro de su cabeza y que iba a cometer una tropelía».

Las dos lo conocían muy bien; conocían su corazón, su corazón de piedra.

7

Me gustaría escribir lo que viene ahora sin emociones, a la manera de un suceso referido por una persona indiferente al contexto, a las repercusiones, a los significados; una persona ceñida únicamente a los hechos, al desarrollo de dichos acontecimientos.

Me gustaría escribir lo que viene ahora tomando la distancia correcta, pero ¿en qué unidad se mide la distancia en un libro? ¿En meses, en años? ¿En saber, en conocimiento, en experiencia?

Me gustaría escribir adoptando una forma precisa de narración o, por el contrario, multiplicando las configuraciones, aquí, allí, pasado, presente, futuro, pero todos esos caminos, ya sean líneas rectas o atajos, todos llevan a la misma salida.

Me gustaría escribir lo que viene ahora encontrando un punto de vista interesante, inédito, literario. Hay libros que hacen hablar a los muertos, a las plantas, a los animales, a los objetos, a los espíritus, al viento, y todo eso está en lo que quiero plasmar.

Quizá podría escribir lo que viene ahora marcha atrás. En lugar de pasar, los minutos retrocederían en sentido inverso. Las puertas no se abrirían, las balas se darían la vuelta en el cañón, la gasolina volvería a entrar en el bidón, las decisiones no se tomarían, los pensamientos se detendrían al borde de lo impensable.

Me gustaría escribir lo que viene ahora puliendo la lengua, las palabras, la ortografía, la gramática, raspar, raspar hasta tocar el hueso del acto y que exista en esta página como lo que es: un gesto incalificable, innombrable, sin lengua, sin palabras, sin ortografía, sin gramática.

Quizá, después de todo, me gustaría escribir lo que viene ahora encontrando otro medio que no sea la escritura, salpicándolo sobre la página, arrojándolo aquí tal cual, de un solo golpe, y que una granada explotara como una fruta demasiado madura y goteara sobre todo el libro y sobre todas las manos que lo sostienen y que su tinta su color su mancha su olor fueran indelebles, inolvidables.

Quizá querría escribir teniendo la certeza de que la escritura, los libros, este trabajo, esta obsesión, todo esto sirve para algo.

8

El 4 de mayo de 2021, como todos los días, Chahinez se levanta antes que sus hijos. Su dormitorio, en el piso de arriba, da a la calle y, cuando abre las contraventanas, primero ve las hojas del árbol que hay plantado en el pequeño patio de delante de la casa y, entre las ramas, un cielo lechoso, anunciando una mañana gris. En esta planta, las habitaciones están distribuidas en forma de estrella: los dormitorios de Malika, de Sami, de Hicham (que también da a la calle), un cuarto de baño pequeño, un trastero poco más amplio que un armario. En las puertas de las habitaciones pone el nombre de los niños. Chahinez se detiene un momento en el descansillo. Escucha cómo duermen sus hijos. Es un momento muy dulce para una madre escuchar el sueño de sus hijos, saber que están a salvo, calentitos en su cama. No es un sonido propiamente dicho, el sueño de los niños, sino un sentimiento, un bálsamo para el corazón, una tranquilidad que te da paz mental. Para Chahinez, es también un momento en el que su corazón se llena de alivio, porque, desde el 3 de marzo, su hijo mayor, Hicham, está con ella en Francia. Su niño grande, al que tanto quiere, al que tanto ha echado de menos y por quien… No, no quiere pensar en eso ahora; lo que pasó pasó; hay que saber dejar lo malo atrás. Todos sus hijos están juntos bajo el mismo techo, aquí, en Francia; eso ya es algo. Quizá pueda respirar un poco, esta mujer de treinta y un años. Quizá la invada, mientras el amanecer se desliza sobre las casas, esa sensación engañosa que titila por dentro cuando pensamos que por fin tenemos un respiro, cuando al fin la vida nos regala unos cuantos días claros, sin pena, sin dolor. Esa sensación de que quizá lo malo ya haya pasado, de

que se vislumbra el final de estos años difíciles y de que, ahora, con la gracia de ese dios al que no para de rezarle, las cosas irán mejor.

De puntillas, Chahinez baja las escaleras estrechas que llevan a la planta baja y empieza a preparar el desayuno.

Un poco más temprano, sobre las seis y media, una camioneta de color blanco ha aparcado al final de la avenida, cerca de la empresa de mudanzas. Al volante está MB, buscado por la policía, pero con libertad de movimiento.

Chahinez no conoce ese vehículo que él ha comprado en Leboncoin unos días antes. Ha pagado trescientos cincuenta euros por él. MB sabe que ella está alerta, que vigila los coches con los que se cruza. Ella conoce su Peugeot y también la furgoneta Opel donde la secuestró en marzo. Desde ese día, él espera que lo detenga la policía, pero no, sigue libre. Camina por la calle, acude a sus citas en el SPIP, va a casa de su hermana, a casas de amigos, va incluso a la comisaría, pero nadie lo detiene. Su impunidad se hincha; su ego, su rencor y su paranoia, también.

MB ha tapado los cristales traseros del vehículo con cartones y cinta adhesiva. Ha fabricado unas mirillas en el cartón para ver quién pasa por la calle. Se esconde en el coche. Tiene un colchón de espuma, un bote para hacer pis, papel higiénico. Tiene también una carabina, una pistola, cartuchos, un par de guantes y un bidón de gasolina.

Para Chahinez, esas primeras horas del día se ahogan en la banalidad de las mañanas de colegio. Se parecen a muchas otras: despertar a los niños, que se aseen, que se vistan, las muecas, las rabietas matutinas que los llevan a odiar el mismo jersey que querían ponerse el día anterior, el desayuno, que se terminen el zumo de frutas, que revisen la mochila, el tiempo que aprieta, no hay que llegar tarde, que todavía es martes y la semana es larga —«Un capítulo de dibus, porfa», «¡No!», «¿Por qué no? Porfa, mami, un minuto, ¡solo un minuto!» —, los calcetines que no les gustan

porque pican, que se pongan los zapatos, que se aten los cordones. Son banales, estas horas, monótonas a fuerza de repetirlas. Pero, si supiese que iba a ser la última de todas las mañanas, esas horas serían preciosas, excepcionales.

A las ocho, Chahinez sale de su casa, acompañada de sus tres hijos. Mira con cuidado a la izquierda, luego a la derecha, escudriña todos los coches aparcados, pero no hay ningún Peugeot ni ninguna furgoneta Opel. «No está», piensa. La calle se ve ya muy animada, hay otros niños que van al colegio, adultos que salen hacia el trabajo.

Son apenas diez minutos a pie que todo este mundo en miniatura se sabe de memoria. Hay que subir por la avenida Carnot, salir de la urbanización, cruzar el paseo, atajar por el aparcamiento del supermercado, rodear el parque, dejar al más pequeño en la guardería, luego a Malika en el cole. Los trámites administrativos para la escolarización de Hicham aún están en curso, pero al mayor le gusta acompañar a su madre, su hermana y su hermano. Recorren el trayecto de buen humor, de la mano, cruzando la calle con cuidado, y ninguno se fija en la camioneta blanca aparcada a la altura de la empresa de mudanzas.

A veces, por el camino, Chahinez graba a sus tres hijos con el móvil. Los llama «mi amor, cariño, mi bebé precioso». Ellos miran a su madre, a veces hacen unos pasos de baile, sonríen, inocentes y felices. Chahinez envía después estos vídeos cortos a sus padres y a sus hermanas en Argelia. Le gusta mantener el contacto así, haciendo vídeos de su casa o la rutina de los niños. Por las tardes, cuando tiene mucha faena — la colada, la cena, la casa y tres niños alborotando —, les deja un rato el móvil. Ellos graban vídeos de TikTok, con filtros que les ponen cara de bebé o una corona de flores. Ahora están aprendiéndose una coreografía con una canción de Wejdene: «Fallait réfléchir / La vie ça va trop vite / Prends c'que t'as, profite / Prends c'que t'as, profite»[3]. En uno de esos vídeos se los ve haciendo el tonto, saltando, bailando, y, de repente, Chahinez pasa por detrás, los mira y entra en la cocina.

Chahinez e Hicham regresan sobre las ocho y media. Hay que limpiar la cocina, hacer las camas, pasar la aspiradora. Vuelven a salir a media mañana a hacer la compra. Chahinez quiere enseñárselo todo a su hijo, cuenta con él, lo educa con tanto amor como sentimiento de responsabilidad. A él también le gusta pensar que la vida irá bien ahora, en familia, los cuatro, allí. Sin las peleas y el miedo a… No, esas cosas han quedado atrás y allí, en Francia, la policía protege a las mujeres, protege a las familias. Vuelven juntos, cargados, un poco antes de mediodía. El vehículo blanco sigue ahí, en el mismo sitio, pero ni Chahinez ni Hicham se fijan en él.

El tiempo se ha despejado un poco, pero madre e hijo se quedan en casa toda la tarde. Desde la agresión en marzo, Chahinez prefiere estar en casa, donde se siente a salvo. A menudo deja cerradas las contraventanas que dan a la calle. Espera cada día la noticia de la detención de MB, pero la policía no lo ha encontrado. El miedo sigue ahí, como un perro fiel acostado a sus pies. Podría pedirle a sus amigas que fueran a dormir a su casa, pero todas tienen hijos y una vida ajetreada. Algunas se han alejado un poco; su empatía se fue agotando con el tiempo al ver que Chahinez dejaba a MB y luego volvía con él. Ni ella misma entiende a veces del todo los mecanismos del control al que está sometida desde 2015. Va a necesitar tiempo para digerirlo todo, para olvidarlo todo.

Chahinez siente pasión por su casa, por su entorno. No solo le gusta decorar, amueblar, cocinar, sino que sabe transformar una casa en un lugar donde da gusto vivir. Es por el deseo que tiene de estar bien, de construir un nido para sus hijos, de hacer las cosas a su manera, a su gusto. La habitación de Malika, por ejemplo, es el rincón ideal para una niña: tiene una cama cubierta con una colcha con dibujos de princesas Disney, muñecas, peluches, una vajilla de juguete, un escritorio y una silla a juego, una guirnalda de lucecitas redondas, una cortina con lentejuelas, todo en tonos blancos y rosas.

A pocos números de distancia, MB vigila las idas y venidas de su mujer, con el ojo pegado a las mirillas improvisadas recortadas en los cartones. No ha salido del coche desde por la mañana. Los ha observado, ha contado el número de veces que Chahinez ha pasado por delante de él: cuatro. Espera, ha orinado en el bote, rumia su cólera y su odio, que son como dos monstruos apoyados en sus hombros, que le susurran al oído.

En torno a las seis de la tarde, Chahinez sale para ir a recoger a Malika y a Sami, que están en extraescolares. Hicham no la acompaña esta vez; está un poco cansado. Chahinez no lleva bolso. Se ha metido las llaves en el bolsillo del abrigo y lleva el móvil en la mano. Si pensamos en esta mujer que camina por la acera, con la cabeza ligeramente gacha, los pensamientos girando en la cabeza, de aquí para allá, de allá para acá, dirigiéndose hacia sus hijos, podría llegar a ser, durante unos segundos, justo lo que ella quiere ser: una mujer libre. Pero algunas no tienen esa suerte.

Cuando Chahinez llega a la altura de la camioneta blanca, las puertas traseras se abren bruscamente y se encuentra frente a frente con su marido, MB. Está armado con una carabina. Sin emitir el menor sonido, sin perder un segundo, ella echa a correr en diagonal hacia el paseo. No está muy lejos; tan solo cincuenta metros la separan de esa vía más transitada. Quizá piense que puede llegar al centro de salud, que está a veinte metros, donde siempre hay gente; quizá sea eso lo que cree, cómo saberlo, porque en ese momento los pensamientos, la reflexión y la estrategia son cosas que están fuera de ti; no existen más que como una especie de electricidad que te atraviesa y que se llama instinto.

Chahinez corre como Emma, como yo, como otras antes, como otras después. Cruza la carretera en busca de un patio donde meterse, la hilera de cipreses tras la que refugiarse, lo que sea, pero ha de correr. No llega.

MB le dispara una bala en el muslo izquierdo. Chahinez se desploma. Para evitar que se levante o que se arrastre hasta la casa

que hay justo al lado, MB se acerca y le dispara otra bala en el muslo derecho; le pulveriza los dos fémures.

La cabeza de Chahinez está en la cuneta. Tiene las piernas paralizadas, ensangrentadas. No puede moverse.

MB está encima de ella; rebusca en el abrigo de Chahinez para coger las llaves. Le pide el teléfono y ella se niega a dárselo.

Hasta el último momento, incluso perseguida como un animal, incluso en el suelo y herida, esta mujer se niega a someterse por completo a los deseos del hombre, este hombre que dice amarla, pero que de un momento a otro va a matarla. Ella lo sabe, por supuesto.

Hasta el final, Chahinez se queda con algo suyo; puede que solo sea un teléfono, pero también podría ser su corazón, su dignidad, su orgullo, su intimidad.

MB se dirige al coche y vuelve con un bidón de gasolina. Rocía a su mujer, sin prisa. Primero la cabeza, luego el cuerpo, poniendo cuidado en vaciar por completo el bidón. Se saca un mechero del bolsillo. Chahinez grita ahora como se grita frente a lo inconcebible que tiene lugar ante sus ojos y ante la muerte que se acerca. Se la oye desde el paseo al que no ha podido llegar, se la oye desde el patio del centro de salud, se la oye desde las casas de la urbanización, se la oye desde la calle de al lado.

Un vecino se acerca hasta allí. Le suplica a MB que pare, lo llama loco y otras cosas parecidas, pero él, aún armado con su carabina, casi ni lo mira y prosigue con su bárbaro cometido. Se agacha y, como en las películas, para no quemarse, acerca la llama del mechero al rastro de gasolina que hay en el asfalto y la inmola sin el menor titubeo, sin el menor temblor, a su mujer, a la que dice «querer tanto». Se pone de pie enseguida, impide al vecino que ayude a Chahinez apuntándole con una pistola que se ha sacado del bolsillo. MB lo mira a los ojos, con el arma en ristre, mientras el fuego la consume y se propaga hasta un poste de la luz. Luego se aleja despacio hacia su antigua casa.

El vecino intenta apagar el fuego con unas mantas de mudanza que ha encontrado en el garaje. El médico del centro de salud, alertado por las detonaciones, se une a él y juntos intentan sofocar las llamas, juntos intentan salvarla, pero las mantas salen ardiendo también debido a la gran cantidad de producto inflamable vertido sobre ella.

Chahinez los mira, intenta hablarles, mueve la boca, pero no sale ningún sonido excepto un gemido.

Llega otra persona, provista de un extintor que vacía de inmediato sobre el cuerpo devorado por el fuego, pero es demasiado tarde. Chahinez Daoud, de treinta y un años, ha muerto. En el informe de la autopsia, los médicos hablan de un «cuadro de combustión casi completa del cuerpo en vida de la víctima». Al principio me costó entender esta frase, quizá por la jerga médico-legal o porque me negaba a hacerlo. Esto es lo que quiere decir: Chahinez estaba viva cuando empezó a arder y siguió con vida hasta que su cuerpo se hubo quemado casi por completo.

Me gustaría saber qué se dice al final del todo, cuando el tiempo de las imploraciones ha terminado. Estoy obsesionada con los últimos minutos de Chahinez. Están desbocados, tienen vida propia y se pasean por mi cabeza. Están locos, se ríen de mí. Entran en mis sueños y se mezclan con los últimos instantes de la vida de Emma. A veces, en esos sueños donde el tiempo y los acontecimientos forman un magma, veo la punta roja del cigarro de HC consumiéndose y espero al final de ese cigarro, oigo el ruido del tabaco crepitando, como el impacto del coche que atropella a Emma, como esos dos disparos, muslo izquierdo muslo derecho, me oigo suplicando: «Vámonos a casa». Cuando me despierto, yo estoy viva y ellas están muertas.

Sin embargo, me aferro a la idea de que la última imagen que vio Chahinez, la que queda impresa antes de la oscuridad eterna, la que se llevó con ella, es la de dos hombres que intentaron salvarla, uno de ellos su vecino, poniendo en riesgo su vida. Lo oyó insultar a MB, lo oyó suplicarle que no la matara, vio cómo llegaba el médico.

Sintió su voluntad desesperada de salvarla, a ella. Siempre atesoro este pensamiento cerca, ahora o cuando me despierto por las mañanas después de una noche soñando con estos crímenes abyectos. Atesoro esta imagen sobre la que se cierra la existencia de Chahinez, porque deja entrar un poco de humanidad, un poco de coraje y un poco de bondad en esos minutos de barbarie monstruosa.

Mientras su mujer se quema y otros tratan de salvarla, MB entra en la casa con la carabina y la pistola. Busca a alguien, a otro hombre que cree que es el amante de Chahinez, un ser imaginario que ha creado él mismo con su paranoia y sus celos, pero solo encuentra a Hicham, en el piso de arriba, en la cama. MB le ordena que salga y prende fuego a la casa. Lo detienen unos minutos después.

El hijo mayor de Chahinez se asusta y huye, descalzo. Hicham sube corriendo la avenida Carnot y, por increíble que parezca, no ve el cuerpo de su madre en la calle ni la gente a su alrededor; no ve nada, corre descalzo, llama por teléfono a su madre sin dejar de correr, está convencido de que MB la ha cosido a puñaladas, de que está en la casa en llamas; ve el humo saliendo, oye a los policías, a los bomberos, piensa en su hermana, en su hermano, en sus abuelos; no ve a su madre.

Siete personas oyeron las detonaciones.

Dos personas la oyeron gritar.

Tres personas vieron a MB rociar a Chahinez con gasolina.

Cuatro personas vieron el cuerpo arder.

Cabría pensar que todo esto, este desarrollo siniestro, este ascenso inexorable de la violencia cruda y salvaje, esta cacería y esta ejecución de un ser humano por parte de otro, cabría pensar que todo esto dura una hora, dos horas. Cabría pensar que hay minutos perdidos entre una acción y otra, entre una decisión brutal y una decisión macabra. Minutos perdidos en los que podría haber pasado algo que cambiara el curso de los acontecimientos.

Pero solo son las 18:25. Solo han pasado veinticinco minutos. Mil quinientos segundos y cada segundo ha pesado, ha estado lleno hasta los topes, sin ninguna salida posible para Chahinez.

Solo son las 18:25 en Francia y la vida no es en absoluto igual.

A la hora a la que algunas personas vuelven del trabajo, a la que otras recogen a sus hijos del colegio, a la hora a la que los supermercados están llenos, a la hora a la que algunos se sientan en una terraza a tomarse algo y a la que otros aún están cogiendo el tranvía para volver a casa, a la hora a la que, a ocho kilómetros de allí, yo empiezo a preparar la cena mientras vigilo a mi hija, que está haciendo los deberes, a esa hora, en suma, inocente, en un lugar donde crecen vides y adelfas, en un país supuestamente civilizado, un hombre ha disparado dos veces con un fusil a su mujer para ponerla de rodillas, a su merced, y luego la ha rociado con gasolina y la ha quemado viva en plena calle.

---

[3] Hay que pensar, / la vida va demasiado rápido. / Coge lo que tienes, aprovecha. / Coge lo que tienes, aprovecha. *(N. de la T.)*

9

La primera vez, su casa parecía primavera.

El día era excepcionalmente claro y templado para el mes de febrero. Me di cuenta al bajar del tranvía y no paré de pensar en eso. «¡Qué buen tiempo. Qué buen tiempo!». Memoricé el itinerario a pie para no tener que mirar el móvil. Mi idea era acercarme despacio a su casa, mirar a mi alrededor, quizá Chahinez había hecho aquel camino varias veces durante su vida aquí. Recorrí la calle caminando sobre el asfalto de grava. En un momento dado, crucé la cuneta hasta la acera para ver mejor las vides. Los surcos estaban bien cuidados, los pies eran firmes y nudosos, los sarmientos sólidos y las hojas muy verdes. Aún no habían dado frutos. Más adelante, a la derecha, había un prado por donde galopaba un caballo de pelo castaño. A la izquierda había una bodega con las paredes de color crema. Más allá, árboles. ¿Habría algo aquí que le gustara particularmente? ¿Un color, un árbol, la curva de aquel camino, que a veces parecía estar hecho de arena? Yo miraba todo aquello. Me abrazaba a la naturaleza apacible y dulce y me esforzaba para vincular aquel paisaje campestre con lo que había ocurrido a pocos cientos de metros de allí, cuando una señora se dirigió a mí.

—¿Está buscando el parque Bois du Burck?

—¿Perdón?

—¿Viene a pasear por el parque Bois du Burck?

La mujer sonreía y pensé en cuánto me gustaba aquella palabra, «pasear». En mi infancia, mis abuelos la utilizaban cuando cogían el autobús. Sin esperar mi respuesta, la mujer me indicó el camino que

debía tomar para llegar al bosque, rodeando las viñas y el prado. Le di las gracias y la observé alejarse. Se dio la vuelta una vez para hacerme un gesto con la mano y yo se lo devolví. ¿Tendría yo cara de estar paseando a media mañana? ¿No debería haber tenido el rostro serio, el paso lento? ¿No debería haber tenido cara de circunstancias, como se dice, ya que me dirigía al lugar de un crimen? Pero el tiempo tampoco tenía cara de circunstancias: aquella primavera precoz con su cielo azul, los trinos de los pájaros, las mimosas florecidas, amarillas y sedosas, los cerezos en flor… Proseguí mi camino hacia la urbanización, donde se oían diferentes ruidos de herramientas: taladro, cortacésped, hidrolimpiadora. En el aire, el olor a hierba cortada se mezclaba con el serrín y el polvo de cemento. Olía a renovación, a limpieza general. Pasó un joven con su perro, unos ciclistas me adelantaron y me saludaron, a mí, con mi cara de paseo. Me encontraba a trescientos metros de su casa, más o menos. Había esperado nueve meses para ir allí por fin.

Me sorprendí pensando que debía de ser agradable vivir allí; quizá los domingos por la tarde los niños jugaban al balón en la calle, patinaban, hacían *skate.* En los jardines, a resguardo de las miradas, había piscinas para invitar a los amigos en verano, y, cuando el día tocaba a su fin, repartiendo su luz rosa por todas partes, la vida debía de ser maravillosa.

No me esperaba aquello. Pensaba que habría una zona gris alrededor de la casa, como después de una explosión. Yo, que esperaba y temía aquel momento desde hacía meses; yo, que tenía el rostro de Chahinez impreso en las retinas y su muerte en la cabeza, pensaba que notaría un cambio a pocos metros de la casa, un olor, una humedad repentina, una sequedad súbita, un qué sé yo que subsistiría al drama acaecido nueve meses antes.

Pero nada detiene el barniz y la erosión del tiempo: las lágrimas pueden caer, las bocas gritar, las balas resonar, una mujer acabar arrodillada y quemada sobre el asfalto. Las horas no dejan de consumirse, la vida no deja de pasar, y, de nuevo, un cielo

despejado para sacar al perro, ir en bici, arreglar el jardín, pasear por el parque Bois du Burck.

He llegado a la casa de Chahinez. La fachada, en varios puntos, tiene aún las marcas de hollín del incendio. Las ventanas están tapiadas con tablones de madera. El árbol de delante es grande pero enclenque, sin hojas. El tronco es gris antracita. El pequeño patio está seco, la tierra es quebradiza. Hay velas viejas, jardineras con plantas muertas, un jarrón con unas rosas de plástico que un día fueron blancas, pero ahora están negras por la suciedad. Hay varias baldosas grandes apiladas en un rincón, quizá con la intención de solar el patio. Miro a mi alrededor, las fachadas coquetas, los jardines bien cuidados. En alguna parte, en una radio sintonizada en la emisora Nostalgie suena Michel Berger. Avanzo un poco más por la calle, hasta la empresa de mudanzas especializada en portes de pianos. El patio es inmenso y dos hombres hablan alegremente: uno está fuera; el otro, asomado a la ventana del primer piso. Se ríen y luego se giran hacia mí. Me saludan, esperan a que les pregunte algo, quizá a lo mejor ahora tengo cara de estar perdida, pero yo paso de largo, sigo andando por la acera y luego doy media vuelta.

Intento ubicar el poste de la luz junto al que cayó. Hay uno que parece muy nuevo; quizá sea ese. Casi había llegado, en verdad; unos metros más y habría podido refugiarse en un patio.

Vuelvo hacia la casa que tanto le gustaba y me quedo en la acera de enfrente para verla mejor, como si algo fuese a materializarse delante de mí, pero no ocurre nada. Tengo la sensación de estar delante de una imagen, la copia de algo que existió antes, de una huella. Estoy desvalida. Estoy decepcionada. Quizá no haya nada que pensar, que creer, que adivinar, que sentir. Quizá ya no haya nada aquí.

Saco el cuaderno, empiezo a anotar algunas ideas y hago algo insólito: me pongo a dibujar la casa. Me sale natural, lo hago con un lápiz. A medida que el dibujo, un poco precario pero bastante realista, va tomando forma, comprendo por fin lo que estoy mirando, capto la materia y la forma de este lugar.

Esta casa que Chahinez adoraba parece haberse desplazado hacia atrás, envuelta en un manto frío. Alrededor, todo brota, todo florece, todo reverdece, se oye música, pero aquí, esta casa, este patio, este árbol, hasta la tierra, todo está negro y seco y muerto y mustio e inmóvil y abandonado y desnudo y sin color y sin alegría y terriblemente vulnerable. Es una campana del tiempo, justo delante de mí; es un archivo, un recuerdo.

Me echo a llorar; no porque esté triste, sino porque estoy aliviada. Desde que me bajé del tranvía, tenía la sensación de haberme equivocado de dirección o de haber entrado en un mundo paralelo que ha borrado a Chahinez, que ha tapado su muerte bárbara con todos los elementos de la felicidad urbanística: las cercas no muy altas, las mimosas, las lilas, el jazmín, los coches a plazos bien abrillantados, los perritos obedientes con correa, la barbacoa en el jardín, los saludos cuando te cruzas con alguien, los paseos en bicicleta, el campo a dos pasos, la ciudad conectada por tranvía. Es una felicidad que Chahinez deseaba, esta casa de dos plantas, este jardín, la posibilidad de invitar a gente y también el placer de ser independiente. Yo creía que esta vida soñada, este entorno de fantasía, había acabado con ella y se la había tragado, engullido por completo, pero no, algo se resistía aún al borrado. Vivió aquí, murió aquí y esta casa, este árbol, esta tierra tenían aún sus huellas.

La segunda vez, su casa es una flor marchitándose.

Es 4 de mayo de 2022, el primer aniversario de su muerte. He llegado la víspera, tarde, en tren; quiero estar presente aquí, en Mérignac, justo este día. He comprado tres hortensias de color rosa empolvado (tamaño XL, me ha dicho la florista), porque a Chahinez le gustaba el rosa. También le gustaban las lentejuelas, los adornos, los pompones, los cojines con espejitos. En la tienda, las flores estaban hinchadas, abiertas, con los pétalos tersos y aterciopelados. En el tranvía, la gente miraba las hortensias sonriendo. He caminado hasta su casa con las flores en las manos y, salvo por algunos

matices, el camino y el paisaje seguían iguales. Ahora las vides tenían frutos, el caballo ya no estaba en el prado y no me he cruzado con nadie. Al llegar a su casa, he dejado el ramo sobre el muro con una nota.

La mañana era aún bastante fresca. La casa no había cambiado desde el mes de febrero. La he mirado un rato, observando su inmovilidad, su silueta congelada. He murmurado algo a no sé quién, a no sé qué, quizá a la propia casa: «¿Qué escondes? ¿Qué proteges?».

Me he sentado en el muro, dándole la espalda. Ha pasado un año desde la muerte de Chahinez. Un poco más lejos, cerca de los columpios donde solía charlar con las demás madres después de salir del colegio, hay una placa en homenaje a ella. Esta placa, inaugurada el 25 de noviembre de 2021, tiene grabado un texto algo imprudente: su nombre, el año de su nacimiento y el de su muerte, la frase «víctima de un feminicidio el 4 de mayo de 2021», el nombre y el cargo del funcionario que plantó aquel día un cedro del Atlas, «símbolo de la inmortalidad», y varias cosas más. A última hora de la mañana hay una reunión alrededor de la placa en recuerdo de Chahinez, pero yo no he venido por eso.

Por extraño que parezca, estoy bien aquí, sentada en el muro. ¿Haría eso ella, sentarse a ver a la gente pasar, con la mente relajada? Delante de su casa, me prohíbo pensar en cómo salió de allí, sin miedo, para ir a buscar a sus hijos al colegio. Delante de su casa, quiero evocarla, o quizá invocarla, no en muerte, sino en vida. Quiero pensamientos de presente, de vida, pensamientos de mujer que pasa junto al muro y que se sienta un rato allí, en silencio.

Si por casualidad alguien se para y me pregunta qué hago delante de esta casa, no sabré qué contestar, porque ni yo misma lo sé muy bien. En el hinduismo, el judaísmo, el budismo y el taoísmo, el primer aniversario de la muerte es una fecha importante, marcada por rituales y oraciones en familia y con amigos íntimos. A menudo he asistido a estos ritos de paso; de mi abuela, de una tía, un tío, un primo. Estas ceremonias siempre me han parecido intentos de

liberar a los vivos y a los muertos. Liberar a los primeros de la pena y de los remordimientos, liberar a los segundos de su huella terrestre. Marcan también el tiempo que pasa: la misma fecha, pero un año después.

Pero yo no soy familiar ni amiga suya, y no puedo fingir sentir ninguna pena, ningún remordimiento. Quizá quiera dominar el tiempo, que a veces imagino como un bucle que vuelve al mismo momento, al mismo lugar. La misma fecha, pero un año después. Si escribiera un libro de ciencia ficción, una falla temporal se abriría en este momento y me llevaría de vuelta al 4 de mayo de 2021, a tiempo para intentar cambiar el curso de los acontecimientos. Quizá simplemente quiera dejar un ramo y hacer justo lo que he escrito en la nota que he deslizado entre las flores: «Querida Chahinez, pienso en ti. N.».

La he tuteado en la nota, soy consciente. Cuando en febrero de 2022 conocí a la abogada a la que Chahinez consultó, Solène Roquain-Bardet, me dijo: «Todo el mundo la llama por su nombre, cuando en realidad poca gente la conocía. Ahora somos todos íntimos, cuando resulta que precisamente era eso lo que le hacía falta».

Pero, cuando trabajo, la tuteo. Digo: «¿Qué hacías aquí?». Digo: «¿Qué te hizo aquella noche?». Digo: «A Emma le pasaba lo mismo, ¿sabes?». Digo: «Sé cómo es, yo también lo he vivido».

Un rato después pasa un coche de France 3. Se para un poco más adelante y una periodista baja con su cámara. Se dirige hacia mí. Yo me levanto rápido, no tengo ganas de hablar. Me fijo en las hortensias. El color ha cambiado a un rosa envejecido, los pétalos se han encogido. Lo que hace unos minutos era un hermoso ramo espeso ahora está mustio, sediento. Probablemente sea por el calor, pero me giro hacia la casa, porque sé que es la culpable, y pienso en sus artimañas, en su atmósfera, su telaraña, su trampa, su veneno. Me alejo sin darme la vuelta.

La tercera vez, su casa es una zona prohibida.

Es el día de la reconstrucción del asesinato de Chahinez, el 24 de mayo de 2023, dos años y veinte días después de su muerte. Cuando el abogado Plouton me informó de la fecha, hace menos de una semana, le dije que iría. No pareció sorprendido, aunque me dijo: «No verá nada, que lo sepa».

Sé que tengo que estar allí, que habrá algo que mirar, que decir, que deducir de ello, aunque sea el azar increíble de las fechas, porque ese 24 de mayo, precisamente, cumplo cincuenta años. Pasaré el día lejos de mi familia, bajo un sol de justicia, detrás de las vallas policiales, pero en pocas ocasiones habré tenido esa sensación de estar en mi sitio, en el momento preciso. ¿Será una señal para mí, que las invoco y las rechazo al mismo tiempo?

Cuando llego a la avenida Carnot, después de coger el tranvía y recorrer el camino que ya casi me es familiar, la calle está cortada por unas vallas metálicas y dos coches de policía. Han puesto unas lonas blancas delante de la casa de Chahinez. No son ni las once de la mañana; creía que llegaba pronto, pero ya hay periodistas. Rodeo la masa de casas hasta llegar al otro lado, a la avenida Pierre-Mendès-France, y allí me encuentro con el mismo despliegue y las mismas precauciones: vallas, policías, vehículos de las fuerzas del orden cortando la calle, tiendas blancas, lonas de protección negras. Un hombre que se presenta como periodista me pregunta si soy de la familia. Me acuerdo de que hace un año, cuando vine a ver la placa junto a los columpios, una mujer se acercó a mí y me preguntó lo mismo. No me parezco a Chahinez, pero por mi cara de extranjera seguramente pueda parecer pariente suya.

Vuelvo a la altura del número 60 de la avenida Carnot, donde están las vallas, y espero. No digo nada, observo, como siempre, todos los elementos de la vida residencial de este barrio, hasta los nombres que les ponen a las casas, y la de al lado del 60 se llama «Uf». «Uf» como interjección o en plan «Uf, por fin tengo la casa de mis sueños», quién sabe. Varios vehículos de la policía científica franquean el cordón. Los periodistas intercambian información de vez en cuando, la reconstrucción va con retraso, han llegado los

abogados, «él» está allí. Él es MB, el marido de Chahinez. A veces solo dicen su apellido.

Yo espero como los demás, miro entornando los ojos, veo a un hombre con un moño, por un momento creo que es MB, pero no, es el fotógrafo de la policía. Por debajo de los vehículos aparcados en diagonal en la carretera se ven los pies de los que pasan, y una mujer lleva sandalias.

Hace sol, se oyen los pájaros piando todo el rato, todo el rato, flores por todas partes, por todas partes, rosas, laureles y a veces un olor a jazmín que viene y va; es un oleaje. Eso me rompe el corazón, no sé por qué. El tiempo se alarga y allí cerca se representa una escena sin banda sonora. Delante de su casa, en la prolongación de las lonas, la gente se afana — veo los pies por debajo de los vehículos —, pero no nos llega ningún ruido. A veces me acerco a las vallas, me pongo de puntillas para intentar ver algo. Los policías me miran sonriendo. Saben que es inútil.

El sol pega aún más fuerte y el silencio se hace aún más denso aquí, detrás de las vallas de seguridad. He encontrado un rincón de sombra, pero mengua a medida que avanza el día. Los pájaros no paran de piar.

De vez en cuando, recibo mensajes de amigos felicitándome por mi cumpleaños. La edad es un privilegio y envejecer es una suerte, dicen. Hace veinticinco años estaba en un coche, acurrucada en el asiento del copiloto, suplicándole al hombre que decía amarme que no me matara. No, no le dije que no me matara. «Matar» es una palabra imposible de pronunciar cuando es la única que ocupa tu mente y tu cuerpo. Es una palabra que se convierte en tabú a partir del momento en que deja de ser teórica, a partir del momento en que tiene un rostro, un cuerpo, una intención inmediata, un contexto preciso. Le decía: «Para», le decía: «Vámonos a casa», le decía: «No hagas tonterías», le decía: «Perdón», le decía: «Lo siento».

¿Habría habido alguien que se acordara de mí hoy si no hubiese salido viva de aquel coche y de aquel paseo funesto por la noche? ¿Habría habido alguien que viniese a sentarse delante de mi casa?

¿Alguien se habría acordado de que me gustaba leer e ir a la playa y comer bocadillos de queso? ¿Alguna persona me habría conservado, viva, en su corazón?

Algunos vecinos se acercan a ver qué pasa y se indignan ante «tanta protección y tantos medios para ese tío». Con su cámara con teleobjetivo, el fotógrafo del periódico *Sud-Ouest* ametralla regularmente la escena, a más de cien metros de nosotros, detrás de las lonas y los coches. Es estoico; está muy concentrado; sus movimientos son parcos. Dudo que pueda hacer fotos en esas condiciones, pero de repente exclama: «¡Lo tengo!». Todos los periodistas se acercan a mirar y lo felicitan a voces. El fotógrafo recoge sus cosas tranquilamente y se va. Al día siguiente, su foto ilustra el artículo del *Sud-Ouest:* MB pasa entre dos lonas. Está calvo, va rodeado de cuatro policías. Está esposado y lleva un chaleco antibalas. Lo miro durante mucho rato; es más bajo de lo que yo pensaba; su rostro, de perfil, es banal, ordinario.

Oigo las conversaciones de los periodistas que hablan de Chahinez (ellos también la llaman solo por su nombre de pila); utilizan la palabra «feminicidio» con regularidad, pero noto la distancia periodística (y sana) con «la víctima»; comprendo que se preocupan por «cubrir el caso», por tener un artículo para el periódico de esa noche, una cuña para la radio, una fotografía para el periódico. Después de la marcha del fotógrafo, la excitación remite y vuelve el sopor. Yo no me he movido de mi trozo de acera.

Por primera vez desde hace dos años, tengo la sensación de conocer a Chahinez de otro modo que no es por todo lo que se ha escrito sobre ella desde su muerte. Pienso en su rostro enmarcado por el pañuelo, en su sonrisa, en su pintalabios rojo. Pienso en sus cojines rosas, en sus pasamanerías, en sus alfombras de colores. Me la imagino en su cocina, preparando platos deliciosos. Me la imagino en su salón, escuchando música, grabando a sus hijos cuando van al colegio y llamándolos «mi amor, cariño mío». Pienso en lo que le decía a Anne cuando buscaba trabajo: «Yo no quiero ser una muerta de hambre».

Quizá sea eso lo que necesito sentir hoy aquí, esta distancia que disminuye entre ella y yo, entre los muertos y los vivos. Siento que guardo un secreto, el secreto de lo que ella fue, su deseo de una vida tranquila y feliz con sus hijos, entre las paredes de esta casa, y que estuvo a punto de conseguirlo.

En torno a las dos de la tarde, vuelvo a estar junto a las vallas. Otro vehículo de policía avanza y, cuando pasa por delante de mí, veo un muñeco en el asiento trasero. Tiene los pies apoyados contra la ventanilla. Se me corta la respiración. Ese es su papel hoy, el del muñeco, tiene que interpretar a Chahinez Daoud, hacer de presa, de perseguida, de caída, de suplicante, de rociada de gasolina, de inmolada, de quemada viva, de muerta.

También es eso lo que hay que sentir hoy, aquí, esta verdad que llega como una tela rasgándose, una escena sin sonido, como atravesando un espejismo. Se parece a los segundos de antes de que todo cambie, los disparos que revientan lo bonito, lo coqueto, la vida tranquila de los chalés al sol.

Me quedo todo el tiempo que puedo. Hasta después de que termine la reconstrucción, de que se vaya el vehículo penitenciario, después de la policía científica, después de los abogados. Me quedo hasta que un policía viene a pedirme que me identifique.

La cuarta vez, su casa es una concha vacía.

Tres años y tres días después del drama, el 7 de mayo de 2024, la inmobiliaria D. abre la casa y la pone a disposición de los Daoud durante unas horas para que estos puedan recoger las cosas de su hija. La instrucción se ha cerrado, la casa ya no está precintada y la empresa D., que también es parte civil, desea hacer reformas y sacarla al mercado.

He llegado esa misma mañana de París, donde vivo ahora. El clima es otoñal para ser mayo; un cielo gris tórtola acentúa el silencio del barrio residencial. Pero esta vez, al bajarme del tranvía, tengo prisa por llegar a la casa cuya fachada me sé de memoria, tanto que podría dibujarla con los ojos cerrados, pero cuyo interior

es un misterio total. Tengo autorización de los padres para «asistir» a la apertura de la casa. Están los dos hijos mayores de Chahinez, y también Daniel y Anne, sus antiguos vecinos de al lado, que se mudaron tras la muerte de ella. Su generosidad y su bondad para con la familia Daoud son excepcionales.

Digo «asistir» porque no tengo la palabra exacta para calificar mi presencia aquí esta mañana. No quiero molestar, no quiero ser un buitre que da vueltas alrededor de esta desdicha. Siempre me pregunto cómo comportarme en este tipo de situaciones, cómo hacerme lo más pequeña y lo más silenciosa posible, no invadir una pena que no es mía, no ocupar un lugar que no es mío, pero, después de tres años, tengo curiosidad por descubrir la casa de Chahinez, por ver ese «interior» del que tanto me han hablado, del que tanto se preocupaba y que reflejaba su personalidad alegre, coqueta, femenina, moderna.

Pienso en este interior como un adentro. «El adentro es el adentro de la piel de uno. El afuera es todo lo demás», escribe Lacan. Imagino que este adentro se me aparecerá sin ninguna representación ni cliché social y cultural. Sin esa identidad que se le atribuyó tras su muerte: la madre joven, la pobre mujer maltratada que quería vivir como una francesa, la que quería llevar *leggings,* pero llevaba velo.

La casa está en mal estado por culpa del incendio que provocó MB después de matar a Chahinez; ha sido okupada en varias ocasiones, pero yo pienso en los objetos elegidos, comprados y colocados por Chahinez en esta casa, cerrada desde hace tres años. ¿Qué habrán absorbido en todo este tiempo? ¿Cómo se refleja en ellos la violencia? ¿Qué cuentan? Si mañana los vendieran a un anticuario, ¿se convertirían en objetos anodinos? A veces, tengo un pensamiento fugaz que ahuyento enseguida: quizá sienta su presencia, como una sombra por el rabillo del ojo, como un escalofrío por la espalda, como una brisa en la cara.

Mis pensamientos están desbocados a pesar de mi cuerpo inmóvil y silencioso, que espera ante la casa. Ahora hay una reja de metal

tapando la ventana de la planta baja. Me fijo en el árbol, que ha reverdecido, que se ha emplumado, esa es la palabra. El sauce enano que hay junto al muro está en flor, magnífico. Parece que el invierno se ha marchado de esta casa tres años después. Ya no está congelada en su desgracia. Como escribe Barbara Kingsolver, «ninguna pena es tan grande como para detener el mundo».

La madre de Chahinez está apoyada en el muro junto a la puerta de entrada y las lágrimas le corren por el rostro. El padre de Chahinez está de pie en la acera, a mi lado, con gesto conmovido. Los dos niños están delante de la puerta, impacientes, y el mayor le dice a su abuela: «Yo conozco bien la casa, no te preocupes». También hay dos responsables de la inmobiliaria; parecen esperar alguna señal o a otra persona, no sé. Nadie se atreve a decirles nada. Malika me pregunta cuándo se publicará mi libro. Su frase exacta es: «¿Cuándo sale tu libro sobre mi madre?». Le contesto que no lo he terminado aún. Ella me sonríe. A las once pasadas, abren la casa. La madre de Chahinez le hace una seña a su marido para que se acerque; él contesta: «No, aún es pronto», y se pone las gafas de sol.

Los niños entran primero, sin miedo, y, cuando la madre de Chahinez los sigue, se pone a gritar: «¿Es el asesino quien destrozó todo esto? ¿Es el asesino quien hizo esto?».

Me tiemblan las piernas cuando cruzo el umbral de la casa de Chahinez. El incendio estropeó buena parte de la planta baja. Los muros están negros de hollín, el garaje está totalmente destruido, una parte del techo se sostiene ahora con unas vigas. Los cristales están rotos, pero no sé si es por el fuego o por los okupas. Todo o casi todo está roto, revuelto. Hay cascotes por todas partes, como si hubiese habido una explosión. En la cocina, los muebles están arrancados de los goznes, la campana cuelga de un simple tubo. Tan solo la televisión y la nevera están intactos. Veo las tres mariposas bajo la escalera, congeladas en pleno vuelo, en una pared devorada a medias por el fuego. Sobre la puerta que separa la cocina del salón hay un gran vinilo con la forma de la torre Eiffel. Algunos

cuadros aún cuelgan de las paredes, otros yacen en el suelo, rotos. Por todas partes hay lámparas, cuadros, flores de plástico en un jarrón, velas, todo cubierto de hollín, quemado en parte, con ampollas, a veces roto. El suelo está lleno de trozos de madera, de esquirlas de cristal. Los efectos del saqueo de la casa y los del incendio se superponen, se entremezclan. Sobre la mesa, en un rincón, hay un montón de cojines. Son rosas, con lentejuelas, con flecos, y están cubiertos de hollín. Pienso en todo lo que me han contado sobre la casa y me entran ganas de llorar.

«Se podía comer en el suelo de lo limpia que la tenía. Había un montón de cojines. No era lo que se dice minimalista: adoraba las borlas, los perendengues, los adornos, las cosas brillantes. Había pegado tres mariposas debajo de la escalera que representaban a sus tres hijos. En las paredes tenía colgados un montón de cuadros bonitos; uno era de La Meca. Había flores, velas, alfombras y también baratijas que le gustaban pero que no servían para nada. Se le daba muy bien cocinar y recibir invitados».

No solo su marido la mató y luego le prendió fuego a esta casa que a ella tanto le gustaba, sino que después la vandalizaron los okupas y los ladrones; mancillaron su memoria. Todo esto me parece una profanación, porque soy consciente de que este lugar ha adquirido una dimensión un poco sagrada para mí. Con todas las veces que he venido aquí, que me he parado delante de esta fachada tratando de buscarle un sentido, de leer en ella el relato de Chahinez; con todas las veces que he intentado descifrar su inmovilismo, su silueta grande y quemada, he acabado convenciéndome de que esta casa guardaba un secreto, una presencia, algo mágico que se revelaría tarde o temprano.

Pero esta mañana, abierta, la casa resulta ser una concha vacía.

Los padres y los niños suben al piso de arriba. Preguntan si alguien tiene una linterna. Entonces subo yo también, con la luz del móvil encendida.

Los sigo con el brazo estirado, alumbrando el interior de los armarios, el desorden del suelo. Está todo hecho un desastre. Todo

está boca abajo. Quiero irme, salir de este lugar, buscar a Chahinez en otra parte, pero soy la única que tiene un teléfono con linterna. Así que me quedo, no digo nada, no dejo ver nada de lo que siento; tampoco ayudo a buscar, pero obedezco cuando me dicen: «Aquí, más abajo, más alto, no te muevas».

El mayor me enseña los dormitorios, con sus nombres en las puertas.

Los padres están destrozados, escandalizados, conmovidos, pero no dicen nada. A veces nuestras miradas se cruzan y sabemos que estamos todos lastrados, cada uno a su manera, por nuestra existencia, más vulnerables que nunca.

Hoy los niños son los adultos. Dirigen la mañana con su determinación, su inocencia, su alegría. Sí, su alegría de volver a ver su casa, sus cosas y un poco a su madre. Recogen todo lo que reconocen, todo lo que les cabe en las mochilas. Donde yo veo cosas que podrían tirarse a la basura, ellos ven lo que su madre tocó, lo que se puso. Donde yo veo objetos sinónimo de un horror y de tres años de oscuridad, ellos ven recuerdos. Un zapato de tacón, un estuche de maquillaje abierto, una prenda negra de hollín. Los niños dicen: «¡Anda, el zapato de mamá!», «¡Hala, el maquillaje de mamá!», «¡Mira, es el jersey que tanto le gustaba a mamá!».

Mamá aquí, mamá allá, mamá en todas partes.

Más tarde, acabo sola en la cocina. Les he dejado el móvil a los niños arriba. Aquí entra un poco de luz natural.

«En casa de Chahinez se podía comer en el suelo de lo limpio que estaba. Era una cocinera excelente».

Me quedo allí, la llamo desde mi corazón, pienso en ella, pero no pasa nada.

Entonces me doy cuenta de que no hay ningún olor. Es una casa cerrada desde hace tres años, una casa medio carbonizada, una casa okupada, visitada, desvalijada, pero no huele a sucio, ni a humedad, ni a cerrado, ni a quemado. Quizá sea eso el verdadero vacío, la verdadera ausencia.

En su libro *En la casa de los sueños,* Carmen Maria Machado escribe[4]:

> Saco esto a colación porque es importante recordar que la casa de los sueños es real. Es tan real como el libro que sujetas entre las manos, aunque significativamente menos terrorífico. Si quisiera, podría darte la dirección para que fueses hasta allí en tu propio coche, te sentases ante ella e intentases imaginar las cosas que han ocurrido en su interior. No te lo recomendaría. Pero podrías hacerlo. Nadie te detendría.

Saco el cuaderno y dibujo la planta baja y el primer piso. Hago un plano de las habitaciones y de la disposición. No dibujo el caos, el desorden. Las líneas son rectas y no tiemblan. En mi cuaderno, es una casa de los sueños y puedes imaginarte viviendo en ella.

---

[4] Carmen Maria Machado: *En la casa de los sueños.* Barcelona: Anagrama, 2021, trad. de Laura Salas. *(N. de la T.)*

Hábitos de comportamiento

> Al principio, dibuja grandes círculos concéntricos de observación, seguidos de ataques frontales y acercamientos cruzados (…). Tú serás el punto central de sus abordajes y volverá a establecer contacto sistemáticamente por todos los medios posibles, ensañándose e insistiendo. (…) Vuelve a mostrar su superioridad territorial mediante el lenguaje corporal. Es mejor abandonar la zona sin perder mucho tiempo, antes de que se vuelva demasiado inquisidor. Guardar la distancia máxima y no recular nunca. También hay que mantener la posición vertical, el contacto visual y reaccionar lo menos posible a los acercamientos.

El sujeto de este texto podría ser el albañil MB, el poeta HC, el chófer RD.

Esos círculos concéntricos de observación podrían ser una metáfora de cómo te va aislando poco a poco de tu entorno: los amigos, los compañeros de trabajo, los vecinos, la familia, los hijos. Es una labor de desgaste gradual: tu forma de vestir, tu salud mental, tu libre albedrío, tu capacidad de tomar decisiones. Este desgaste va acompañado, de vez en cuando, de operaciones de seducción: habla bien, es guapo, es educado, es brillante.

Los ataques frontales serían los primeros empujones, las primeras bofetadas, los insultos disimulados, las humillaciones.

Los acercamientos cruzados serían sus diferentes estrategias de vigilancia: te mira el móvil, va a buscarte al trabajo sin avisar, escucha tus conversaciones, te sigue, se esconde entre arbustos, en coches, en recodos, te acecha. Te dice que se va a trabajar, pero vuelve un cuarto de hora después. Te dice que se va a hacer la compra, pero vuelve sobre sus pasos; quiere saber qué haces en su

ausencia, quiere saber quién eres cuando él no está. Tiene todo el tiempo del mundo, te mira hasta mientras duermes.

Los acercamientos cruzados serían también los silencios pesados como el hormigón que te impone (sus últimas palabras antes de dejar de hablarte suelen ser «ya sabes lo que has hecho»), los arrepentimientos expresados a golpe de regalos y de palabras bonitas, los paréntesis en los que vuelve a ser el hombre del que te enamoraste y en los que te convences de que tiene la intención de cambiar, de que puede cambiar, de que está cambiando, y dura una semana, dos semanas, a veces un mes entero.

Cuando eres el «punto central», suele ser demasiado tarde. Estás rodeada, has caído en la trampa, estás atrapada en su red y ya no hay tregua. Tu entorno está harto de tus problemas (les has prometido muchas veces a tus amigos, a tu familia, que lo ibas a dejar; te han consolado, te han escuchado, a veces te han ayudado a hacer las maletas, pero ahí sigues, con él, y ya no le cuentas nada a nadie). Estás sola, terriblemente sola, estás agotada. Se vuelve «insistente», se «ensaña».

Su «superioridad territorial» se ejerce a tu alrededor, porque su territorio eres tú. Le perteneces. Tu cuerpo, tu piel, tus curvas, tus órganos, tus fluidos, tus movimientos, tu pelo, tu vientre, tu vagina, tu culo. Tu mente, tu cerebro, tus pensamientos, tus sueños. Tu boca, tu lengua, tus palabras, tu cuello, tu cuello, tu cuello.

Su «lenguaje corporal» ya te lo sabes de memoria y, cuando se acerca a ti, te pones a sudar de inmediato, por todo el cuerpo, desde el cuero cabelludo hasta la piel lisa de entre los dedos de los pies.

Si abandonas «la zona», tienes que asegurarte de que no te encuentre, porque no lo soportará, puesto que ha confundido vuestras existencias, porque no te ha poseído por completo. Si le das la espalda, si interrumpes el contacto visual, te estrangulará, te pegará, te atropellará con el coche y pasará por encima, te disparará dos balas a los muslos, te inmolará, te borrará de la superficie de la tierra.

El sujeto de este extracto de un artículo no es un albañil, ni un poeta, ni un chófer. El sujeto no es un hombre. El sujeto es un tiburón, y este pasaje pertenece a un artículo acerca de los comportamientos y acercamientos del escualo.

Cuarta parte

1

A lo largo de estos años, he tenido que explicar muchas veces mis intenciones para que la gente aceptara hablar conmigo. A los abogados, a la familia de Chahinez y a la de Emma, a las personas que las conocían, a algunos amigos que me conocían a mí cuando vivía con HC. Tengo que ser clara, sucinta, sensible. No puedo decirle lo mismo a la madre de Emma que a las abogadas de MB (quienes, por cierto, se negaron a concederme una entrevista; quizá no dije lo que querían oír, quizá notaron mi sesgo, quizá no fui lo suficientemente clara al exponer mis intenciones).

Se me hace un nudo en el estómago de la angustia cuando me toca hacer eso: explicar lo que tengo intención de hacer. Intención literal, intención metafórica, intención literaria, intención que me supera.

¿Por qué alguien mata a su mujer o a su exmujer? ¿Por qué algunos hombres no soportan que los dejen? Que te mate la persona que dice amarte. El vínculo entre Emma y Chahinez y yo. La violencia dentro de la pareja. El engranaje que es esa violencia. Las redes que nos aprisionan, que nos aprietan. La fina línea que separa amor/dependencia/sometimiento. Correr para huir del hombre. El miedo de los últimos instantes. El miedo que las mujeres les tienen a los hombres. Miedo a su padre, miedo a su marido, a su hermano, a su tío, a su primo, al hombre que va por la calle. Quedar reducida a la nada, al silencio, a pesar de toda su educación y sus estudios y sus palabras y su ambición de emancipación. Convertirse en una presa. No descansar en paz. La justicia, la reparación, los contornos

de los fantasmas. Comprender con exactitud cómo fueron los últimos instantes.

Descubro, gracias a un estudio de la investigadora Jacquelyn Campbell, especialista en violencia de género en Estados Unidos, que en el sesenta por ciento de los casos de asesinato dentro de la pareja las víctimas son, en un momento dado, estranguladas. Descubro que el fuego se utiliza a menudo para «rematar» el trabajo.

Visito con regularidad la web feminicides.fr, donde se lleva una cuenta de los feminicidios perpetrados por parejas o exparejas desde 2016 en la Francia metropolitana y en los territorios de ultramar. Cuando entro en esa web, me encuentro en un abismo doloroso de nombres, de rostros y de formas de morir en el que caigo. Necesitaría una vida entera para escribir sobre cada una de ellas, aprenderme de memoria sus nombres y apellidos, sus esperanzas y sus sueños. Son cientos y nos miran.

Balbuceo. Dudo. Avanzo a tientas. Tiro de los hilos. Estudio documentos durante horas hasta que me duelen los ojos, hojeo sin saber qué busco, escribo como quien tapa un agujero, escribo como quien crea un vínculo.

2

Qué fue esa noche para Emma, eso nadie lo sabrá con exactitud. El sabor y las promesas que llevaba consigo aquella noche de verano cuando cayó sobre la casita de la localidad de S., en isla Mauricio, y cómo los envolvió, a los cinco, con su tibieza y su inocencia, a Emma, a su marido y a sus tres hijos. La cena en familia, las duchas, el cepillado de dientes y los tres niños a la cama. Las palabras intercambiadas, las cosas dichas y las cosas calladas. Fuera, los ojos de los perros se encienden, las estrellas brillan en racimos en el cielo, la naturaleza camufla sus colores.

En qué momento aquella noche dio un vuelco para Emma, eso nadie lo sabrá con exactitud. Cómo luchó, cómo corrió aquella noche, sus últimos pensamientos, sus últimas palabras, su miedo y su rabia y su pena inmensa; todo eso será imposible de restituir.

Habría que poder escribir aquella noche de diciembre de 2000 con la misma exactitud que si la examinásemos al microscopio. Extraerla con delicadeza del pasado, colocarla sobre una platina, estabilizarla con una placa y ponerla bajo un objetivo potente e implacable. Así no habría ninguna zona de sombra, ningún olvido, ninguna negligencia.

Habría que poder escribir aquella noche de diciembre de 2000 con tanta precisión como si examináramos la secuencia de una película, escena a escena, movimiento a movimiento, gesto a gesto. Así veríamos la expresión de los rostros y la postura de los cuerpos, la ira, la determinación, la sorpresa, la súplica, la crueldad, el miedo, la indiferencia, la vida que se va, la muerte que congela.

Habría que poder escribir aquella noche de diciembre de 2000 con tanta atención como si escucháramos una banda sonora. Así tendríamos las palabras exactas, las frases completas, las entonaciones, las inflexiones, las modulaciones. Así tendríamos todos los ruidos de aquella noche y, sobre todo, estos inimaginables, insoportables: el coche colisionando contra el cuerpo, las ruedas pasando por encima de este y el silencio negro.

Pero, después de más de dos décadas, este fragmento de noche parece una muestra comprometida por el tiempo, el silencio y las voces de los vivos, una serie de imágenes mohosas por llevar demasiado tiempo a oscuras, una transmisión con interferencias.

3

Aquella noche contiene tantas noches como verdades.

La primera es como un suceso. Un domingo de diciembre del año 2000, muy temprano, encuentran el cuerpo de una mujer de unos treinta años en una zanja. Cuando los policías de la comisaría más cercana llegan al lugar de los hechos, deducen, por la postura y las lesiones del cadáver, que la víctima ha sido atropellada por un vehículo. La investigación se desarrolla con rapidez. La mujer es identificada. El vehículo — un sedán grande — es localizado en el desguace más cercano y no es otro que el marido de la víctima quien lo ha dejado allí esa misma mañana. Los policías detienen al hombre, RD, a mediodía, y él confiesa a lo largo de la jornada. Sospechaba que su mujer lo engañaba y, en un acceso de cólera, decidió acabar con ella. La siguió en coche al alba mientras ella corría y la atropelló. Se llamaba Emma.

Este suceso ocupa la primera plana de los periódicos durante varios días, pero, a pesar de todos los ingredientes que podrían darle la dimensión de «caso» que suele gustar al público mauriciano, desaparece muy rápido. En una isla tan pequeña, donde los asesinatos son poco frecuentes, donde los secretos nunca se guardan durante mucho tiempo, donde los periodistas están bien informados, esto es relevante. La familia es discreta, no habla con los periodistas, no comparte ninguna fotografía personal, y los tres hijos de la pareja reciben protección inmediata. La identidad del marido no se filtra, el hecho de que haya matado a su mujer con un coche oficial del ministerio donde trabaja nunca sale a la luz. Emma, en los artículos, ya solo existe a través de su horrible muerte:

atropellada por su marido, abandonada en una zanja. Su reputación queda mancillada por lo que en teoría ha provocado este final: su aventura con otro hombre.

La segunda noche es la versión que aflora rápidamente en cuanto se raspa un poco el barniz del suceso. Es una historia cuya perspectiva sigue marcada por la del vivo, el marido. Es una mezcla heterogénea de los elementos que han empujado a un hombre a matar a su mujer: el amor que ha dejado de ser recíproco, el adulterio, los celos, el cansancio, la falta de juicio, el ataque de locura, la fatalidad, el destino, como les gusta decir en esta isla. Es la versión que menos hiere al asesino. Es la que introduce el argumento de la inversión, atribuyéndole una parte de la responsabilidad del crimen a la mujer que es víctima de él. Es la versión que dibuja a un hombre loco por culpa de la mujer que ama, es el crimen «pasional». Es la historia que hace que la familia de Emma siga encogida, más de dos décadas después, por el miedo al escándalo, y que Emma esté casi borrada de los recuerdos, de la memoria familiar.

Esta versión cuenta que una enésima disputa estalló el sábado por la noche, cuando los niños ya estaban acostados. La pareja estaba mal desde hacía varios meses. RD acusa a Emma de engañarlo, de amar a otro hombre, de querer dejarlo, de no ocultarlo. Nadie sabe lo que Emma le dijo aquella noche, nadie sabe exactamente qué significa esta «disputa», si la empuja, si le pega, si, y cómo, se defiende ella. Esa noche, RD ha decidido matar a la mujer con la que se casó hace doce años y con la que tiene tres hijos.

Como todos los domingos, ella se levanta al alba para salir a correr. Está sola, sigue el mismo itinerario desde hace meses, hacia la montaña, al Corps de Garde. RD espera unos minutos y luego se sube al coche, un bonito sedán donde suele llevar a ministros y altos cargos, y la sigue. En una cuesta, más adelante, acelera, choca de frente contra su mujer y la arrolla. Después, vuelve a casa y espera tranquilamente a que se haga de día para llevar el coche a un taller.

Unos paseantes encuentran el cuerpo sin vida de Emma en una zanja y llaman a la policía. Los agentes detienen a RD a última hora de la mañana, después de encontrar el coche abollado en el taller. Él no opone resistencia y reconoce los hechos ese mismo día. Lamenta sus actos, habla del carácter promiscuo de Emma y de una especie de acoso moral que lo habría empujado a esto. En el juicio penal, RD dirá que su mujer convirtió su vida en un calvario. Se presenta como una víctima

En esta versión, Emma muere tres veces.

La primera vez, bajo los neumáticos del coche de su marido.

La segunda vez, muere por el borrado casi instantáneo del que es objeto. Nadie la defiende, sus hijos son demasiado pequeños y su familia calla por el *shock,* la pena y, reconozcámoslo, la vergüenza. Es una muerte escandalosa, que genera ruido, que da que hablar y que no es del gusto de esta familia tradicional, educada y discreta. La Emma a la que todo el mundo quería, la hermosa mujer de risa cristalina y voz angelical, la cocinera sin par, la joven madre alegre y tierna, esa Emma ya solo existe en sus corazones. Fuera, solo subsiste la Emma promiscua y un poco tirana que pintan los periódicos y RB. Este último, en consecuencia, se convierte en un marido-víctima, un pobre hombre superado por su ira, que se arrepiente de lo que ha hecho y ahora llora a su mujer.

Emma muere por tercera vez el día de su funeral. Ese día, por quién sabe qué artimaña, por quién sabe qué ignorancia, por quién sabe qué sumisión, por quién sabe qué siniestra inversión de los hechos y de las responsabilidades, su asesino obtiene el permiso para salir de la cárcel y asiste a la salida del cuerpo de Emma.

Me gustaría escribir que lo insultaron y le escupieron; me gustaría describir cómo tuvo que huir de las pedradas y que después, en la calle, no quedó ni una sola piedra, ni un guijarro. Me gustaría reproducir la cacería de la que fue víctima y que resonó durante muchísimo tiempo. Lo perdonaron a la implacable luz del día.

La tercera noche es como una frágil reconstrucción de un puzle en el que algunas piezas han desaparecido para siempre. Es una reconstrucción que inicio a principios del año 2022 y cuya complejidad no acierto ni por asomo a imaginar. Tengo a mano dos artículos de 2006, el año del proceso penal de RD. En un periódico, aparece en primera plana una fotografía de él en el juzgado, a modo de sello, en la esquina superior derecha, y otra, más grande, ilustrando el artículo. Está esposado, rodeado de policías. Ha pasado casi seis años en la cárcel, pero no lo veo cambiado. Es el mismo hombre con el que me cruzaba a veces por las calles de Port Louis, en los años noventa, con la cara redonda, saludable, con los ojos brillantes de color avellana, «marrones marrones», como dicen los mauricianos. En la foto, tiene la boca entreabierta, como si fuera a sonreír, como si estuviera a punto de decir algo. Cuando digo que no ha cambiado, me refiero a que no parece marcado por los años entre rejas; incluso se le ve algo más gordo de cara. No es un hombre físicamente transformado por el hecho de haber matado a su mujer, la madre de sus tres hijos. En la reconstrucción del crimen de Chahinez, cuando el fotógrafo del periódico *Sud-Ouest* le hizo la foto a MB y algunas personas se acercaron a mirar, Noor, la amiga de Chahinez, que estaba allí, dijo: «Anda, pues se le ve bien». Eso es exactamente lo que pienso cuando veo la foto de RD en el periódico. Lleva una chaqueta azul cielo y una camisa de flores. «Pues se le ve bien». ¿Qué hombre que ha matado a su mujer decide, el día del juicio, vestirse como si fuera a salir de noche?

Los artículos son bastante breves, deslavazados, poco instructivos, y uno de ellos incluso tiene una contradicción. Empieza diciendo: «La mujer sale a correr por la mañana […] él la sigue», y más adelante esta otra frase: «Luego Emma salió del domicilio conyugal huyendo de su marido celoso». En apenas doscientas palabras, el artículo plantea dos pistas diferentes: Emma sale a correr, como todos los domingos, y Emma huye corriendo de casa.

Se citan dos extractos del testimonio de RD ante el juez, entrecomillados y en cursiva. Son declaraciones en contra de Emma,

que al parecer convirtió su vida en una «pesadilla», y otras en las que expresa su arrepentimiento. Un periodista tiene la siguiente ocurrencia: «El amor y los celos en exceso no hacen buena pareja». RD es condenado a doce años de prisión.

Paso parte del verano de 2022 en isla Mauricio. A mis padres les he dicho que estoy investigando sobre la violencia doméstica y que estoy interesada en el asesinato de Emma. Me hablan de otros sucesos que no conozco y de los que se han enterado por los periódicos. Me enseñan un estudio sobre la violencia doméstica. A veces, por las noches, en el saloncito donde nos reunimos después de cenar, me pregunto si debería avisarlos de que también voy a escribir sobre eso de lo que nunca hablamos ellos y yo. El sometimiento en el que caí presa a los diecisiete años, esa relación que guardé en secreto hasta la ruptura brutal con ellos cuando tenía diecinueve, la vida que llevé durante seis años, los motivos por los que me alejé tanto de ellos, los motivos por los que volví. Soy consciente de que he utilizado el verbo «avisar» como si este libro fuese un peligro, algo que pudiera explotarles en la cara y de lo que deberían protegerse.

Cuando regresé a casa con ellos, en mayo de 1998, estuvimos viviendo juntos los cuatro, otra vez, solo durante unos meses; luego mi hermano se fue a estudiar fuera y yo me marché a vivir a Francia. Aquellos meses fueron dulces para mí, allí con ellos; hice mío su ritmo tranquilo, en el seno de su casa grande y luminosa y de su jardín florido. Recuerdo que la primera noche mi madre había hecho pasta y, después de dar dos bocados, me levanté con el plato y me eché a llorar. Tenía ganas de vivir, pero también tenía muchísimas ganas de dejar aquella vida que no se parecía a nada, aquel cuerpo que pesaba tan poco y aquel corazón que pesaba tanto. Mi madre me quitó el plato de las manos, me secó las lágrimas con los dedos y me dijo, bajito, en criollo: «Coumsa mem sa».

Es difícil traducirlo con exactitud, aunque esas palabras significan literalmente «estas cosas son así»; pero, con la voz y la entonación

de mi madre, decían: «Entiendo por qué lloras», y también «Es normal», y también «No pasa nada por llorar», y también «Sé que estás sufriendo».

A menudo esperé una pregunta, un comentario, un reproche en referencia a aquellos años de dolor, pero nunca los mencionaron. A veces pienso que tengo tres vínculos con mis padres, como si yo misma fuese tres personas distintas. Hay un primer vínculo que va desde el nacimiento hasta el día que me fui de su casa. Hay un segundo vínculo, discontinuo, duro, sombreado, durante los años que pasé en aquel agujero, y hay un tercero que nació el día que volví a casa y que es el que sigo teniendo ahora. Intenté, como un electricista, reconectar el primer hilo con el tercero, y durante mucho tiempo fingí que el segundo no existía o que se había quemado, fundido, desaparecido. Pero sé de sobra que no, que estos vínculos son como nudos entre nosotros. Este libro no va sobre esos nudos, pero a veces todo me parece inextricable y habría preferido no meterme en este lío. Avanzo sin hacer ruido con la esperanza de encontrarle un sentido a este relato triangular; escribo a oscuras, a tientas, intentando hallar hilos perdidos, dándome de bruces con el tiempo, con el silencio.

Me gustaría avisarlos, pero también pedirles permiso, autorización, su bendición. ¿De verdad me han perdonado?, ¿me seguirán queriendo después de este libro?, ¿es un desafío ser los padres de una hija como yo? A menudo, cuando estoy con ellos, pienso que, si me doy la vuelta de forma repentina, me encontraré con mis tres sombras.

4

En isla Mauricio, el verano de 2022, vuelvo a ver a Maya, una de las sobrinas de Emma, con la que me llevo muy bien. Le cuento mi deseo de ver a la madre de Emma y ella concierta una visita. Si hay alguien que puede hablarme de Emma, incluso veintidós años después de su muerte, es su madre. No sé muy bien qué le voy a contar de este proyecto; sé que tengo ganas de volver a encender el recuerdo de Emma, sus rasgos, igual que se intenta encender una vela seca. Una persona no muere del todo hasta el momento en el que ya nadie se acuerda de ella, ya nadie pronuncia su nombre. Por eso, a menudo, pienso en ella, la invoco, rebusco en mi memoria para sacarla de allí.

Solía verla en las bodas, en los cumpleaños, en las ceremonias religiosas. Emma era una de esas personas que se dirigen siempre a los demás empezando por su nombre. «Nathacha: ¿cómo estás?», «Nathacha: ¡has venido!».

Mi primer recuerdo de un momento con ella se localiza en casa de sus padres, en Beau Bassin. Me llevó mi abuela y me dejó allí porque tenía que ir a ver a no sé quién; mi abuela, que era increíble, tenía una agenda de ministra. La casa es muy linda, está muy limpia, hay muchas plantas verdes dentro y un jardín florido fuera. Huele bien, a jabón. En las paredes hay cuadros de paisajes de isla Mauricio. Son reproducciones con los colores saturados: el azul del mar es eléctrico, el rojo de los hibiscos es sangre, el amarillo del sol es fuego. En la puerta, nos descalzamos y el suelo bajo mis pies está fresco. La casa por dentro es tranquila y un poco anticuada. Estoy sola con Emma, que me cuida y es muy buena conmigo. Me parece

particularmente guapa, tiene un aire élfico y delicado, rasgos finos, cejas espesas, arqueadas, y una melena densa recogida en una trenza. Sonríe mucho, me pregunta qué me apetece hacer y a mí me apetece jugar. Jugamos al escondite por la casa y, cuando se ríe, lo hace de un modo sincero y travieso. Me enseña su habitación y me pruebo una falda suya, de un azul real con pedrería bordada en el bajo. Me gusta muchísimo este momento, porque Emma es adolescente y, por norma general, a mis primas adolescentes no les gusta que ande detrás de ellas. Tengo nueve o diez años, soy un poco torpe, parlanchina, curiosa, y, como a todas las niñas de mi edad, me fascinan las chicas mayores que yo, que parecen saber cosas de la vida aún inaccesibles para mí; esas chicas que ya han abandonado definitivamente las orillas de la infancia. Un rato después me pregunta si tengo hambre y, por supuesto, yo siempre tengo hambre.

En la cocina, me prepara un bocadillo de *rougaille*. Es una salsa a base de tomates cocidos con cebolla, ajo y tomillo, y es un plato típico de la cocina criolla. Emma hace la *rougaille* delante de mí. Prepara todos los ingredientes y los saltea rápidamente, a fuego fuerte, en una vieja cazuela con el fondo negro. Me pregunta si la quiero con un poco de picante y, como quiero parecer mayor de lo que soy, le digo que sí. Lo hace todo charlando, sonriendo. Estoy muy a gusto. Huelo el aroma de la salsa, que se expande y me hace salivar; oigo el ruido del cucharón de aluminio rozando y golpeando los bordes de la cazuela; veo su destreza cortando, picando, dorando, mezclando. Una maga. Luego corta la mitad de una hogaza de pan redonda, le quita la miga y la rellena con *rougaille,* y, cuando mastico el bocadillo, es una delicia que me chorrea por los dedos, me despierta las papilas gustativas, los ojos me brillan y me pongo a bailar de alegría. Emma se parte de risa.

Hasta su boda, la veo de vez en cuando y siempre le hablo de aquel bocadillo, medio en broma, porque sé que ella es muy buena cocinera, que prepara platos exquisitos, y que hacer una *rougaille* para ella es una bobada. Cuando su padre, que era guía turístico,

llevaba clientes a comer, era Emma quien cocinaba. Pero ella siempre me contesta, con su sonrisa pícara: «¡Pues cuando vengas a verme te hago uno igualito!».

Su boda, precisamente, fue una gran fiesta que duró tres días. Hacían muy buena pareja, RD y Emma, y, según los adultos, era un buen matrimonio, de esos que duran toda la vida y que son un orgullo para la comunidad.

Dos años después, vinieron a tomar el té a casa de mis padres con su primer hijo, un niño. Estaba aprendiendo a andar y recuerdo a Emma radiante, guiándolo con cuidado por los pasillos de la casa, cubriéndolo de besos. Aquella vez, fui yo quien le enseñó mi habitación. Cogí a su bebé en brazos, tenía los mofletes redondos y llenos, y las manitas regordetas y húmedas. Emma se sentó en mi cama y, riéndose, me preguntó si me seguían gustando los bocadillos de *rougaille.* Me pareció que no había cambiado demasiado. Seguía teniendo un aire adolescente y esa risa cristalina, esa bondad, esa atención a los demás, esa forma de hablarte mirándote a los ojos. Iba muy bien vestida, con una falda larga plisada y un jersey; llevaba el pelo más corto, suelto sobre los hombros, un poco ondulado. Creo que estaba todavía más guapa que antes.

Pienso mucho en aquellos momentos, quiero aferrarme a ellos. Quizá, si los evoco con regularidad, adquirirán más precisión; quizá los veré con más claridad y se abrirán a otros momentos, como una planta de la que brotan ramitas nuevas. Cuando pienso en ella, siempre acabo pidiéndole perdón por todos los años en que le di la espalda.

En el coche, mientras cruzamos esta parte verde y residencial de la isla — Vacoas, Quatre Bornes, Rose Hill —, Maya me cuenta que Emma la cuidaba cuando sus padres salían o durante las vacaciones escolares. Cantante sin par, talentosa cocinera, tía adorada. «Era una chica muy moderna». La «modernidad» de Emma sale varias veces de la boca de Maya. Cuando yo era niña, decíamos eso de la gente que vivía de forma insólita en la isla: una mujer con el pelo

muy corto, una mujer que conducía su propio coche, un hombre que limpiaba o cocinaba, una pareja que decidía no tener hijos. En la evocación de aquella modernidad había o bien admiración, o bien cierta reprobación. Cuando una mujer casada era «moderna», eso podía significar cosas muy banales, como mantener la línea, hacer deporte, vestirse a la moda, o más significativas, como montar una empresa o poner su carrera profesional por delante de su familia. Tengo la sensación de que la modernidad con la que se referían a Emma quería decir ambas cosas: se preocupaba por su físico cuidando lo que comía y haciendo deporte, y aspiraba a una independencia económica.

Hasta que estamos a mitad de camino no me doy cuenta de que en realidad vamos a S., a la casa donde vivió Emma, donde pasó su última noche. Después de su asesinato, la casa estuvo cerrada durante años y los niños se fueron con la familia al sur del país. Cuando salió de la cárcel en 2018, RD volvió a abrir la casa y vivió allí durante un tiempo. La relación con sus hijos es complicada, sobre todo con el mayor. Tras su liberación, intentó volver a entablar contacto con la familia de Emma, sus hermanas, sus tías. Mi madre me contó que se sorprendió al encontrárselo una tarde en la puerta de nuestra casa. «Me quedé paralizada al verlo. Sonreía, me habló como siempre, con mucho respeto, como si no hubiese pasado nada. Pero no lo dejé entrar. Le dije que tu padre no estaba y que sería mejor que volviese otro día. Él se marchó y me dejó una cesta de mangos. Pasé un poco de miedo, la verdad».

Poco tiempo después de volver a la casa, RD le prendió fuego. Qué extraña es esta similitud con la historia de Chahinez. RD y MB no solo eliminaron de forma violenta a sus mujeres, sino que también quisieron borrar de la faz de la tierra los hogares que ellas habían construido. MB lo hizo enseguida; RD, que fue detenido aquel mismo día, lo hizo dieciocho años después, a su salida de prisión. ¿Qué era lo que les resultaba insoportable en aquellas casas? ¿Los objetos, las fotografías, la presencia inefable de sus esposas, sus

fantasmas? ¿A qué no conseguían enfrentarse hasta el punto de querer reducirlo a cenizas?

Tras provocar el incendio, RD fue ingresado en un hospital psiquiátrico. Aún sigue allí.

Tengo un recuerdo vago de la madre de Emma, pero uno más preciso de su padre: un hombre siempre muy bien vestido, que hablaba con voz afable, suave y, sin embargo, autoritaria. Era guía turístico en un hotel de lujo y, después de jubilarse, siguió dedicándose a ello por cuenta propia y con mucho éxito. Murió en 2021.

S. es una localidad pequeña que parece haberse librado del bullicio existente en cada cruce de isla Mauricio: las obras del metro, la ampliación de las carreteras, el asfaltado de los caminos, la construcción de centros comerciales y de edificios de apartamentos. Las casas aquí son sencillas, separadas a veces entre sí por huertos. La tierra es muy fértil. A lo lejos, el Corps de Garde lo vigila todo, enorme e imponente.

Cuando llegamos delante del portón de madera castaña, un hombre viene a abrirnos. No lo conozco.

—¿Quién es? — le pregunto a Maya.

—Es Ruben — me contesta ella.

El hijo mayor de Emma, aquel bebé regordete que cogí en brazos, el que estaba aprendiendo a andar, al que su madre cubría de besos. Es en ese preciso instante cuando mido el peso y la inexorabilidad del tiempo que ha pasado desde la muerte de Emma. Es como si me dieran un puñetazo en el estómago; se me parte el corazón, me quedo sin palabras.

Paso dos horas en la casa. Allí está la madre de Emma, una señora mayor y encogida, con la cara hinchada por la medicación, la piel salpicada de manchas marrones, las ojeras oscuras, y que se mueve con dificultad. Y Ruben, atravesado por la pena, con la cabeza siempre alta. También su mujer, que nos sirve té y pasteles. Y su hija de cuatro años, que juega con los niños de Maya.

Son dos horas extrañas. Tengo la sensación de haber venido a pinchar una burbuja de silencio, de dolor y de palabras sin pronunciar. Pregunto la fecha de nacimiento de Emma, la fecha y el año de su matrimonio, pregunto la edad de sus tres hijos en el momento de la tragedia, pero la precisión de los hechos ya no existe. Todo se mezcla en esta casa, incluso la fecha exacta de su muerte, aunque la madre de Emma se acuerda perfectamente del día anterior: la compra en el supermercado con Emma, los niños, que se pararon un rato a jugar en el parque, el pollo que compró, el curry que iba a cocinar, la negativa de Emma a asistir a una boda al día siguiente, su deseo de volver a casa pronto. La señora no habla directamente de su hija casi nunca, pero cuenta todo lo que la rodea, como si el curso normal de la vida (la compra, los niños en el parque, el curry, el pollo, la boda) fuese la prueba de que todo iba bien, de que aquel crimen no podía tener lugar. Intento guiarla con cuidado hacia la infancia de Emma, a cómo se crio, a sus aficiones, a los colegios a los que fue, pero esas certezas ya no existen. «¿Para qué?», parece decirme cuando le hago estas preguntas. Los ojos se le llenan de lágrimas. «Todo iba bien el sábado», me repite, explicándome por enésima vez lo que ocurrió el día anterior, y me doy cuenta de que una parte de esta mujer, a la que llamo, por respeto, abuela, aunque tiene la edad de mi madre, no ha dejado atrás aquel día de diciembre del año 2000, la víspera de la muerte de su hija.

En ese espacio-tiempo, su hija sigue viva, puede localizarla, tocarla, hablar con ella. Puede hacer que ese momento dure cuanto ella quiera, diseccionarlo minuto a minuto. «Todo iba bien el sábado», repite con el cansancio de quien ha verificado algo mil veces, recorrido aquel día mil veces, buscado mil veces un indicio, una palabra, un gesto, una señal que hubiese podido alertarla. Pero no, todo iba bien.

Al imaginar a Emma en el curso normal de la vida, donde la gente hace la compra, pasea, vuelve a casa, cocina, cena, su madre la protege lo mejor que puede. En el curso normal de la vida, hay

bodas felices, saris de seda, joyas doradas en el cuello. En el curso normal de la vida, a tu hija no la persiguen con un coche como si fuera una presa, no la atropellan ni la dejan morir como un perro en una zanja.

Ruben, el hijo mayor de Emma, dice que se le han olvidado muchas cosas, que el *shock* fue inmenso para él. «Eres pequeño, tu madre acaba de morir asesinada por tu padre y te pasas varias horas, rodeado de policías, en una comisaría. Es algo muy impactante para un niño». Este hombre adulto, casado, padre de familia, que trabaja buena parte del año en un crucero, habla muy poco de su madre, pero se acuerda de las palabras que intercambió con su padre aquella mañana.

«Me levanté, le pregunté dónde estaba mamá y él me dijo que había salido a correr. Me sorprendió que no me hubiese despertado para acompañarla. Le pregunté a mi padre qué íbamos a hacer aquel domingo, si íbamos a salir, y me dijo que no, que tenía cosas que hacer. Luego me dio un chicle. Sí, me acuerdo perfectamente, era un chicle de la marca Hollywood».

Se le nubla la mirada con el recuerdo y se levanta para ir a la habitación de al lado a ver cómo está su hija. ¿Pensará en aquel domingo, en apariencia inocente y normal, en aquella chuchería cuya marca, y probablemente también el sabor, aún recuerda? ¿Examinará aquellas horas como su abuela examina el sábado, desde todos los ángulos, hasta la obsesión? ¿Pensará en el interrogatorio en la comisaría, en todas las preguntas que aquellos hombres le hicieron a él, el hijo mayor, que solo tenía once años y que era el que estaba más unido a su madre? ¿Recordará su declaración?

A menudo, Ruben sacude la cabeza mirando al suelo. Estoy sentada a su lado, inútil, impotente.

En esta casa cohabitan de un modo extraño el tiempo pasado (veintidós años, ocho mil diez días) y el tiempo bloqueado (la tarde del sábado que se desarrolla en bucle y en detalle, la marca y el

sabor del chicle). Emma está atrapada en algún lugar entre ambas temporalidades; no puedo alcanzarla: ¿he llegado demasiado tarde?

La conversación es caótica, no se acaban todas las frases, los sollozos llegan sin avisar, unos pensamientos se chocan con otros que apenas llegan a brotar, la abuela interrumpe a Ruben cuando este empieza hablar de sus hermanos para decirle que ponga la televisión.

Es difícil hablar de Emma con Ruben sin hablar de la atrocidad de su muerte, sin mencionar a RD, que es su padre. Es difícil pensar en la forma en que murió sin pensar en la vida que sigue después de ella, perra vida, sucedáneo de vida.

«Emma cantaba muy bien, es la hora del té, discutían mucho, no hacía falta traer regalos, ¿cómo están tus padres, Maya? Emma casi no conoció a su hijo pequeño, su marido quería matarla, ¿cuántos hijos tienes, Nathacha? He reformado por completo la casa y me gustaría construir una planta más, *él* dice que no está bien de la cabeza, no me lo creo, va a llover, me gusta mi trabajo, ahora estoy enferma, no pongas nuestros verdaderos nombres, recuerdo que era muy buena, está loco, no está loco».

Observo esta casa donde hay algunas paredes pintadas, otras aún sin enlucir, una parte del suelo todavía con el hormigón visto, muebles deteriorados, una televisión nueva. Es un ensamblaje de pasado, presente y futuro, de palabras, de llantos, de juegos y de silencio.

Aquí vivió una pareja con tres hijos, aquí hubo peleas, una noche maldita, gritos, una detención. Aquí reinó un silencio que duró veinte años; luego hubo un incendio, una reforma, se hizo una mudanza.

En un rincón del salón, veo un altar con ídolos hindúes y una fotografía de Emma. Ruben me la enseña de cerca y le hago una foto a la foto con el móvil. Luego dejo el retrato sobre la mesa, entre nosotros. Miramos en silencio a la joven. Me gusta verla después de todos estos años. Sin pensar, digo una frase horrible: «No ha cambiado». Nadie enmienda mi estupidez, nadie me dice que esta fotografía fue tomada hace casi treinta y cinco años, pero, durante

unos segundos, me ha parecido que era del día anterior. Durante unos segundos, me imagino otro escenario, un fragmento de otra vida: he venido hoy a su casa a visitarla, con la esperanza secreta de un bocadillo de *rougaille,* como ella me dijo que hiciera hace mucho tiempo. Emma no está, tiene mucho trabajo, su empresa de *catering* funciona muy bien. Alrededor de un té, en su casa, su madre y su hijo mayor me enseñan una foto de ella, sin más, como se hace con una persona que hace tiempo que no ves.

Cuando volví a mi casa, en Francia, imprimí aquella foto y la miro tan a menudo que podría describirla con los ojos cerrados. Emma está de pie, con los brazos a los lados del cuerpo y el rostro ligeramente girado hacia la izquierda. La delicadeza de sus rasgos se me hace tan patente como todas las veces que la vi. Va vestida con un sari de color crema con una cenefa roja ancha, un sari tradicional, de seda, un *kanjivaram,* quizá, y una blusa a juego, varias pulseras en las muñecas, una mezcla de brazaletes dorados y rojos. Lleva varios collares largos, un cinturón por encima del sari — como estaba de moda a finales de los años ochenta —, un adorno en la cabeza como los que llevan las novias indias, unos pendientes grandes y el pelo recogido en una trenza larga sobre el hombro derecho. La trenza está llena de flores rosas y blancas. Está en casa de sus padres; hay plantas verdes detrás. La foto se tomó unos minutos antes de su boda.

En el camino de vuelta, en el coche de Maya, pienso en el borrado de la existencia de Emma. Se ha convertido en una mujer asesinada por su marido, un ser unidimensional. El silencio de su familia tras su muerte; las pocas fotografías suyas que hay; la confusión hasta con la fecha de su cumpleaños; el juicio del acusado, que se convierte en realidad en el juicio de la víctima, porque el asesino no para de señalar los defectos de su esposa; la vergüenza que sienten algunos miembros de su familia con respecto al terrible final. La vergüenza, ese maldito sentimiento que nace de convenciones sociales, de tradiciones rancias y que se alimenta del mantenimiento de los valores patriarcales; ese maldito sentimiento

que funciona como un veneno y que sigue esparciendo sus ácidos décadas más tarde. Como me dijo Maya mientras sacudía la cabeza: «sa la mort ti fer vilain». «Fer vilain» es una expresión criolla que significa portarse mal, demostrar una actitud que provoca la desaprobación, que te granjea una mala reputación. La muerte violenta de Emma y los rumores que la rodearon mancillaban la reputación de su familia.

Se me ocurre que el silencio de la familia tras su muerte quizá fuera también una manera de protegerse de la violencia de los rumores, de las hipótesis y de las teorías. Es torpe, pero puede que la familia tuviera una intención compasiva, sin pensar que este silencio sería otro ataúd.

Esa noche, me quedo despierta mucho rato, como si no consiguiera volver a mi vida, con sus hábitos, su normalidad, su sueño. Hay algo que me inquieta, pero no sé exactamente el qué. Todo empezó con los artículos que decían a la vez que Emma había salido a correr y que «huía de su marido celoso». Me acuerdo de la llamada que le hice a mi madre en el año 2000, cuando leí el primer artículo. Me dijo: «Intentaba escapar, la pobre». También oí decir, aunque no recuerdo a quién, que Emma iba en pijama. Cuando Ruben me dijo que tenía la costumbre de salir a correr con su madre y que le sorprendió que no lo despertara aquella mañana, me llamó la atención.

De vuelta en Francia, decido solicitar una copia del expediente de la investigación, de la instrucción y también de la sentencia completa. Con la ayuda de mi prima Sharmila, que trabaja en un despacho de abogados en isla Mauricio, mandamos cartas a diestro y siniestro. Pasan varios meses sin que la cosa se ponga en marcha. Tengo pocas esperanzas con respecto a los archivos de la policía; hubo un incendio en el edificio y también una inundación. Creo que necesitaría una carta expresa del primer ministro en persona para que alguien, en alguna parte, hiciese algo.

En varias ocasiones, Sharmila cree que lo ha conseguido y me manda mensajes: «Hoy es el día»; «Debería llegarme el documento

esta tarde»; «He enviado al ordenanza, estoy esperando». Pero, al final de estos días de espera, solo hay decepción.

A veces sueño despierta. Me veo en Port Louis, en el calor húmedo de la ciudad, esperando delante de los edificios administrativos de piedra volcánica negra. Me mandan de un lado a otro, me dicen que vuelva otro día con más documentos justificativos. Soy paciente, no me dejo desanimar por esta burocracia coagulada; consigo dar con un funcionario comprensivo, le explico mi proceso, digo: «Vengo de muy lejos, vengo de hace veintidós años; espero que no sea demasiado tarde». Él se adentra en las entrañas de los archivos como si entrase en una falla temporal y extirpa de las garras del tiempo y del olvido el expediente de Emma.

5

El 28 de febrero de 2024, Sharmila recibe por fin un documento y me lo envía. Es el único del que disponemos, puesto que unos días después nos envían una carta de rechazo informándonos de que nuestra solicitud ha sido denegada porque no tenemos las autorizaciones necesarias.

Leo este documento temblando. Luego, más despacio, más tranquila, varias veces, con sentimientos de decepción, de frustración y de ira que crecen a medida que avanzo.

Son cuatro páginas, redactadas en un inglés administrativo, que dan la sensación de ser un resumen del juicio, hecho deprisa y corriendo, casi una toma de notas. Se citan la fecha, el lugar, el número de expediente y los nombres de todas las personas presentes (juez, acusado, abogados, intérprete judicial del inglés al criollo, médico forense, policías, técnicos de la policía) según el orden de intervención. No hay ningún dato acerca de la duración de la sesión, que al parecer es la última del proceso de RD, en 2006. También es el día de la sentencia. Es difícil comprender correctamente el documento, ya que faltan secciones enteras, como los informes de los demás días, el detalle de las declaraciones de los testigos, el acta de acusación.

En la primera página del documento, el abogado de la defensa explica que su cliente acepta declararse culpable de un cargo de homicidio involuntario con atenuantes.

> M. N. declara que la acusación de homicidio involuntario con atenuantes es aceptada por el ministerio público. M. N. procede a la modificación del acta

de acusación y suprime, después de «deliberadamente», las palabras «con ensañamiento y premeditación».

Como no dispongo del acta de acusación original, deduzco que el cargo inicial estaba redactado así: «el acusado, deliberadamente, con ensañamiento y premeditación…».

Ahora, en el acta revisada, pone: «el acusado, deliberadamente…».

Falta un verbo. ¿El acusado, deliberadamente, qué? ¿Arrolló? ¿Atropelló? ¿Aplastó? ¿Pasó por encima?

Me alucina que «con ensañamiento» esté tachado, porque RD no solo colisionó el vehículo contra su mujer. Cuando estaba en el suelo, pasó por encima de ella con el coche. La abandonó en la zanja sin socorrerla. ¿Qué diablos ocurrió en este juicio para que el ministerio público aceptara reducir la pena?

En la segunda página, hay una lista de pruebas presentadas por un funcionario judicial, y esa lista me rompe el corazón:

Un par de zapatillas de deporte viejas de color blanco.
Cuatro placas de matrícula rotas.
Una camiseta de color verde.
Una camiseta de tirantes de mujer.
Un sujetador blanco y negro.
Un pantalón negro de mujer.
Unas bragas de encaje de color morado.

No sé por qué en la lista de las prendas de ropa que llevaba Emma el día de su muerte se colaron las placas de matrícula del coche de RB, pero enseguida comprendo, al leer esta lista, que Emma no había salido a correr aquella mañana.

¿Quién se pone un pantalón y unas bragas de encaje para ir a correr? ¿Por qué iba vestida con ropa deportiva por arriba (la camiseta, el *top* de tirantes) y con ropa de salir por abajo (el pantalón negro, las bragas)? ¿Por qué se puso las zapatillas de

deporte si no llevaba pantalón de chándal? El calzado es lo último que te pones, ¿no? Antes de salir de casa.

Hay tantas posibilidades estallando en mi cabeza que me entra vértigo. Todas me dicen: una noche huyendo, una noche siendo perseguida, una noche atrapada y asesinada.

> Unas bragas de encaje de color morado, prueba número 7.
> *One pair of purple knickers with lace as Exhibit VII.*

Este toque de feminidad, de dulzura, de sensualidad, aquí. Lo veo como la luz de una estrella extinta que atraviesa el tiempo y llega hasta mí; lo descifro como si le leyera los labios. No hace ningún ruido. Le digo: «Te veo». Le digo: «Lo entiendo».

Después hay casi tres páginas de transcripciones tan breves como desabridas. No hay ninguna descripción de los documentos presentados por los testigos, ninguna indicación de las preguntas planteadas por los abogados ni de las respuestas aportadas por los testigos. He aquí un ejemplo:

> M. N. llama al estrado al testigo n.º 9.
> C. B., sargento, dibujante de la policía, residente en B. B.:
> Presenta el documento F: un plano.
> No hay contrainterrogatorio.
> […]
> M. C. informa al tribunal de que al acusado le gustaría hacer una declaración.
> El acusado hace su declaración.
> […]
> M. N. llama al estrado al testigo n.º 8.
> G. A., técnico del departamento de la policía judicial:
> Presenta doc. D a D6: fotografía.
> Presenta doc. E a E8: fotografía.
> […]

Las cuatro últimas frases del documento son las siguientes:

> El tribunal declara al acusado culpable.
> Veredicto:
> El tribunal condena al acusado a doce (12) años de prisión.

Las pruebas deberán ser destruidas.

Leo la última frase una y otra vez. Me habría gustado que alguien reclamase, al menos, su ropa.

Que la mirase, la acariciase, que llorase hundiendo el rostro en ella, que le hiciese fotos o la dibujase tal cual, que la lavara a mano con agua templada y un jabón suave, que la tendiese fuera, al viento de esta isla, que la planchara con primor, la doblara y la guardase con una piedra impregnada en un perfume que a ella le gustara.

Se solicita de nuevo la copia integral de la instrucción y de las conclusiones del proceso judicial, pero lo rechazan porque no somos familiares de primer grado (padres, hijos).

Con el único documento, que desmenuzo hasta quedarme sin ojos, sin mente, sin lengua, retomo mis notas y mis grabaciones; vuelvo a hablar con los miembros de la familia. Algunos detalles emergen de la memoria, naderías a veces, y, a regañadientes, sale a la luz un secreto.

6

He aquí la tercera noche como un rompecabezas reconstruido. Probablemente no sea toda la verdad, pero es la que más se acerca a la verdad de Emma, nacida en mayo de 1968 o de 1970, en una fecha indeterminada, pero próxima al Día de la Madre, y muerta en diciembre de 2000, un poco antes del amanecer.

Esta noche cuenta que, cuando se duermen los niños y se hace de noche, RD y Emma se pelean una vez más. Ella es una mujer joven superada por los enfados y los celos de su marido. Él le reprocha que tiene amantes, que lleva faldas demasiado cortas, que trabaja en horario irregular. Emma, una cocinera excelente, ha emprendido hace poco un pequeño negocio de *catering.* Ya ha firmado varios contratos: fiestas de compromiso, cumpleaños, pero le ha sido difícil establecer el negocio por la desaprobación de su marido. RD sigue siendo conductor del ministerio y, si bien también trabaja mucho, cada vez se entrega más a su vicio: los juegos de azar. Su ira y sus celos parecen multiplicarse exponencialmente cuando pierde.

El día a día de Emma es el de una mujer con tres hijos pequeños, una empresa incipiente, un marido celoso, un matrimonio infeliz. Un año antes, pasó varios días en el hospital. Hay quien dice que intentó suicidarse y otra gente, como la madre de Emma, cree que RB trató de envenenarla. «Compró unos polvos, los echó en un refresco y se lo dio a mi hija». Ruben, el hijo mayor, añade: «Yo no sé qué pasó. Volví a casa después de clase y mi madre estaba en la cama. Estaba inconsciente y tenía espuma alrededor de la boca».

En la familia — la suya y la de su marido —, este supuesto intento de suicidio es muy mal recibido. Se lo echan en cara; la culpan: «¿Ibas a dejar a tus hijos? ¿Ibas a hacernos eso?». Tras el ingreso en el hospital, su padre la manda a casa de unos amigos de la familia en las islas Seychelles para que descanse. A su regreso, se plantea dejar a RD, pero, en esta sociedad patriarcal, envarada en un esquema tradicionalista, no hay sitio para las mujeres que quieren recuperar su libertad y su paz mental. Por una parte, están la vergüenza y el escándalo de un divorcio, pero, por otra, también todas las preguntas relativas a la repercusión de una decisión así. ¿Qué va a hacer con tres niños? ¿Cómo va a reaccionar RD? ¿Cómo va a reaccionar la familia? ¿Cuál será su lugar en la comunidad? ¿Cómo va a cubrir sus necesidades y las de los niños? La situación es demasiado frágil, demasiado incierta. A pesar de su matrimonio infeliz, Emma vuelve a casa de su marido.

Durante ese año, su mundo mengua. No se desahoga con nadie, lleva una vida dedicada a sus hijos y a la creación de su empresa de *catering.* Sin embargo, aspira al éxito profesional y sabe que sin independencia económica no podrá tener libertad. Aquella mujer menuda de apenas treinta años, que cocinaba de maravilla, que tenía una risa cristalina y cuidaba a sus hijos con ternura, soñaba con una vida propia, esculpida con sus manos, su esfuerzo, su sudor, y había comprendido que necesitaba tiempo.

Es necesario vivir en un hogar violento para comprender sus códigos y sus engranajes concretos: la noción del tiempo es elástica; las reglas cambian en función del ánimo; las palabras y los gestos están sujetos a una interpretación constante. El miedo a tu pareja viene acompañado del desarrollo de un sexto sentido: sabes, sientes, puedes quedarte inmóvil, hacerte la muerta, puedes dar un salto y echar a correr. El hogar violento es un mundo aparte y quienes no viven en él dicen frases como: «¿Por qué no se fue?», «¿Por qué no le dijo nada a nadie?», «¿Por qué no acudió a la policía?», «¿Por qué volvió con él?».

Ese mundo, volcado en sí mismo. Macerando en una violencia sorda y traicionera por la noche y poniéndose las caretas de familia normal por el día. Ese mundo donde el control del hombre se hace más asfixiante a medida que la voluntad de la mujer de liberarse de él se hace más evidente. Ese mundo como un brazo de hierro permanente. Ese mundo nunca es una historia tan sencilla que se pueda resumir con estas palabras: «Tendría que haberse ido».

Sin embargo, unas semanas antes de que la asesinaran, cuando su madre está de visita en su casa, en S., Emma, de repente, suelta: «Dice que me va a matar». RD está allí, tomando un té con ellas. Nadie se hace una idea del valor que tuvo que reunir Emma para decir tal cosa. Debió de haber ocurrido algo grave para que le dijese eso a su madre, delante de su marido. Es una llamada de auxilio, y también es una forma de avisar al hombre de que no es tan silenciosa y sumisa como él cree.

«Dice que me va a matar».

En el salón, RD se echa a reír. Se ríe, se ríe, está a punto de tirarse el té encima, y luego se gira hacia la madre de Emma: «¿Usted me cree capaz de algo así? ¿Yo? ¿Yo, matarla? ¡Está loca; cómo se le ocurre decir eso!». La madre no se acuerda de qué dijo, de qué hizo; se acuerda sobre todo de la risa del hombre, un ruido que llena el salón, humilla a Emma, le hace bajar la cabeza por vergüenza y la hace callar.

Unas semanas antes de su muerte, visita a su hermana Veena de improviso. Esta se sorprende de que Emma, que cuida mucho la línea, acepte unos pasteles. Veena se alegra también de que su hermana pequeña, que siempre tiene tanta prisa, se tome un rato para hablar y tomar un té con ella, y se lo dice. Emma le contesta, enigmática: «Me quedo porque no sé cuándo podré volveré a verte».

Una semana antes de matar a su mujer, RD consigue entrar en casa de un hombre que sospecha que es el amante de Emma y, en su ausencia, le destroza el salón. ¿Quién es ese hombre cuya presencia a veces se sobreentiende en la familia y cuyo nombre

nunca se pronuncia? Aún hoy, nadie conoce la naturaleza exacta de la relación que tenía con Emma. Quizá fuera un amante o sencillamente un buen amigo cuya compañía resultara agradable y reconfortante para ella. Alguien con quien podía hablar sin temor, a quien podía expresarle su miedo a que la mataran, alguien que la protegía con su apoyo, a ella, que estaba tan sola.

Este hombre solo existe en los rumores, esos que la familia desea acallar al día siguiente del crimen. Las malas lenguas de esta comunidad tradicional y patriarcal le ofrecen a RD un atenuante: ha matado a su mujer porque ella lo engañaba, porque ella lo ha deshonrado, porque lo ha vuelto loco de celos. Esta falaz calumnia carga a Emma con la corresponsabilidad de su propio asesinato: no la habrían matado si no hubiese tenido un amante.

Si este hombre existe, RD no lo menciona de manera específica en el juicio, sino que habla más bien de «hombres»; en una declaración tan ridícula como desoladora. Creo que es más fácil acusar a su mujer de tener varios amantes, de ser una puta, una zorra, una cualquiera, una calentona, que reconocer que no soportaba que quisiera dejarlo por *un* hombre.

También es posible que este amante sea solo una figura imaginaria en la mente de RD, como el que MB inventó de la nada para acosar a Chahinez, como todos con los que HC creía que yo me acostaba.

También es posible que no sea un amante en la vida de estas mujeres lo que trasforma en asesinos a esos maridos, a esas parejas, a esos ex, a esos novios, sino el simple hecho de que ellas quieran dejarlos, que se libren de su control, que puedan tener la desfachatez de imaginarse otra vida, sin ellos.

Cuando RD y Emma discuten esa noche, Ruben no oye nada; él, que ya los ha oído antes; él, que ya ha intentado intervenir o decirles que paren. Esa noche, nada perturba su sueño. ¿Cómo son esas horas para Emma? ¿Son idénticas a las de mi noche, horas elásticas, congeladas, rápidas, espesas, pegajosas, todo a la vez? ¿Están cargadas de electricidad y de un zumbido que no se sabe si

proviene del interior de su cabeza o de fuera, de esa noche negra donde los insectos y los animales se mueven al ralentí?

Si Emma no despierta a su hijo mayor para salir a correr, probablemente sea porque no va a correr, como todos los domingos. Quizá empieza a vestirse para salir, de ahí la camiseta de tirantes y la otra camiseta por encima, pero RD está ahí, con su intención de matarla, que él mismo describe en el juicio como una decisión («decidí deshacerme de ella»). Primero le ordena que se suba al coche, que va a llevarla con sus padres a Beau Bassin. Luego, más adelante, le dice que se baje del vehículo, que ha cambiado de opinión, que quiere que vuelva a casa, a pie.

Y es aquí, ahora, el momento en el que hay que correr, Emma. Tú querías quedarte en la calzada asfaltada porque el negro de esa noche era opaco, como un muro de hormigón. Ninguna luz para guiarte. Corres invocando el alba, que, piensas, esperas, no debería tardar en llegar. Quizá creías que podías huir de él, que no haría lo que crees que va a hacer, que no llevará su plan hasta el final; una querría creer esas cosas.

Estás descalza, ¿verdad? Corres, pero, en estos momentos, el tiempo y los hechos parecen suceder por fuera de ti, contra ti, a pesar de ti y tu energía y tus ganas de vivir.

Te atropella por primera vez, te caes, pero te levantas. Gritas, pero nadie te oye aparte de los perros de ojos amarillos, los insectos y los muertos. Seguramente intentas seguir corriendo, pero no puedes: estás herida. Él te atropella otra vez. Cuando digo *«él»* quiero decir él y su coche grande, un sedán que transporta a ministros y altos cargos, un coche sólido que él colisiona contra ti por segunda vez, y en esta ocasión, cuando te caes, te quedas en el suelo.

¿Todavía estás viva? ¿El miedo sigue en tu vientre o está ya a tu lado, mirando cómo te mueres? Tu marido, chófer aguerrido, no se detiene. No apaga el motor, no baja a verte; solo conoce el vacío del pensamiento, solo tiene un líquido negro en las venas. Te atropella con el vehículo, una vez dos veces tres veces, nadie lo sabe, pero tu

hermana, que irá ese día a reconocer el cadáver, dirá que tienes «la cara desfigurada».

RD no ha terminado contigo, todavía no. Cuando «decide deshacerse» de ti, lo planea todo de modo que los policías, cuando encuentran tu cuerpo, creen que te ha atropellado un coche mientras corrías. En ese caso, habrías sido víctima de un delito de omisión del deber de socorro. Tiene pensado dejar el coche en el taller de la esquina y quedarse en casa toda la mañana. Fingir que te espera mientras cuida a los niños, siguiendo un guion que lleva quién sabe cuánto tiempo imaginando.

Pero, cuando RD vuelve a casa después de matarte, descubre que tus zapatillas de deporte, tus viejas zapatillas blancas supercómodas, siguen en la entrada. Entonces coge el coche otra vez, vuelve adonde estás y te pone las zapatillas blancas. Lo hace deprisa, a oscuras, y ese hombre que lo ha previsto todo, que lo ha planeado todo, confunde las zapatillas.

Te imagino, Emma, de pie al lado de tu cuerpo, al borde de ese campo, mirando cómo te pone la zapatilla derecha en el pie izquierdo, la zapatilla izquierda en el pie derecho. Te toca la piel, te sujeta el tobillo, te mueve. Tú lo miras mientras ejecuta esos gestos viles como un asalto adicional a tu cuerpo. Ya no puedes decirle nada desde donde estás; solo puedes esperar que nunca jamás sea perdonado.

Es un miembro de tu familia quien me revela este secreto: que RD volvió al lugar donde te mató para ponerte las zapatillas y que se equivocó de pie. Esta persona me dice que es uno de los elementos que le hicieron confesar aquel día, pero hoy no queda rastro alguno de esa información. Desapareció. Se esfumó. Si se hubiese conservado esa prueba, habría constituido no solo la premeditación y la intención de hacer pasar el crimen por un accidente, sino también una demostración magistral de la mente calculadora y la sangre fría de quien decía que «te quería mucho».

Este secreto, ese velo levantado de encima de lo que fue tu última noche y estas palabras llegan demasiado tarde. Ya no pueden

hacer nada por ti, por tu memoria, por tu recuerdo. Ya no podemos hacer nada más que apoyar la cabeza en las manos y llorar.

Tu noche, como tu vida, Emma, acaba en la zanja. Tus hijos siguen durmiendo apaciblemente. Tu madre se ha despertado un rato después con un brazo dormido y ha pensado en ti sin saber que ese pensamiento era, en realidad, una premonición, un presentimiento o la angustia habitual de una madre. Tus hermanas y tus hermanos siguen aún en la cama. Y yo, a más de once mil kilómetros, no pienso en ti.

El alba que esperabas se ha deslizado por fin sobre los campos con su velo blanco de verano y el rocío ha aparecido sobre las plantas en gotitas delicadas. Los relieves y contornos del Corps de Garde se perfilan despacio contra el cielo que palidece. Pronto, tu cuerpo recibirá la luz del día.

Busco desesperadamente en esta mañana de verano, en este domingo incipiente, en todas las palabras que existen en esta tierra; busco un bálsamo una belleza una suavidad una delicadeza una caricia un canto para acompañarte, Emma, para que ahora estés menos sola.

Irrompibles

No pegué ojo la primera noche cuando volví a casa de mis padres. Me encontré mi habitación casi igual que la había dejado seis años antes. Mi madre me había hecho la cama con unas sábanas que me gustaban mucho. Tengo la sensación de que las tenemos de toda la vida: unas sábanas de algodón con puntitos azules. A fuerza de lavados, habían adquirido una suavidad inigualable. El cuerpo, al acostarse, se acurrucaba dentro como si fueran de seda.

Aún lo recuerdo, pero no sé si ese gesto me conmovió en aquel momento como me encoge el corazón ahora. Había olvidado la verdad de aquellos detalles, de esos pequeños gestos que se hacen por los hijos. No recordaba su lenguaje, la manera en la que murmuran bajito: «Me acuerdo de lo que te gusta, me acuerdo de ti de niña; quédate un rato aquí». Yo estaba en mi cuerpo de mujer de veinticinco años, en aquella habitación, mirando aquellas sábanas de puntitos azules impecablemente planchadas, pero también estaba en un cuerpo sin edad, maltratado por dentro, y en otra parte, en un lugar gris donde la infancia y los sentimientos compasivos ya no existen.

Me acosté temprano, muerta de cansancio. Me quedé tumbada boca arriba, a oscuras, sin hacer el menor ruido. La casa estaba sumida en un denso silencio; me daba la sensación de que mis padres y mi hermano tenían la oreja pegada a mi habitación y de que, al menor sonido sospechoso, vendrían corriendo. Sentía la cabeza a punto de explotar de pensamientos: «¿Qué haces aquí? Eres una fracasada. Lo has hecho todo mal. ¿Cómo vas a levantarte mañana? ¿Cómo vas a vivir? Nunca va a quererte nadie. Eres una

calamidad. Tienes una vida desastrosa. Quien siembra vientos recoge tempestades. Tú te lo has buscado, merecido te lo tienes. No puedes contárselo a nadie. Nadie va a creerte. No llores delante de tus padres. Tienes que fingir. ¿Durante cuánto tiempo podrás hacerlo? ¿Y si lo ves mañana en la oficina? ¿Qué vas a decir si te preguntan por qué? ¿Si te preguntan cómo? ¿Quién eres ahora? ¿En qué te has convertido?».

En mitad de estos pensamientos o mezcladas con ellos, las imágenes de la noche anterior pasaban una y otra vez por mi cabeza. Mi modo desarticulado de correr; yo, que siempre he corrido rápido y bien; ¿de qué sirven todos esos años de competición para luego zigzaguear como un muñeco de trapo? Yo en medio de la carretera, cuando debería haberme escondido en un arbusto. Los faros hacia mí. El ruido del motor. El ruido del acelerador. Yo en el coche. Yo agachada entre el salpicadero y el asiento, encima de la alfombrilla. Su brazo poderoso inmovilizándome, golpeando, amenazando. El ruido del freno de mano cuando tiro de él, el coche derrapando, el olor a neumático quemado y su voz: «Para ya con eso». Para. Ya. Con. Eso. Su mirada negra, sin luz, sin piedad, sin recuerdos. El crepitar de su cigarro y la forma en que yo soy ese punto rojo anaranjado, y el tiempo que le dure es el tiempo de tomar una decisión: acabar conmigo o acabar con los dos o volver a casa.

En mitad de la noche, todas las cosas inanimadas de esta habitación — los cinco muebles, las decenas de libros, toda la ropa, los tres pósteres, los bolígrafos, los cuadernos, las grapas, las chinchetas, las pilas viejas en los tres cajones, la alfombra, las zapatillas de andar por casa, el cerrojo de la ventana, la pintura que se desconcha como una piel, las arrugas de la cortina — se giran hacia mí y me preguntan, con ironía, si he tomado la decisión correcta. Sobre todas estas cosas se superponen las casas donde he vivido estos seis años. Las he limpiado, las he lavado, a veces las he decorado, tapaba las mesas con manteles, compraba sábanas y toallas y geles de ducha que olían a flor de franchipán, cocinaba a

veces platos que estaban ricos, y las noches de ciclón me quedaba despierta rodeada de velas.

En mitad de la noche, de repente y a pesar de haber mirado a la muerte a la cara, eché de menos mi vida de antes.

Hay que decir las cosas que nos dan vergüenza.

Hay que decir que, durante años, encontramos al menos la manera de hacer algo con esa violencia que nos rodea, y, cuando hay que irse, también hay que dejar tras de sí esa parte irrompible de nosotras mismas. Es una faceta sin brillo, sin discurso, sin adornos, pero dura como la roca: la que se encargaba de la casa, de hacer la compra; la que iba a trabajar, la que se reía de los chistes de los demás, la que escribía artículos; la que seguía comprándose el perfume de vainilla aunque no pudiera echárselo a menos que quisiera que la acusara de lucirse, es decir, de seducir, es decir, de ser una puta; la que había montado una empresa, que se encargaba de tres niños; la que se buscaba trabajos de limpiadora para no ser una «muerta de hambre»; la que sabía callarse para no tener bronca; la que se levantaba después de largas noches de peleas, que hacía té y que se sentaba en la escalinata a escuchar el canto de los pájaros y que daba gracias a la mañana por estar allí, por fin. Viéndonos poner un pie delante del otro, viéndonos sonreír y trabajar, dormir y levantarnos, no te lo imaginas.

Cuántas veces al día, a la noche, me asaltaron las sensaciones de mi antigua vida, que parecía aún enganchada a mí. Cuántas veces al día, a la noche, estuve a punto de ceder a esa fuerza de tracción.

Hay que contar estas cosas, porque, cuando a veces acabamos volviendo con nuestros verdugos, también volvemos con nosotras mismas, con el único nosotras que conocemos, con el único cuerpo que somos capaces de habitar ahora.

Quinta parte

1

A veces este libro es para mí como una espiral de Fraser. Creo que avanzo, pero doy vueltas en círculos, sin llegar a tocar el hueso, la materia central. Es una ilusión. Como persigo fantasmas, tendría que ir en busca de mí misma, hacer como si hablase de otra persona, esa que borré para seguir viviendo, ese trozo de mí que dejé dentro de un coche en mayo de 1998.

He hablado con algunos amigos que aún conservo de aquella época, con dos antiguos compañeros. Los he llamado por teléfono o les he escrito, con palabras dubitativas, con la voz fina. Todos se han sorprendido de lo que les pedía: que me dijesen qué recordaban de entonces, si se acordaban de algo que yo les hubiese o no contado. Hacían memoria y a menudo descubrían un agujero enorme en mi lugar.

Lo que me dicen y lo que recuerdan es insatisfactorio para mí. Me resulta imposible decirles con exactitud lo que busco; avanzo de lado, a su alrededor, sin llegar a alcanzarme de verdad. No puedo hilar lo que dicen, hacer una cronología de ello, un retrato más o menos exacto. Sus recuerdos, en bajorrelieve, punteados, chocan con la violencia de los míos, y, cuando los reproduzco tal cual, negro sobre blanco, pienso en estas frases de Marguerite Duras en *El amante*[5]: «La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. No hay camino, no hay línea. Hay vastos lugares donde se insinúa que hubo alguien, no es cierto, no hubo nadie».

Nita, por correo electrónico:

Sí, me acuerdo bien de esa época, aunque no nos veíamos mucho. Ocho años con él, no era consciente de que había sido tanto tiempo. Claro que quiero compartir contigo mis recuerdos, aunque sean fugaces o quizá incluso diferentes de los tuyos. Es algo que me parece fascinante, que podamos vivir los mismos hechos y, sin embargo, tener huellas mnésicas diferentes… Me admiraba tu determinación, tu valor, y pensaba que sin duda estabas viviendo algo grande con HC, un poeta tan importante. Me imaginaba un amor inconmensurable entre vosotros; seguro que hablabais de tus clases de literatura en la facultad; seguro que leíais a autores y hablabais de su escritura; él era tu mentor y tu contrabandista en territorio literario, y tú, su musa.

Me habría gustado quedar contigo y que me contaras, pero no quería irrumpir en tu vida, inmiscuirme, ser la cotilla que quería enterarse de todo. Por eso nunca fui a la facultad, al otro lado de la calle, a intentar hablar contigo.

Hoy te voy a contar una escena, o más bien una imagen, que tengo grabada. Tú ya te habías ido de casa y yo no había vuelto a verte. Pero sabía que estabas con HC en contra de la voluntad de tus padres.

Era sábado, creo, a mediodía, y estaba en una parada de autobús en Quatre Bornes. De repente, te vi esperando el autobús también, cargada con una caja de cartón fina, blanca, que enseguida deduje que contenía una tarta para alguna ocasión especial. Sin duda, un cumpleaños, «el de HC», pensé, y me pregunté cuántas velas soplaría. Tenía unas ganas horribles de que me vieras y te acercaras a hablar conmigo, o que me indicaras con una seña que podía acercarme yo. Pero no me atreví, porque pensé que quizá me habías visto y no querías hablar conmigo. No me pareciste exultante de felicidad. No eras la misma que había venido a verme la mañana de mi boda, resplandeciente con un vestido blanco y el pelo suelto en lugar de trenzado, que es como lo llevabas al instituto. Aquel sábado, en Quatre Bornes, tenías un aspecto cansado, cerrado. Y me dolió verte con una tarta para un hombre a quien te esforzabas en mimar, cuando debería haber sido él quien te colmara de atenciones y regalos. Me habría gustado hablar contigo, pero no quería entrometerme en tu espacio por la fuerza. No sé cuánto tiempo pasó hasta que viniste a mi casa, en Rose Hill.

¿Cómo viniste? ¿Cómo averiguaste mi dirección? No lo sé. Pero no puedes imaginarte la ola de afecto y de ternura que sentí al verte. Cuando apareciste, yo estaba totalmente disponible para ti. Ibas a contarme cómo estabas, yo iba a saber si la vida se portaba bien contigo, o íbamos a hablar de cosas anodinas, pero, en cualquier caso, me hizo feliz que tus pasos te hubiesen traído hasta mi puerta. La visita de una mujer como tú, tan joven, tan sensible, tan inteligente, tan talentosa, iba a iluminar mis días durante

un tiempo. Te recibí en el jardín, bajo el árbol de carambola, porque me gustan los árboles.

Me gustó disfrutar de tu presencia, pero también me entristeció muchísimo lo que me confesaste: tu desencanto absoluto con HC. Tuve la sensación de que te sentías atrapada. Me contaste tu día a día con él, tan prosaico y humillante, que nunca se hablaba de literatura ni de amor, sino que habías quedado reducida al rol de la mujer sin otra ocupación más allá de cuidar de su marido. Recuerdo que me contaste que tenías que hacerle la comida e incluso decidir el menú; un ama de casa, en eso te habías convertido. Te noté emocionalmente rota, agotada, como disociada de ti misma. Sentí enfado y tristeza también. No me atreví, creo, a preguntarte si estabas pensando en volver con tus padres. Creía que tu amor propio no lo aceptaría. Sabía que yo no tenía ninguna solución que proponerte, a menos que tú misma me lo pidieras; acogerte durante una temporada, intentar mediar con tus padres, demostrarle a HC que no estabas sola y que no podía abusar de ti así; ¡qué sé yo!, creo que lo habría hecho. Pero te marchaste y no volviste nunca, y luego, un día, me vi con tu primera novela entre mis manos…

Sandra, por correo electrónico y por teléfono:

Recuerdo cuando me contaste que habías conocido a HC. Lo que me sorprendió fue que me dio la sensación de que querías irte de casa de tus padres. Y yo pensaba: «hala, es una adulta de verdad, tiene su propia casa y vive con su novio». Y sobre todo aquel valor de haberte ido de casa de tus padres para seguir lo que te dictaba el corazón. Ahora me doy cuenta de hasta qué punto era una romántica. Cuando nos conocimos no sé si en aquel momento eras o no feliz. Se me han olvidado muchas cosas. No recuerdo haber ido a tu casa. Yo era muy tímida; me daban miedo los adultos. Me acuerdo del día que HC me preguntó por ti, por tus compañías, y yo le dije que no sabía. Estábamos en el coche, debajo de mi casa. Él hizo el amago de tocarme la mejilla, como un gesto amistoso o yo qué sé, y yo me aparté con brusquedad. Entonces me dijo: «no te necesito, ya tengo todos los elementos».

Frédérique, por teléfono:

HC y yo nos conocíamos del trabajo. Yo a ti no te conocía; te había visto un par de veces, creo. Él a veces tenía opiniones categóricas sobre las mujeres, sobre cómo debían comportarse, y las hacía de menos. Una vez me dijo que no podía evitar estar contigo, que eras más fuerte que él. Quizá fuese una

época en la que estabais peleados. Los días que siguieron a vuestra separación me contó que no dormía, que daba vueltas por la isla en coche, que se sentía como un animal enjaulado, caminando en círculos. El «genio oscuro», lo llamaste tú en uno de tus libros. Es justo eso.

Patrice, por teléfono:

Tenías dos personalidades. Eras una persona muy alegre, muy simpática, cariñosa incluso; me ponías motes. Todo el mundo te tenía mucho aprecio en la oficina, pero, cuando te ibas después del trabajo, yo sabía que te convertías en otra persona. A veces llegabas por la mañana y decías: no he dormido, hemos estado toda la noche discutiendo. Un día me llamaste: lo habías dejado, habías alquilado un piso. Me propusiste irme a vivir contigo. Así, de golpe. Yo empecé a echar balones fuera, me sorprendía un poco que dijeses algo así; pensé que se te había ido la cabeza o que necesitabas a alguien que te protegiera, no sé. Aquella relación te minaba física y mentalmente. Unos días después, volviste con él. A veces me llamabas y hablabas en susurros porque no sabías cuándo podía aparecer detrás de ti. A veces temía por ti. Podías ser graciosísima y de repente ponerte tristísima un instante después. Eras incomprensible. Cuando volviste a casa de tus padres, me lo contaste. Te fuiste poco tiempo después.

Farah, por teléfono:

Me acuerdo de ti, pero no sé qué decirte; nunca tuve ninguna opinión sobre vuestra relación; la diferencia de edad nunca me importó. Cuando os separasteis, me lo crucé por los pasillos del periódico y se echó a llorar a lágrima viva. Me dijo que lo habías dejado por otro; yo no sabía que habías vuelto a casa de tus padres. Él no comprendía cómo podías haberle hecho eso; lloraba sin parar.

Cuando Farah me contó esta anécdota por teléfono — la oía bebiendo algo al mismo tiempo, hablaba con mucha calma —, aquí, en mi casa, en París, el tiempo se contrajo de repente y tuve tanto miedo como si HC estuviese detrás de mí. Aún siento que me fallan las piernas, que me suda el cuerpo entero, que se me acelera el corazón. Aún noto ese retroceso, como más de un cuarto de siglo contrayéndose en una fracción de segundo; aún siento cómo todo se encoge, se acurruca y vuelvo a ser una mujer con miedo.

Aseema, por teléfono:

¿Quién? ¿Cuándo? No me acuerdo en absoluto. (Después de insistir un poco):

Ah, sí, ahora; ahora me acuerdo. Que viviste con aquel tío, es que ni me lo creo. Con (dice su nombre completo), *sí, sí, ya me acuerdo de su cara, pero quizá sería mejor no acordarse de aquel personaje. Tengo la costumbre de eliminar cualquier cosa que pueda ser una nube negra; es porque medito todos los días. Tienes mucho valor al ahondar en la violencia. Yo recibo muchas bendiciones y no tengo ningún trauma, y eso que perdí brutalmente a mi padre a los siete años. Aquello no me causó ningún trauma, sin duda por todo el amor que recibí tanto de mi familia como del universo.*

Aseema era la única persona de mi entorno que expresaba abiertamente su desacuerdo con HC, con nuestro modo de vida. Me decía: «¿Por qué tienes que cocinar para él? ¿Por qué no vas a donde tú quieres? ¿Por qué tienes que ir con cuidado? ¿Por qué no sabes si vas a venir a esta fiesta? ¡Déjalo ya!».

Creo que veía con total claridad la dinámica discordante de nuestra pareja, la desigualdad de fuerzas; ella, que era más de diez años mayor que yo, que había vivido por todo el mundo, que seguía su propio camino, con paciencia y paz, que había amado libremente a los hombres que había querido amar y que los había dejado cuando el amor se acababa; ella, cuyo verdadero amor era la India. HC me había prohibido verla, decía que era inestable, que era una mala influencia, que estaba loca, y cuestionaba incluso su orientación sexual. Me habría gustado saber entonces que, desde hace mucho tiempo, algunos hombres utilizan esas mismas palabras, «loca, golfa, zorra, puta, histérica, manipuladora, lesbiana», para calificar a las mujeres que no les tienen miedo.

Si yo fuese una mujer sin temor, si me hubiese liberado de verdad de todas las cadenas pasadas y presentes, si por fin fuese una adulta hecha y derecha, una de esas personas que miran a la verdad a la cara sin desfallecer, habría hablado con mis padres, con mi hermano. Les habría pedido que me contaran cómo fue para ellos mi

desaparición. Pero soy incapaz. A veces, intento ser mi propia *coach:* «Tú llamas; haces la pregunta, sin más; tienes cincuenta años; no debes tener miedo; se trata de tu historia; tienes derecho a contarla; venga, ahora, respira hondo, llama».

Llamo y me oigo hablar de otra cosa.

No les hago la pregunta. A lo largo de estos últimos años he tenido cientos de conversaciones con ellos, por videollamada, cuando estoy en mi casa, o en persona, cuando voy a isla Mauricio. Pero cuando la tengo en la punta de la lengua, siempre, la pregunta se detiene, se enrolla sobre sí misma y vuelve dentro de mí.

Quizá mi vida sea así, una vida en rodajas, en haces de luz y zonas de sombra, una vida a trozos. Sea como sea, ahí está; encontró el modo de salir de la noche. Quizá algunas experiencias, una vez vividas, deban quedarse donde están, en los corazones, en las cabezas, en el estómago, sin lenguaje. No es una cuestión de orden privado ni íntimo; simplemente es más soportable así.

---

[5] Marguerite Duras: *El amante.* Barcelona: Tusquets, 1984, trad. de Ana María Moix.

2

A mitad del verano de 2024, cuando la escritura del libro está en un vado, como me gusta decir, pensar, imaginar — escribo como si atravesara algo; la marea está baja por ahora, pero no sé por cuánto tiempo; la arena es blanda, pero no movediza; el agua está tranquila, pero la he visto tumultuosa, y sé que no puedo fiarme de su calma, que es una trampa; avanzo con paso regular, pero ya no veo la orilla que he dejado atrás, no veo todavía la otra, a la que tengo que llegar; no puedo dar media vuelta: este vado funciona así; no durará mucho, tendré que dejarme llevar, tendré que aceptar tragar agua, escupir—; a mitad de este verano, recibo un correo de mi amiga Aseema, con quien hablé a principios de año. Es secretaria de redacción en una revista semanal de isla Mauricio y el asunto de su mensaje podría parecer un acrónimo: HCDEP. Lo entiendo de inmediato.

Estos años he pensado a veces en su muerte y me he preguntado cómo me enteraría o si lo haría, sencillamente. Una noche tuve una pesadilla en la que él me sobrevivía y en aquel sueño húmedo y denso yo estaba tan delgada que daba miedo, débil hasta decir basta, y HC estaba por encima de mí, fuerte e ileso. Estos años he soñado a menudo con él y, cuando me puse a trabajar en este libro, empecé a anotar en una libreta, al despertarme, todos aquellos sueños. La primera entrada data de 2021. Me resulta muy difícil abrir esta libreta: reconozco mi letra, pero el relato que hago de los sueños me resulta casi ajeno, como si hubiese escrito los textos contra mi voluntad, por obligación, y aún me queda un regusto amargo de ira contenida.

Los sueños parecen microficciones. Estoy en su casa, estoy en una vivienda, estoy en un agujero, estoy en una cocina, estoy en un colegio, estoy en la calle. Su presencia, al principio, nunca está clara; es como la de un merodeador, un vigilante, un cazador. Sé que está ahí, pero no lo veo. Hay una lentitud, una humedad, un presentimiento engañoso, y luego, de pronto, un gesto brusco, un acto radical, un cambio de decorado, y él aparece de manera precisa. Se ríe o grita o es deforme o es un cuervo o me mira fijamente a los ojos. No gana siempre.

No comprendo que existe y resiste aún en mi subconsciente, que emerge en el mundo íntimo e incontrolable de los sueños. Me gustaría que dormir no fuera sinónimo de consentimiento. Me gustaría transformarlo — a él, su carne, su rostro, sus palabras, sus actos, su estructura humana y falible — en materia literaria. Me gustaría diseccionarlo como una gran lección de la oscuridad, que no tuviera ningún secreto más para mí, ningún misterio más, ningún «porqué» más, y así lo ubicaría en la gran sala de las ficciones y lo utilizaría a mi voluntad, por láminas, por trozos, por fragmentos, o lo olvidaría para siempre, como un personaje poco trabajado, flojo y nada interesante.

HCDEP

Alguna vez he buscado su nombre en internet para saber si aún seguía en este mundo y me he encontrado con una foto suya. Digo «me he encontrado con» como podría decir «he entrado dentro de», como podría decir «me he dado de bruces contra», como podría decir «me he chocado» como podría decir «me he topado con». A veces cierro la página en cuestión y paso a otra cosa. A veces me pongo a mirar con atención la foto, observo su rostro centímetro a centímetro y, cuando me asaltan la textura y el olor de sus rasgos — los labios, la piel, el vello, el tufo a tabaco y a sudor polvoriento —, me encuentro mal, me entran náuseas.

Una sola vez pasé por encima de estas emociones de fragilidad y lo pillé por banda. No a él, sino a él en la foto. Me gustaría decir que lo llamé de todo, en todos los idiomas que conozco, que lo dejé a la

altura del betún, que lo humillé; me gustaría decir que le espeté, no a él, sino a él en la foto, frases inapelables, con una inteligencia y una estructura irrefutables; pero mis palabras fueron tan ordinarias y simples como las que podrían haber salido de la boca de una niña.

HCDEP

Cuando recibo el correo con el artículo adjunto, estoy a punto de irme de vacaciones con mi familia. Las maletas están listas; en una hora viene un taxi a recogernos.

En mi mente se enciende algo. Casi lo oigo, ese mecanismo que me pone en modo de trabajo, en modo analítico, en modo materia literaria. Imprimo el artículo. Lo leo varias veces, deprisa. En el margen, garabateo notas y signos de interrogación cuando me entero de que fue bailarín de ballet, actor, boxeador, profesor. Subrayo trozos de frases donde lo califican como «mentor» y dicen que su vida estuvo consagrada, entre otras cosas, al «amor». Rodeo los numerosos adjetivos que jalonan el artículo: acidulado, exigente, puntilloso, eficaz, singular, entrañable, mordaz, poético, talentoso, excepcional, avispado, agudo, notable.

En la fotografía tiene los ojos cerrados. Está en su despacho, lleva barba y tiene un cigarrillo en la mano. Es una foto hecha sobre la marcha, la marcha de qué, la marcha de quien no mira casi nunca al objetivo, de quien parece incómodo, poco sincero, poco abierto. No es una buena fotografía.

No siento nada: ni alivio ni tristeza. Pongo cara de póquer para que no se me note, ni siquiera esta indiferencia, que sé que es un mecanismo de defensa, que sé que es mi manera de decirle a mi cerebro, a mi cuerpo: «Más tarde, ahora no». Doblo el artículo en tres, lo meto dentro del cuaderno de trabajo que acompaña la escritura de este libro, garabateo rápidamente unas líneas con la fecha, a lápiz.

Pienso que es algo que hay que escribir, esta muerte que llega en mitad del vado. Es algo que hay que contar, esta sensación de agua que se enturbia a mi alrededor, actuando desde dentro. Estoy tranquila, incluso estoica, podría decirse.

Me voy de vacaciones una semana; estoy aquí y en todas partes al mismo tiempo: en esta isla de Baleares que tanto me gusta, con mi familia, en el mar, en los pueblos de piedras ocres recalentadas por el sol, en las terrazas de los restaurantes, entre las páginas de mi cuaderno de escritura, con la mejilla pegada al artículo doblado, en este ordenador, debajo de las palabras, las escritas y las futuras. A menudo sondeo mi corazón igual que se vigila la subida de las aguas. Nada que señalar. ¿De verdad HCDEP no me ha afectado? ¿Ese hombre va a pasar de espectro temible a vulgar fantasma sin más?

A mi regreso, retomo la escritura con disciplina e intención. El camino aún es largo, Chahinez y Emma están de pie a mi lado, no puedo abandonarlas.

«Al final, HCDEP no cambia nada en este libro», pienso. Es una reserva, un regusto que se pasa con un vaso grande de agua. No vuelvo a las páginas sobre mi vida con él; esa verdad sigue siendo la mía, la misma, completa y palpable. Releo de vez en cuando el obituario, mido todas las capas de su existencia que yo no conocía: boxeador, bailarín, actor. Casi me entra la risa, como si me hubiese gastado una broma, como si deliberadamente solo me hubiese mostrado una faceta suya, la del genio incomprendido, la del poeta oscuro, la del escritor amargado. Miro todos los adjetivos laudatorios del obituario y no son mentiras, lo sé. Podía ser todo eso: acidulado, exigente, puntilloso, eficaz, singular, entrañable, mordaz, poético, talentoso, excepcional, avispado, agudo, notable. Igual que fue violento, tajante, manipulador, maníaco, obsesivo, paranoico, calculador, misógino, humillante, machista.

Estaba equivocada al pensar que HCDEP no me había afectado, que seguiría escribiendo y dejaría esta información de lado, igual que doblé el artículo en tres y lo guardé en mi cuaderno.

Con el paso de las semanas, algo germinó en mí sin darme cuenta. Aquello alumbró hábilmente algo parecido a cierta ternura;

no encuentro otro modo de decirlo. Aquello relajó mi determinación, emborronó este proyecto de creación.

Ya es otoño. Hace tres años y medio que trabajo en este libro. Por primera vez, tengo pensamientos banales sobre HC. Pienso en la familia que le queda; ¿debería tomar precauciones respecto a ellos? ¿Sí? ¿No? ¿Quizá? Me pregunto dónde habrá pasado los últimos años de su vida. ¿Tendría a alguien a su lado? ¿De qué habrá muerto exactamente?

En noviembre, en un autobús que me lleva a la otra punta de París y que se pasa una hora atascado por el tráfico, me asalta un pensamiento extraño, indoloro: la próxima vez que vaya a isla Mauricio, iré a su tumba. No a dejarle flores, pero tampoco a escupir sobre ella. Me imagino que me quedaré un rato delante de un rectángulo de tierra coronado por una cruz de hierro; tengo una imagen nítida en la cabeza, como si ya hubiese vivido ese momento. Cuando me bajo del autobús, siento desprecio por mí misma. Echo a correr como si quisiera huir de esa mujer que alimenta una intención así; me abronco a la vez que escapo: «Ir a su tumba y quedarse un rato es llorarlo; por qué ibas a llorar a alguien que te hizo tanto daño; eres tonta, no tienes personalidad, eres débil».

Pero, unos días más tarde, sigo con el tema. Releo el artículo y me sorprende ver que no le hicieron ninguna misa. Él era muy creyente. «¿Por qué? ¿Sería elección suya? Es un poco triste, ¿no?». Luego busco más artículos, homenajes que exatletas, compañeros, camaradas, su familia y amigos hubiesen podido escribir. Solo hay uno; me parece malo, plagado de inexactitudes. Me sorprendo pensando en que es una pena que un hombre como él no haya tenido un homenaje póstumo más serio, relacionado con su trabajo, con su obra.

Quizá habría seguido ablandándome así, dejando que su muerte borrara poco a poco mi aversión por él, igual que dejé que su apetito monstruoso engullera mi juventud y mis ambiciones; quizá me habría acurrucado en un rincón, como antes, como Emma, como

Chahinez, para estar «tranquila», para «tener la fiesta en paz». Cuando él estaba vivo, este libro contenía una parte que se extendía hacia él inevitablemente, y, ahora que está muerto, la versión monstruosa de él se evapora de estas páginas y pienso en el anciano en el que se había convertido; pienso en el joven que fue, recién entrado en el seminario.

Su desaparición habría podido actuar como un enternecimiento. Le habría hecho un hueco a la emoción por ese viejo muerto sin rito de paso religioso; habría dejado entrar aquí la luz de una vida hecha de otras cosas aparte de la violencia y la perversión; habría admitido la posibilidad de otra perspectiva, de otra historia.

Como reflejo de estos momentos de debilidad que me hacían volver hacia él, con él, quizá su muerte, precisamente este año, habría sido el último de esos momentos y me habría obligado de nuevo a olvidar, a enterrar, a tragar. Quizá habría encontrado de nuevo la gran mentira de vivir la vida a trozos.

Sin embargo, cuando llega el invierno de este año, 2024, en el umbral de este embotamiento definitivo que parece un último ataque por su parte; cuando he mirado la muerte de Emma y de Chahinez de esta forma tan particular de mirar que te da la escritura, que es una forma desde dentro, desde abajo; cuando he llorado una y otra vez su final; cuando pienso todos los días en las promesas que ellas no pudieron vivir, me queda una última cosa que escribir.

La estoy posponiendo desde el principio y es algo que no pude afrontar en las primeras páginas, cuando hablé de mi vida con HC. He intentado acercarme a ella palabra a palabra, como cuando escribí sobre la primera vez que fui a su casa y aquel diván y aquel sol amarillo. No lo conseguí, porque me ahogaba desde el principio, se me cerraba la glotis, ¡clac!; me quedaba sin voz, literal y literaria, no podía respirar. Sentía que habría podido aferrarme incluso a la imposibilidad de escribir, desanimarme, terminar por secarme.

Entonces pensé: «Rodea esa cosa y, al final de este libro, al final de este camino, la escribirás».

Esa cosa, digo una y otra vez, esa palabra que no utilizo con ligereza ni por falta de vocabulario, sino porque cabe en una mano al principio, «cosa», se aloja en el hueco del vientre, «cosa», y, cuando por fin se describe, se precisa, se despliega, «cosa» resulta ser un monstruo.

Porque he conservado este momento para escribirlo; me resisto a que muera; me niego a tirarme más por esta pendiente traicionera como una puta canción de cuna que acabará durmiéndome.

El momento ha llegado y esa cosa me mira. ¿Cómo voy a entrar en la habitación donde sucede? ¿Por la puerta o por el ventanal, como uno de esos gorriones imprudentes que se cuelan aquí? En esta habitación hay una cama, un armario, una mesa. Son muebles baratos, de contrachapado. No hay cortinas en la ventana ni ningún cuadro en las paredes, que están pintadas de azul celeste. En algunas zonas, el color está modificado. Hay manchas oscuras aquí y marcas pálidas donde da el sol. La bombilla cuelga de un cable retorcido, desnuda, sin pantalla. Una de las patas de la cama está rota y la sustituye un bloque de hormigón.

Esa cosa sucede en esta habitación, a plena luz del día, un sábado. Nosotros dormimos en el cuarto de al lado, pero ya no me acuerdo de por qué esa cosa sucedió aquí. Su cuerpo es pesado, eso puedo decirlo. Espero a que se levante, eso también puedo decirlo, pero él tiene otra idea; me pregunto cómo se les ocurren estas ideas, a estos hombres, en qué momento piensan: «Oye, es buen momento para intentar esto y no necesito su consentimiento porque está aquí, desnuda, debajo de mí».

Pensaba que, después de todos estos años, ya no me daría vergüenza, pero, como Chahinez, como Emma, me sorprendo bajando la cabeza. Le dejé hacer todo eso y me da vergüenza.

Tengo veinte años. Él tiene cincuenta o cincuenta y uno o cincuenta y dos. La universidad ya no me interesa, estoy agotada. He roto relaciones con mi familia. Ya no me acuerdo de qué hago exactamente, estudio para los exámenes, creo, y también hago algunas traducciones para sacarme un dinerillo. Creo recordar que

hago esas cosas. No escribo. Ya no escribo. No pienso en ello. Estoy seca por dentro. A menudo estoy sola. Me paso horas en la cocina, donde hay un hornillo con un solo fuego. Lavo la ropa a mano y la dueña de la casa, que vive en la planta baja, se apiada de mí y, de vez en cuando, me deja poner una lavadora. Un día, HC me hace un comentario sobre mi peso, sobre mi físico, sobre los pliegues de mi barriga, precisamente, mirándolos. Su gesto es severo, piensa lo que dice, no está contento con esta grasa que hace pliegues. Me dice: «Va a haber que ir pensando en ponerse a dieta». A mí no se me ocurre mirarle a él la barriga y replicar, por ejemplo: «Le dijo la sartén al cazo». No; estoy desprovista de carácter, de socarronería. A partir del día siguiente, empiezo a hacer gimnasia. Saltos, sentadillas, abdominales. Dejo de comer dulces, compro margarina, yogures desnatados.

Puedo escribir estas frases de la vida cotidiana y otras que tienen lugar en el salón, en la terraza, en el pasillo, en las demás habitaciones de este primer piso que tenemos alquilado y que es demasiado grande para nosotros. Un viejo televisor que solo sintoniza dos canales, dos sillas rígidas enfrente. En menos de un año de vida en común, es ya nuestra segunda casa. Nos fuimos de la otra precipitadamente, no sé por qué. Metimos nuestras cosas en bolsas de plástico e hicimos varios viajes en taxi. La mediocridad y la insignificancia de mis veinte años. Puedo escribir este tipo de frases categóricas.

Pero, como una esfinge, la cosa espera en la otra habitación. Me mira. Está intacta como el primer día. Espera a que la describa con exactitud: sus alas de violencia y de sorpresa dolorosa, sus garras de lágrimas calientes, su sudor agridulce y su mirada perversa disfrazada de lección de amor. Podría seguir glosando la metáfora de la esfinge e imaginarme la pregunta que me hizo y decir que pude responderla y que, en una mueca horrible, la cosa se desintegró en polvo gris. Hay muchas digresiones líricas posibles, muchas posibilidades de disfraz ficticio, y todas hacen menos daño que la verdad.

Después de todos estos años, después de haber caminado con Emma y Chahinez, pensar en esa cosa me sigue resultando inalcanzable. Quizá siga siendo inaccesible a mi entendimiento, a mi razón, a lo que hoy hace que siga viva y de una pieza. La miro, siempre con el peso de ese cuerpo sobre mí, que me impide moverme, que me prohíbe moverme, con esa voz al oído que me amenaza: «Si no paras de llorar, voy a seguir».

No consigo transformar la cosa entera — de principio a fin, e incluso después del fin, la forma en que HC se va olisqueándose los dedos, la mano, y yo me quedo mucho rato mirando el pasillo por donde se ha ido, como esperando a que vuelva sobre sus pasos, a que el tiempo dé marcha atrás, que los actos se deshagan y dejen de existir—; no consigo transformarla en lengua, en lenguaje, en movimiento, en frases claras y precisas. Hacer que esto sea un espacio-espejo, un lugar donde cualquiera (también mi madre mi padre mi hermano mi hija, aunque imaginarlos aquí sea doloroso) pueda ver hasta el menor detalle de la imagen proyectada de lo que es la cosa.

Al intentar escribir esta cosa, sin embargo, dando vueltas a su alrededor, mirándola a los ojos aunque me revuelva el estómago; al afrontar mi incapacidad de cruzar el umbral de esa habitación, me siento renovada, recupero la determinación; una energía combativa me llena de nuevo. Es un sentimiento vivo, un fuego, una voluntad de no claudicar, de no dejar que me afecten la usura del tiempo y el barniz del perdón.

Al mirar esta cosa sin acercarme a ella desde dentro, desde abajo, sin escribirla, me miro también a mí, clavada a esta cama por este cuerpo de hombre gigante. No hay salida, no hay plan b, no hay escapatoria a lo que ya es, a lo que ha existido. Al mirar lo que sucede en esta habitación, me parece ver también a la que podría haber sido si no hubiese conocido a HC, si no hubiese caído en este agujero, esa chica antes de la cosa, esa morena de pelo largo antes de los años de violencia, esa mujer antes de la noche del coche.

Está de pie al lado de la cama y, por primera vez, la miro y comprendo que es mi propio fantasma.

Al quedarme en el umbral de esta habitación, me libro definitivamente de cualquier benevolencia para con mi verdugo.

Esta cosa no debe ser contada, sino conservada tal cual en esta habitación de paredes azules y sucias, sin cortinas, en esta cama apoyada sobre un ladrillo. Al amasar el silencio, al mirar en la oscuridad, al invocar a las desaparecidas, al intentar contar el sometimiento y la muerte a manos de los que dicen amarnos, aquí soy la más fuerte. En el umbral de esta última prueba.

Así que todo eso no será dicho, no será escrito, porque, de una forma inquietante, por una extraña suerte, el silencio frente a la cosa es lo que me mantiene en pie. Ese silencio será mi secreto, mi rabia, mi objeto de chantaje, mi jardín de medianoche, mi retorno al poder, por fin.

La pena

Al mirar las fotografías del cuerpo de Chahinez proyectadas en las pantallas de la sala al inicio del juicio contra MB, en marzo de 2025, vuelvo a ubicarme en la imposibilidad del lenguaje.

Busco entre todas las palabras que mi cerebro conoce, pero ninguna cuadra del todo, ninguna expresa con exactitud.

Cada vez que he pensado en Emma en la zanja, he visto su cuerpo tirado, en una postura que solo pueden adoptar los seres inertes, y he imaginado su «cara desfigurada» de un modo que me resulta insoportable, con adjetivos que contienen esa violencia: está dañada, pero reconocible. Incluso en la zanja, siguió siendo un ser humano, una mujer llamada Emma.

Cuando he pensado en mí misma en aquella noche interminable, en aquel coche, hay cosas que he fundido a negro porque no puedo con todo. Está aquel vestido rojo, pero la vejiga que no aguantó y el vómito en la boca no aparecen en este cuadro de la memoria, no tienen sitio, porque entonces tengo que contenerme en un número preciso de letras que forman una palabra que no me gusta porque no puede describir a un ser humano, a una mujer.

A menudo, al pensar en Chahinez en su hoguera de infelicidad, me la he imaginado como una figura concebible para mi mente y para mi corazón. En el suelo, perseguida, quemada, maltratada, terriblemente maltratada, pero aún el ser humano Chahinez, una mujer cuyo nombre significa «la preferida», «la amada».

He tenido que venir aquí para enfrentarme a lo que realmente es el borrado de una mujer. Lo comprendo al ver en qué se convirtió el cuerpo de Chahinez: ¿sigue siendo un cuerpo? Sí, es la palabra que

utilizan, dicen «el cuerpo de la víctima», así que yo digo «cuerpo». No bajo la mirada ante lo que es la aniquilación de una mujer, en toda su intención cruel y en toda su amplitud.

Es un cuerpo boca arriba, con las rodillas flexionadas y separadas, los brazos levantados en lo que me parece un terrible gesto de renuncia. Su rostro ya no es el que tuvo durante sus treinta y un años de vida. Los rasgos están borrosos y distendidos, atenuados y acentuados a la vez. Es un cuerpo hinchado, ni negro, ni rojo, ni rosa, más bien los tres colores al mismo tiempo. Está a la vez desnudo y tapado. El cuerpo está arqueado, como congelado en un intento de levantarse por el vientre. Es ancho, es pequeño, está recogido y estirado y liso, no tiene género, no es un «ella», no es un «él», ya no es Chahinez, ya no es un ser humano, es un «eso».

He tenido que venir aquí para conocer la existencia del acrónimo PAMI, el período de agonía ante la muerte inminente, ese miedo extremo que nos invade cuando sentimos que se acerca el final. Cuando oigo este término, en el juicio, descubro que existe una palabra para definir el miedo que me hacía gritar de aquella manera inhumana en aquella casa, en aquel coche, una palabra para definir la marioneta en la que me había convertido, sujeta a agitaciones grotescas y luego a momentos de catatonia. No es poca cosa para mí, ni siquiera más de un cuarto de siglo después. Me toco la cara, el cuello, los pechos, el vientre, toco este cuerpo vivo, me pongo la mano en el corazón que late. No es poca cosa.

Cada día, vengo al juzgado a la espera de algo. Miro a MB en su cabina acristalada, con la esperanza de vislumbrar un instante en el que reconozca la verdad de un hombre que ha matado. Espero. A fuerza de mirarlo, acabo imaginando que es el palimpsesto de otro; a veces atisbo un parecido, en esa forma de levantar las cejas, en los hombros que se mueven, ¿es RD, es HC? A veces son tres detrás del cristal y ya no es una cabina, sino mi habitación imaginaria.

Cada día pienso en Emma y en su madre, con el cuerpo abotargado por una pena que macera en él desde diciembre de 2000. Pienso en todas las horas futuras sin Chahinez. Pienso en sus

hijos. ¿Qué es esta vida ahora, cómo nombrarla, cómo llevarla adelante?

Cada día me enfrento a los fantasmas y a los vivos.

Cada día vengo con la esperanza de la verdad y con la pena de las cosas perdidas.

Al final del quinto día, cuando se hace de noche, MB es condenado a cadena perpetua.

Agradecimientos

Este libro le debe mucho a la confianza y al apoyo del abogado Julien Plouton. Siempre le estaré agradecida.

Desde lo más profundo de mi corazón, doy gracias a la familia de Chahinez Daoud. Y a la madre de Emma y a su hijo mayor, Ruben.

Gracias también a la abogada Roquain-Bardet, a Anne y Daniel Ruggiero, Noor, Nafissa, Samira El Khadir, Bernadette Bonnac, Véronique Riche, Marie-Noëlle Billaud, Estelle Laurent, Sharmila Myandee, Sandra Clayton, Nita Rughoonundun, Aseema Om Tara, Patrice Sookahet, Aurélie Levy, Davin Appanah, Rookmini Appanah, Dharamraj Appanah, Bernard Pol Gouley y Neela Appanah Gouley.

Edición en formato digital: septiembre de 2026

Diseño de colección: Summa Branding

© Éditions Gallimard, París, 2025
© de la traducción: Elia Maqueda, 2026
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 979-13-87596-54-5

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Cuarta parte
Créditos